

La
ESPAÑA
REBELDE



LUNES DE REVOLUCION

director: guillermo cabrera infante
subdirector: pablo armando fernández
director artístico: raúl martínez

número 96, febrero 20, 1961

El dibujo de la portada fue hecho por
Picasso

"Lunes" agradece su inestimable colaboración a los escritores españoles residentes en París —y en especial a Juan Goytisolo— sin cuya ayuda este número jamás se habría realizado.

Las ilustraciones que aparecen en esta edición son cortesía del Comité de Amnistía para los Presos y Emigrados Políticos. Las fotos fueron hechas por un notable fotógrafo español a quien conviene mejor permanecer en el anonimato.

LAS VERTEBRAS DE ESPAÑA

Había un viejo pequeñito oculto de la lluvia a la entrada de una tienda, en la Puerta del Sol. A su lado estaba un cazador esperando un auto que lo llevara fuera de Madrid. Eran las cuatro de la mañana. El viejo nos oyó hablar y preguntó que si éramos americanos. Cubanos, dijimos nosotros: nosotros éramos Ernesto Vera, Carlos Franqui y yo. Habíamos salido a recorrer Madrid de noche, a conocer a la gente en su habitación.

—De la tierra del Barbas —dijo el viejo. No tenía dientes. Al principio no entendimos lo que dijo, luego comprendimos que se refería a Fidel. El viejo nos contó que cuarenta años atrás había vivido diez en la Argentina, donde tenía una hermana, que podía haberse hecho rico en América, que había regresado por nostalgia, que ahora vivía mal: —Como todos —agregó.

Lloviznaba una lluvia de otoño, fría, tenaz y habíamos con el viejo. Estaba vestido casi con harapos, llevaba una corbata vieja anudada a una camisa que no era de cuello duro, pero que estaba abotonada como si lo fuera, creo que tenía un sombrero raído: de todas maneras ofrecía el aspecto de una miseria a la que el orgullo mantenía a raya y se podría decir que estaba lleno de remiendos, pero no que estaba roto. Se ofreció a llevarnos a comer churros y chocolate a una "lechería golfa". —Es de esas donde van la gente del pueblo bajo de Madrid— explicó.

Por el camino nos contó una historia, entre picaresca y dolorosa de los esguinces que tenía que hacer para escapar a las mordidas del hambre: nos habló de la miseria de la vida en la ciudad, de la pobreza de los arrabales, del campo español lleno de terratenientes de vida lujosa y de campesinos hambreados. En un alto en la conversación exclamó:

—¡Aquí necesitamos un Barbas!

2

A la lechería llegaron dos o tres parejas. Al cabo se llenó de gente joven. El viejo pidió coñac. Cuando invitamos al chofer a tomar algo con nosotros, no dijo nada y se excusó para "aparcar el coche". Era un hombre joven: vestía muy pobremente, pero contrariamente al viejo, era callado.

—¿Cuánto hace usted al día? —le preguntó Ernesto Vera.

—Apenas para pagar las costas de la Fiat —dijo.

—¿No es suyo? —le preguntó Franqui.

—¿Qué va a ser —dijo—. El coche es del dueño. Yo no tengo ni en qué caerme muerto.

—¿Y qué hará? —le pregunté. No entendió. Le pregunté que cómo haría para librarse de su miseria.

—Mire, usted —me dijo— esas son cosas mías, pero como ustedes son extranjeros, les voy decir: no hay na que hacer.

—Algún remedio habrá —dije yo.

—Sí, pero mire —dijo y señaló a un letrero a su espalda que decía "Prohibido cantar". Luego se echó hacia delante, como quien tiene vergüenza de confiar un secreto: —Lo bueno que tiene esto es lo j... que se va poniendo.

3

En Madrid todo el mundo abre su puerta con dos palmadas: eso atrae a un sereno que tiene la llave de todas las puertas en esa cuadra. La puerta de nuestra pensión —una casa de huéspedes madrileña— fue abierta por un hombre viejo y taciturno. Le dimos las gracias. El hombre subió con nosotros la escalera. Ya ante la puerta de arriba, nos detuvo:

—Me da mucha pena —comenzó—, pero veo que son ustedes nuevos.

—Sí, hemos llegado hoy —le dijimos.

—Entonces tengo que pedirle mi propina. Lo siento, pero es lo único que gano.

—¿Cuántas horas está usted aquí?

—Pues, saque cuenta: desde las diez de la noche hasta las siete de la mañana.

—Nueve horas.

—¿Y cuánto hace?

—¿Ganar? Pues depende de los huéspedes de esta pensión y de la de al lado. Saco unas ciento cincuenta pesetas a la semana. Pero me puedo considerar afortunado.

Cientas cincuenta pesetas a la semana son unos diez dólares.



AMNISTIA



lares al mes: con eso vivía aquel hombre que tenía mujer, dos hijos y una nieta.

—¿Y cómo vive?

—Pues, muy mal, señor, ¡pero qué le vamos a hacer!

4

El cabaret Casablanca es conocido en todo Madrid. Allí van muchas parejas, que bailan incansablemente. También van unas muchachas solas, que no bailan: se pasan las noches sentadas. De vez en cuando dan una vuelta por el salón y cuando entra un hombre le dedican una mirada intensa o una sonrisa velada. Algunas son bellas, otras lo han sido alguna vez; todas son prostitutas. Hay bastantes prostitutas en el Madrid nocturno. Muchas visten bien y parecen alegres. Pero hay otras formas más dolorosas de la prostitución. En los servicios sanitarios del Casablanca —también en cualquier gran café de la Gran Vía— hay una vieja. Es ella la que trae las servilletas y las sirve por entre los hombres que orinan. A veces, acompaña a la toalla de papel una cajita: son preservativos.

—¿Qué piensa usted de esto? —le pregunté a una de estas viejas.

—Figúrese: hay que vivir.

—¿Pero no siente pena?

—Sí, señorito —me dijo. —Se me cae la cara de vergüenza, pero el único dinero que entra en casa es el que yo gané aquí.

5

La pensión estaba atendida un domingo por la mañana por una mujer de mediana edad que en una ocasión —hace diez años— fue muy bella.

—¿Y para qué quiere ir a Toledo? —me dijo, cuando yo le pregunté la manera de llegar mejor a Toledo. —Ahí no hay más que piedra y miseria. Y ahora lluvia.

—Madrid es más bonito —le dije, conciliador.

—En Madrid hay menos piedras. Y además, Fabiola —y me tendió una revista que traía en la portada una foto de la novia real y española del real belga Balduino— para los bobos. Mire, usted —dijo, desplegando el magazine: “La bella novia llevará un trusó bordado en oro”. Ella se borda en oro y nosotros nos apretamos el cinturón. Y es más fea que un mono de Goya.

—¿Y usted es la dueña de esto?

—¿Dueña yo? —dijo y se rió estrepitosamente: la risa era fingida. —Yo aquí lo que soy es una mula de carga. Mire usted: soy viuda (y no me he vuelto a casar no porque la Iglesia no lo aconseje, sino porque no he encontrado quien cargue conmigo), tengo una hija que está estudiando bachillerato, trabajo toda la semana en una oficina de taquimeca y los domingos hago este turno en la portería para ayudarme un poco. Y ni así.

—¿Y qué dice Franco de esto?

—No me hable usted del Generalísimo —y guiñó un ojo—, porque acaban de dictar una ley muy oportuna.

En esos días se hacía circular un decreto en que se consideraba delito de traición contra los poderes del Estado “pronunciarse en público en detrimento del régimen”.

6

Preguntamos a un policía la doble dirección del metro.

Una línea nos llevaba a la Gran Vía —el policía dijo Avenida José Antonio— y la otra a los arrabales, a los barrios obreros. Tomamos esta última, no obstante la advertencia del policía de que nos habíamos equivocado. Nos bajamos en una plaza llena de fango y charcos de la lluvia reciente. Caminamos y contemplamos el fantástico despliegue de tiendas dedicadas a vender toda clase de comida: mariscos (angulas, berberechos, sardinas, bonito, calamares, mejillones), carnes, empanadas, aceitunas. Entramos en una taberna. Era parecida a una tienda de las de antes, con su mostrador, sus mesas de madera basta y su frastienda llena de barriles de cerveza y vino. El ambiente era de familiar camaradería. Un niño muy fuerte, jugaba entre los barriles, vigilado de lejos por su padre, un hombre tan fuerte, llamamos al camarero. Acudió un hombre flaco, de cara aguzada y pelo aplastado sobre la cabeza. Vestía un pulcro y pobre uniforme de camarero. Nos sirvió. Una

de las veces, como bromeaba con el niño cerca de nosotros, lo invitamos a beber con nosotros.

—No, gracias. Estoy con unos amigos— dijo. No sé que reacción lo hizo acercarse a nosotros después del segundo vaso. —Ahora puedo aceptarles la copa. Bebia, con los amigos, saben.

Comenzamos a hablar. Era un hombre lo que teníamos enfrente. Por la conversación supo que éramos cubanos y enseguida estábamos hablando de política. Había peleado en la Guerra Civil (“del lado de acá”) con los leales, había estado preso siete años (“hasta que no les quedó más remedio que soltarme”), ahora era camarero (“desde hace catorce años”) y seguía siendo anarquista (“a mí no hay quien me mate las ideas: las ideas no hay Dios que las mate”). Tenía un hijo en el ejército y había sido propuesto para cabo. Vinieron a investigarlo y él les dijo a los agentes de Franco: “Miren ustedes, no tienen que preguntar más a los vecinos: yo peleé en la guerra, por los republicanos, fui de los rojos y no me arrepiento”. Algo en su valerosa actitud debió impresionar a los policías, pero su hijo fue echado del ejército.

Hablamos una buena parte de la noche. Frente a nosotros estaba aquel hombre flaco, chupado por los años y la miseria, cansado de trabajar y de pelear con el hambre y la injusticia y sin embargo, en sus gestos, en su actitud estaba todo lo que ha significado España de bueno: lo que nos hizo nacer la esperanza junto con la República, lo que logró movilizar hombres en Cuba para combatir al fascismo, lo que todavía nos conmueve cuando recordamos el pasado y nos moviliza al vislumbrar un futuro próximo de libertad y fraternidad. Cuando nos fuimos insistió en pagar y no hubo manera de convencerle de que no era justo.

—Ha sido un enorme placer hablar con ustedes —explicó. —Y no tengo con qué pagarles la dicha que me han dado. Cuando regresen a Cuba, díganle a ese Castro de vosotros que en España también creen en él.

7

En un modesto —más bien pobre— apartamento de Madrid conversé con dos escritores españoles. Uno era joven y estaba casado con una muchacha de mirada intensa y sonrisa llena de cierta melancolía. El otro era ya viejo y alguna vez había estado preso: en la Guerra Civil había perdido el oído. El escritor joven hablaba con una vehemencia apagada, como si confesara ante un cura ávido innumerables pecados tenebrosos.

—Aquí la vida es terrible. Escribir casi parece un ejercicio inútil: hay tres censuras y cualquier página que logra pasarlas, queda castrada en el proceso.

La mujer del escritor joven asentía en silencio.

El escritor viejo hablaba más alto de lo que quería hablar y era muy cauto en sus expresiones.

—Lo único realmente importante que hacemos aquí es dejarnos ver: la gente de la calle, cuando nos reconoce, sabe que no está sola.

En España todo lo que se escribe que tiene alguna intención, hay que publicarlo en el extranjero. Las editoriales están dominadas por un capitalismo miserable y por la vigilancia sin sueño de los curas. Al ejército, como siempre, la cultura le pone cosquillas en el gatillo de la pistola. Falange no ha incubado más que escritores resentidos, grandes aprovechados (autores que estrenan comedias insulsas todas las temporadas, censores en plan de ideólogos, poetas de última categoría cantando a la “grandeza de España”) y disidentes sin gran coraje.

—Escribir —dijo el escritor joven— es absurdo.

El escritor viejo asintió.

—¿Y por qué lo hacen? —les pregunté yo.

Casi no sabían. Pero atinaron una respuesta precisa.

—Porque hay que hacerlo.

Algún día toda esta literatura de ahora será un importante testimonio en la causa contra los enemigos de España: Todo lo que se ha dicho y todo lo que no se ha dicho ingresará en el mismo dossier.

Es a estas gentes de España: a los valerosos, a los indecisos, a los resignados, a los muertos de vergüenza, a los abatidos, a los sufridos, a los hambreados, y, sobre todo, a los invictos a quienes va dedicado este “Lunes”.

Guillermo Cabrera Infante

EXCELENTISIMO SEÑOR MINISTRO DE INFORMACION Y TURISMO. Madrid

La presente carta escrita desde distintas dedicaciones intelectuales —novela, poesía, teatro, ciencias, filosofía, ensayo, cinematografía, publicismo, etc.— y también desde distintas convicciones ideológicas, está motivada, sobre todo, por la zozobra, próxima a la exasperación, a que se ve sometida nuestra labor por un sistema de intolerancia, confusión e indeterminación. Nos referimos, de modo especial, al problema que nos plantea la existencia de la censura, problema muy agudo puesto que entorpece el desarrollo de nuestro trabajo. Esto nos decide a romper el paciente y prolongado silencio que, a dicho respecto, hemos venido observando en espera de que semejante situación fuera al fin remediada por quienes se hallen en condiciones de hacerlo.

Independientemente del problema, que cabría plantear, de ser lícita o no la existencia de una censura previa, planteamos ahora la grave inquietud que nos produce, concretamente, el hecho de que nunca sepamos a qué atenernos en cuanto a lo que es posible expresar o no; por lo que parece cuando menos evidente la necesidad de una regulación explícita, única para las distintas formas de publicación de una obra; pues, en la situación actual, se da frecuentemente el caso de que un texto sea autorizado para un género de publicación —en revistas, por ejemplo— y prohibido para otros —publicación en libro, representación teatral, proyección cinema-

tográfica, etc.— hecho que consideramos injustificado e injustificable, como lo es el otro, tan frecuente, de que lo autorizado hoy sea mañana prohibido, o viceversa.

Esta situación trae como consecuencia, entre otros efectos, que la cultura española crezca en el plano internacional un espectáculo de precariedad propio de culturas poco evolucionadas (cosa en contradicción con nuestra rica tradición cultural), lo que pone al escritor y al hombre de ciencia español en el trance, parecido al exilio, de trabajar con destino a editoriales, compañías y centros de estudio extranjeros —fuga cultural que el país, en nuestra opinión, no está en condiciones de padecer o asumir.— De modo que todo ello configura un estado ingrato y esto en un momento en que parece deseable la superación de todo estancamiento o incomunicación. Por si fuera poco, podría también agregarse el deplorable efecto que origina en la formación e información del lector y el estudioso español la mutilación que padecen frecuentemente los textos, piezas dramáticas y películas extranjeras que se imprimen, representan o proyectan en España.

Examinado el problema en su forma actual, tal como se nos presenta en unas circunstancias en las que, con seguridad, sería ilusoria la petición que expresase nuestro mayor anhelo: que la censura previa fuese desterrada; los abajo firmantes consideran:

1.—La urgente necesidad de una regulación de la materia con las debidas garantías jurídicas, estableciendo claramente el derecho al recurso.

2.—La necesidad, en cualquier caso, de que los funcionarios encargados de aplicar dicha regulación posean una personalidad pública, ya que el anonimato desde el que vienen ejerciendo sus funciones los censores es motivo de las mayores arbitrariedades.

Esperamos que el presente escrito sea atendido por V. E. con el mejor espíritu, dado nuestro deseo de que la cultura española reivindique el puesto que naturalmente le corresponde.

El doble destino de nuestra carta, dirigida simultáneamente a V. E. y al Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, se justifica por el hecho de la ambigüedad en que se desenvuelve nuestra actividad social, regulada por los Ministerios de Educación Nacional e Información y Turismo.

Con este motivo saludan a V. E. muy atentamente y en espera de sus, sin duda, favorables determinaciones.

MADRID, 24 de noviembre de 1960

(Carta firmada por 240 intelectuales de Madrid y Barcelona).

José Ma. Pemán
Leopoldo Eulogio Palacios
Vicente Aleixandre
Julián Marías
Ramón Pérez de Ayala
Pedro Lain Entralgo
Juan Antonio de Zuzunegui
Enrique Lafuente Ferrari
Claudio de la Torre
Mercedes Ballesteros
José Luis Aranguren
Alfonso Sastre
Camilo José Cela
Juan Antonio Bardem
Ignacio Aldecoa
Fernando Baeza
Juan Mollá
Gonzalo Torrente Ballester
José M. Moreno Galván
José Luis Cano
Luis Delgado Benavente
Ricardo Rodríguez Buedo
Dionisio Ridruejo
Julio Caro Baroja
Marcial Suárez
Antonio Buero Vallejo
Carlos de Santiago
Elena Soriano
Enrique Llovet
María Alfaro
Manuel Pilares
Luis Rosales
Leopoldo Panero
José M. Souvirón
Luis Felipe Vivanco
Ramón de Garcíasol
Leopoldo de Luis
Rafael Montesinos
Francisco García Pavón
Eduardo Tjeras
Fernando Quiñones
Eloy Terrón
Jorge Campos
José Ares
Luis Fernández
Jesús M. Aroz
Joaquín Calvo
Victor Ruiz
Antonio Min
Antonio de I
Antonio Vi
Angel M.
Vicente S.
Carlos M.
Mariano
Rafael B.
Manuel J.
Emiliano
Dolores
Rafael A.
Julio D.
Agustín
Angel C.
Joaquín
Gabino
José de C.
Pablo Ma.
José López
José Tam.
José M. d.
José Berga.
Juan Anton.
Rafael Sánch.
Carmen Martín
Manuel Villegas
Antonio Ferrés
Gabriel Celaya
Angel González

Armando López Salinas
Jesús López Pacheco
Juan García Hortela
José Amillo
José Monleón
Josefina Sánchez Pedreño
Manuel Rabanal Taylor
Angela Figuera Aimerieh
Rafael J. Salvia
José M. Forqué
José A. Nieves Conde
Edgar Neville
Alejandro Núñez Alonso
Luis García Berlanga
Dolores Medio
Rafael Azcona
Alberto González Verge
Alfonso Paso
José M. Jové
Santiago Marín
José Luis Alonso
Fernando Martín Infesta
Angel Alcázar
Agustín Navarro
Begoña García Diego
Antonio Gobernado
Josefina Rodríguez
José Luis Borau
Mercedes Formica
Basilio M. Patino
Lionor Lorenzo
Juan Emilio Aragónés
Ramón Nieto
Eduardo Zúñiga
Lauro Olmo
Ricardo Domenech
Vicente Gaos
Marra López
Daniel Sueiro
Isach Montero
Concha Fernández Luna
Conrado Blanco
Lillí Alvarez
Consuelo Berges
Concha Lagos
Angelina Gatell
Tomás Alfaro (Marqués de Cañada Honda)
Mario Antolín
Condesa de Campe Alange
Mario Camus
Carlos Saura
Manrique de Lara
Medardo Fraile
Alvaro Fernández Suárez
Angel Fernández Santos
Enrique Ruiz García
Luciano Egido
Antonio Espina
José M. Sánchez Silva
José Miguel Velloso
Antonio Jiménez Landi
José Luis Herrera
Enrique Tierno Galván
Juan Antonio Muñoz Rojas
Seolás González Ruiz
Jesús Prado
Juan Antonio Cabezas
Jorge Ferrer Vidal
Benigno Bravo Villasante
Benigno Gallego
Benigno Conde
Tejedor
Querreda
Benigno Muñoz
Benigno Luca de Tena
Corbalán
Castroviejo
Cerezales
Fernández Cuenca

J. Fernández Figueroa
José Pla
Salvador Espriu
Ana Ma. Matute
José M. Castellet
Ramón E. de Goicochea
Susana March
R. F. de la Reguera
Joan Oliver
José Agustín Goytisolo
Mercedes Salisachs
J. Petit
Carlos Barral
Jaime Gil de Biedma
E. P. de las Heras
Joaquín Horta
José Verges
Enrique Ferrán
José M. Espinás
X. Montsalvatje
Martí Ferreres
Francisco Rodón
Alfonso D. Comín
Oriol Martorell
F. Gutiérrez
Luis Goytisolo
Joan Teixidor
Néstor Luján
José Pardo
Joan Sales
Rafael Santos Torroella
Mario Lacruz
Francisco Sitjá
J. L. de Urrueia (Marqués de S. R. de Ayala)
Juan Massana
Juan Goytisolo
Rvdo. Josep Dalmau
José M. Pi Sunyer
J. M. Calsamiglia
Salvador Millet y Eoll
Fabián Estapé
Jorge Nadal
Juan Ramón Masoliver
Mauricio Serahima
Joan Perueho
Felipe A. Cid
García Seguí
Alexandre Cirici Pelliscer
M. Jiménez de Parga
Alexandre Argullós
J. M. Font y Ruis
Manuel Riera Clavilló
Manuel Alonso García
J. M. Cendrera
Albert Manent
Santiago Nadal
Jordi Maragall
Joan Broca
Oriol Bohigas
Giovanni Cantieri
Enrique Sordo de Landrid
J. G. Schroeder
Juan Obols
Ricardo Salvat
Ma. Aurelia Capmany
Jaime Salinas
J. V. Poix
Juan Gomis
Octavio Saltor
Julio de la Rosa
Guillermo Céspedes
Julio Uceda
—Joaquín Albalade
Alfonso Grosso
Agustín García Calvo
Jesús Fernández Santos
Amparo Gastón
Elizabeth Mulder
Carlos de Santiago



LO QUE LA CENSURA NO VE

PERFIL DE LAS NUEVAS GENERACIONES

ESPAÑOLAS

POR F. FARRERAS

En este ensayo Farreras estudia las nuevas gentes de España: aquellas que terminarán un día con esta larga noche de caverna.

VIENTE años en la vida de un pueblo son suficientes para que cambie su fisonomía. Poco importa que, en apariencia, no hayan variado las instituciones políticas ni las figuras que las representan. Por debajo de esta aparente continuidad existe una dinámica social interna impulsada por la fuerza incontenible de las generaciones que suben, presionando sobre las estructuras sociales en las que normalmente deberán alojarse.

En una sociedad bien organizada, cuya estabilidad se basa en el consenso de una gran mayoría de la población, las estructuras sociales poseen la necesaria flexibilidad para que el relevo de las generaciones se produzca automáticamente, de modo que el inevitable cambio no suponga rotura, sino continuidad que haga posible una renovación de los cuadros jerárquicos de la sociedad. Por el contrario, la pretendida continuidad basada en el inmovilismo de un sistema empeñado sólo en permanecer el mayor tiempo posible, no es tal continuidad, sino un proceso de envejecimiento progresivo en el que las nuevas generaciones pueden operar, bien activamente, con su oposición al sistema político imperante, bien pasivamente, desinteresándose por completo de él. En ambos casos tal sistema estará condenado a perecer en un plazo más o menos largo.

Esta certidumbre nos ahorraría ulteriores consideraciones si de analizar las posibilidades de supervivencia del régimen español se tratara. Pero los últimos veinte años transcurridos en España —como los cuarenta de régimen soviético en Rusia— plantean al observador de nuestro tiempo un problema cuyos datos, todavía oscuros e imprecisos, conviene esclarecer antes de todo intento para conjeturar una posible solución. Este elemento del problema lo constituyen las nuevas generaciones que van surgiendo en el curso de la historia y en las que se contienen los gérmenes que habrán de configurar el futuro inmediato. De cuál sea la reacción de la juventud rusa comprendida entre los 20 y los 40 años, ante las formas de vida colectiva que le son propuestas ya hoy a la vuelta de la desestalinización iniciada por Jruschov, dependen el futuro de Rusia, del comunismo y tal vez del mundo entero. He aquí un tema para los especialistas de política internacional. Y, por lo que respecta a España, el curso próximo de los acontecimientos dependerá, asimismo, en gran parte, de los que habrán de ser sus protagonistas y han crecido bajo el régimen al que por paradoja vendrán a reemplazar. Valgan, pues, como primera aproximación al problema, estos apuntes para una radiografía de las nuevas generaciones españolas o, más concretamente, de aquella parcela de la juventud cuya actuación puede considerarse en cierto modo como "típica" de esta época, aunque se trate de sectores bastante minoritarios en relación a la gran masa anónima de la juventud que ha observado —por propia inhibición o por forzada exclusión— una actitud pasiva a lo largo de estos 20 años.

Podemos dividir este lapso cronológico en varios periodos que coinciden, de modo aproximado, con los cuatro lustros que comprende. En unos casos la división vendrá determinada por acontecimientos históricos cuya repercusión dejó una impronta en la generación marcada con el signo de su época: tal es el caso de la primera generación —la primera en orden del proceso histórico que nos proponemos analizar— que comprende a los que alcanzaron su mayoría de edad entre 1939 y 1944. Esta es la generación que podríamos denominar totalitaria, cuyo protagonismo político tuvo más de "acompañamiento coreográfico" que de presencia efectiva en la vida española. De 1945 a 1950 aparece una

generación-puente, medio comprometida medio desorientada, a remolque de circunstancias exteriores a ella misma: la "conjura internacional contra España" la encierra en un forzado aislamiento, y como reacción todavía se considerará obligada a tomar parte en la manifestación de la plaza de Oriente de 1946 y en el referéndum de julio de 1947. A partir de 1950-51 y hasta 1956 arriban a las tranquilas aguas españolas —"esta charca feliz de aburrimiento que es la católica España" como se la oí definir a Rídruejo en la Universidad de Barcelona, allá por el año 1948— las flotillas avanzadas de los primeros rebeldes, los que, como afirmaba uno de ellos, Juan Goytisolo, en *L'Express* (29-5-1959), "comprendimos que nuestro deber más elemental era el de ser malos". El mundo se ha estabilizado, congelado por la guerra fría; no existe ninguna circunstancia exterior o interior que influya sobre la conciencia española, coaccionándola o amedrentándola. En 1956, el año que quedará grabado en la historia europea con el signo de la revolución húngara, los universitarios españoles, rebelándose contra el ambiente emponzoñado que les envuelve, toman la iniciativa y se lanzan a la calle. El régimen —los poderes públicos, con la complicidad de la sociedad que los sostiene con fingido disgusto— reaccionará dura y torpemente contra ellos, pero las nuevas generaciones, las que ahora cumplen 18 o 20 años y los que entrarán en las aulas universitarias en los cursos próximos encontrarán ya una Universidad politizada, no por el régimen, sino al margen —y casi unánimemente en contra— de él. Para Franco ésta es una juventud perdida; para quienes siguen con atención el proceso de reactivación de la opinión española ésta nueva generación constituye una incógnita.

Juguete de una circunstancia excepcional, porque no se elige la época ni el país en que se nace, la generación que abrió sus sentidos a la vida pública en 1939 se vió envuelta por partida doble en el clima bélico de los rescoldos de nuestra guerra civil y en las implicaciones de la segunda guerra mundial. Guerras ideológicas ambas, cuya onda expansiva tenía que hacer impacto en la sensibilidad despierta de una juventud "llamada a los altos destinos"... Aún sin haber tomado parte en la guerra civil, esta generación debía enlazar psicológicamente con las promociones de combatientes licenciados del Ejército y reconvertidos a la vida civil, con toda su carga de ambiciones y desengaños. Por otra parte, al coincidir su desarrollo vital con la segunda guerra mundial y dentro de la órbita de las potencias del Eje, ésta es la primera y única generación totalitaria, anclada en las ideas primarias, directas y simplistas del fascismo y del nacionalsocialismo. Sobre ella se ejerce una presión propagandística delirante, que encubre la auténtica toma de posiciones por parte de unas fuerzas complacientes ante la razón suprema del vencedor y grandes vencedoras ellas mismas en la cruel matanza fratricida. Nadie se atreve a contarles "la verdad del cuento"... Con unos datos falsos, trucados, deducirán sus falsas conclusiones: hay que hacer la Revolución. Y, ante las resistencias que por todas partes les opone una sociedad reaccionaria, exigirán, impacientes "el relevo"... Su indigencia política es absoluta: "despreciar cuanto ignoran" —y lo ignoran casi todo, porque la guerra que ha barrido el país les ha dejado sin maestros, y un inquisitorial expurgo de todas las bibliotecas, sin libros. (Digamos de pasada que en el fracaso de la experiencia republicana y también en la abdicación y renuncia que de sus ideales liberales y principios democráticos hicieron muchos de sus padres ante el supremo argumento-fuerza de la victoria militar está otra de las razones del enrolamiento fascista de los hijos. Así con el silencio de aquellos, expresión de un vago sentimiento de culpabilidad o de arrepentimiento, pudo sentenciarse que "el más noble destino de las urnas era el ser rotas". ¿Cómo iban a dudar del testimonio de otras generaciones más viejas quienes no conocieron la libertad, ni votaron nunca, ni habían pertenecido a ningún partido político?) Al propio tiempo, los que hubieran podido mostrarles la otra cara de la moneda habían sido asesinados o permanecían en las cárceles o en el exilio, envueltos en la campaña de difamación y desprestigio que el nuevo régimen había levantado contra ellos.

¿Cuál será el comportamiento en lo futuro de los hombres de esta generación? Probablemente nutrirán —como los del Movimiento "Social Italia-

no— las filas nostálgicas de un neofascismo y seguirán desde ellas soñando en una revolución imposible (que "no les dejaron hacer" y, por lo tanto, conserva para ellos todas sus reservas de posibilidades inéditas) y continuarán tercamente haciendo el juego a las derechas más reaccionarias, sin volver de sus desengaños, incapaces de aprender nada ni siquiera de escarmentar en sus propias cabezas... Generación simplista, nutrida de tópicos, y condenada a dejarse engañar, a pesar de que cree con seguridad petulancia que no se engaña porque sólo ella está en posesión de la verdad.

Entre 1945 y 1950 surgen unas promociones nuevas, serias, taciturnas, rigurosas y exigentes consigo mismas y para con todo lo demás. Sin la arrogancia vocinglera, la seguridad ofensiva y la alegre inconsciencia de las anteriores, pero todavía sin la rebeldía descarada de las siguientes. Parece como si hubiesen pasado de la adolescencia a la madurez sin solución de continuidad, en un mundo sin horizontes. Es también la primera generación que se plantea los problemas con espíritu crítico. La España imperial de Giménez Caballero, la España metafísica de Sánchez Mazas, la España poética de Pemán, ya no están tan claras para ellos. Se acercan como cachorros intelectuales a olfatear a Ortega, que ha vuelto a Madrid dispuesto a dialogar con la juventud —"ustedes y yo tenemos mucho que hablar", disposición que si fue sincera en el momento de cruzar la frontera el régimen se encargó pronto de frustrar.

Frente a la anterior, que acepta en bloque la condenación oficial de la generación "derrotista" del 98, esta promoción de 1945-50 redescubre a los abuelos del 98 y casi podría afirmarse que empalma con ellos por su rigor y su crudo realismo. Es la generación que empieza a "hacerse problema" del complejo ser de España. (Lain Entralgo, que puede ser considerado como su maestro, publicó en 1948 un ensayo titulado precisamente "España como problema".) Es la generación de la revista *Alferez* —los papeles mejor escritos en España desde 1939 hasta entonces— y del semanario universitario *La Hora* en su primera época.

El radicalismo falangista de la generación anterior es ya otro falangismo que busca en lo religioso una trascendencia que no tuvieron los mitos totalitarios. Es "la hora de la verdad" y de la autenticidad frente a la ficción y a la mentira de la propaganda, y del diálogo, a través del cual quiere manifestarse aquella autenticidad, frente al monólogo de las consignas oficiales. Y es también la hora de los poetas, adelantados de la expresión de los sentimientos colectivos más profundos que "a la retórica vacua de la generación precedente oponen los problemas de carácter social o simplemente humanos" (Goytisolo). Pero todavía estamos en una pura reacción intelectual. El realismo, que viene a sustituir al idealismo y a la exaltación retórica de las glorias del pasado de la generación anterior, es un realismo literario. La exposición de nuestros defectos tiene, ya lo hemos dicho, más de crítica novataochista que de análisis de las condiciones objetivas de la realidad social y económica de España. Esta será la aportación innovadora de la generación siguiente, aunque sin aquella generación —puente no hubiese sido posible el despertar de las generaciones posteriores no conformistas y rebeldes, o tal vez la reacción de estas últimas hubiera sido más brutal, más instintiva y menos lúcida y firme. Pero será mejor dejar esto para cuando nos refiramos a ellas. Por ahora nos bastará con un intento de análisis de las posibilidades futuras de esta generación de 1945 que, repitámoslo, no es ya la misma de 1939, pero tampoco ha llegado en sus conclusiones —provisionales y revisables, como todo lo que es obra de juventud— al radicalismo de las siguientes. Si su escepticismo la incapacita para penetrar en el surco fecundo de las grandes tareas que España habrá de enfrentarse a la salida de su actual situación, su rigor crítico puede constituir una garantía de que lo que se emprenda tendrá que ser algo realmente serio y constructivo, si ha de contar con su apoyo.

Aunque discrepantes del régimen porque mejor que ellos se da cuenta de sus defectos, no tararán su colaboración a los grupos de oposición pues su pesimismo les impulsa a creer hoy que

pañía tiene el régimen político que merece, y, cara al mañana, que el país no tiene salvación. La razón de esta actitud inhibitoria tal vez esté en el hecho de que ésta que fue una generación "comprometida". Incomprendida, franquista malgrá élle, obligada a vivir de espaldas a Europa, cuando precisamente su rigor intelectual y su justa valoración de la importancia de la técnica en el mundo moderno la aleja de todo casticismo, es, en suma, una generación malograda aunque tenga en su haber la creación (desde las revistas intelectuales, los colegios mayores y los seminarios universitarios, los cursos de verano y los campos de trabajo) del ambiente de inquietud y de autenticidad necesarios para que pudieran producirse y manifestarse las generaciones siguientes.

En 1950-51 se inicia un proceso de fermentación y de agitación que se manifiesta a través de las huelgas de Barcelona de marzo de 1951 y culminará con los sucesos estudiantiles de Madrid en febrero de 1956. En este lustro se produce una politización de la vida española, tanto en los ambientes universitarios como en los medios obreros, de la que el propio régimen no parece darse cuenta. La situación internacional ha evolucionado favorablemente para él en su doble vertiente: la prontamente española, con el pacto militar con los Estados Unidos, sumado a algunas buenas cosechas y a una evolución más fluida de la actividad industrial y del intercambio comercial con el extranjero, y de otra parte la tensión creada en torno a la guerra de Corea, que aparta de España la atención mundial. Y puede parecer paradójico que sea precisamente en este período de relativo bienestar en que diríase que el régimen ha remontado sus peores tiempos, cuando se produce la progresiva deterioración del frente interior. Pero no hay tal paradoja, sino una fuerte lógica política en el hecho de que a medida que el pueblo español va abandonando la posición de "plaza sitiada" y acercándose al logro de un relativo bienestar, y superada la preocupación cotidiana por satisfacer las necesidades más perentorias, empieza a tener tiempo para pensar y para exigir, precisamente en virtud del relativo mejoramiento de la situación, un trato digno, una atención más solícita por parte del gobierno, y el respeto de unos derechos ampliamente sometidos y conculcados. Es también el momento en que, lo mismo en el frente económico que sindical y en el intelectual como en el estrictamente político, el régimen tiene la oportunidad —la última de intentar una evolución hacia formas menos arbitrarias y provisionales, para salvar sus principios esenciales a través de una continuidad estabilizadora. Pero que tal evolución era imposible lo demostró el fracaso del intento del equipo Ruiz-Giménez, porque está en la propia naturaleza del régimen el permanecer hasta su fin igual a sí mismo y porque en la conciencia íntima de sus hombres responsables existe la convicción —nada gratuita— de que la menor concesión en el sentido de esta maniobra evolutiva que se intentaba, entorpecería el principio de su propia desintegración. Y de esta resistencia cerrada a toda posible acción renovadora, que el propio instinto de conservación impone al régimen franquista, nacería la rebeldía de cuantos creían todavía en la posibilidad y en la necesidad de tal evolución y habían contribuido activamente a apresurarla. Así es como de una petición de convocatoria de un Congreso Nacional de Estudiantes, cursada por conducto reglamentario a las autoridades académicas, pasaron los universitarios a la acción en plena calle, que determinó el encarcelamiento de muchos de ellos.

Del mismo modo que las reivindicaciones laborales formuladas en reiterados Congresos de Trabajadores y en el seno de las Juntas de los Sindicatos dentro de las normas regulares del sistema, al ser desoídas y burladas sistemáticamente, daban lugar a manifestaciones de protesta, pacíficas, pero unánimes, como las abstenciones de usuarios de transportes urbanos en Madrid y Barcelona y las huelgas en numerosas fábricas, minas y talleres de toda España. Todo ello tenía que producirse, a fin de que amplios sectores de la sociedad española se politizaran, creándose la necesaria receptividad para que las nuevas consignas políticas de oposición al régimen (nacidas del interior del país con indiscutible espontaneidad y con independencia de todo influjo externo, aunque fueran ampliamente compartidas y difundidas en el exterior) que propugnaban por el establecimiento de la convivencia nacional con un espíritu superador de la guerra civil pudieran arraigar en la conciencia de muchos españoles. Esta es la obra de una generación fraterna que se levanta contra otra generación fratricida, para decirlo con la bella expresión de los universitarios vallisoletanos, exponentes auténticos de aquella.

Los acontecimientos de los cuales ha sido protagonista esta generación son bastante recientes y han sido suficientemente divulgados y comentados para que insistamos en ellos. Pero antes de hablar de lo que puedan representar para lo porvenir los hombres que la integran, merece la pena que nos detengamos un momento a considerar lo que han realizado ya en el presente. En primer lugar intentan neutralizar el trágico movimiento pendular de nuestra historia más reciente. Los hijos de los vencedores se funden con los hijos de los vencidos e impulsan a vencedores y vencidos a fundirse en una sola España. Esta iniciativa no podía partir de ninguna de las fuerzas políticas de uno u otro bando que tomaron parte en la guerra civil y defienden desde posiciones opuestas la legitimidad de su causa. Por sincera y por sentida que fuese, hubiera sido inaceptable para el otro bando. Sólo una nueva generación podía promover esta síntesis superadora de las distintas tesis en presencia. A esta iniciativa han respondido con ejemplar generosidad cuantos quieren servir el interés de España por encima de todo, y con la más cerrada intransigencia y brutal presión los que anteponen sus intereses a la subsistencia misma de España. En la alianza de rehacer juntos la común existencia española estriba el segundo gran servicio que esta generación ha prestado ya a España y a los es-

pañoles, aunque muchos de éstos todavía no se hayan dado cuenta de ello.

Y ya con la atención puesta en el mañana cabe preguntarse: ¿qué es lo que quiere, qué pretende esta juventud? Toda generalización es arriesgada y podría ser inexacta, teniendo en cuenta, además, la multiplicidad de grupos y tendencias que se producen aisladamente y en forzada incomunicación. Su nota esencial es el radicalismo, que si es común atributo de los jóvenes, se manifestará aún más enérgicamente a la salida de la actual situación. Nada tendrá de extraño que los más decididos encuentren en el comunismo la actitud que mejor traduzca su oposición al régimen, puesto que éste se proclama fundamentalmente opuesto a aquél. De este extremismo hasta las fórmulas políticas que pueda adoptar un catolicismo progresivo (que se está gestando incluso en las nuevas promociones de jóvenes sacerdotes y de seminaristas) se extiende el repertorio de actitudes políticas que asumirán en el futuro inmediato los españoles de entre 20 y 40 años. Como amplio denominador común todos admiten la necesidad de una profunda modificación de la actual estructura de la sociedad española, mediante un plan de acción acentuadamente socialista, pero que emane de una democracia auténtica, es decir, articulada de abajo a arriba y no de la cúspide a la base. Aunque tampoco descartan algunos —ante la falta de aptitud del pueblo español para la práctica de esta democracia que hasta ahora no ha tenido ocasión de ejercer— la necesidad de recurrir a un poder fuerte y estable capaz de imponer en el más corto plazo posible la realización de aquellas transformaciones, según el ritmo y la dirección previstos en un amplio programa de renovación nacional.

Justicia a secas, rigor pedagógico, eficiencia técnica, apertura a todas las corrientes del pensamiento y de las grandes realizaciones modernas, industrialización y modernización del país, con las ayudas que sean menester, redistribución de la riqueza nacional a través de una reforma fiscal y de una efectiva reforma agraria, amplia descentralización de los servicios administrativos, que podrá llegar hasta la libre determinación de destino de los pueblos de España dentro de una comunidad impuesta por vínculos históricos y geográficos renovados libre y voluntariamente y, en definitiva, prioridad en la afirmación de los intereses colectivos sobre los individuales, tales son, en resumen y en líneas generales, las exigencias que formulan las nuevas generaciones para insertarse resueltamente en la continuidad histórica de España. (Un documento anónimo, el "Testimonio de las generaciones ajenas a la guerra civil", que ha circulado clandestinamente por España, expresa mejor que todo lo que podamos decir aquí, lo que esa juventud piensa y cree).

Esta visión de la juventud, un tanto superficial y apresurada, pecaría de incompleta y podría parecer deformada por una intelectualización exclusiva, sin una especial referencia a las promociones de hombres que en éstos 20 años, en pueblos y ciudades, han ingresado en los censos de trabajadores industriales o agrícolas: los jóvenes obreros y campesinos de España. Para ellos la vida se ha hecho problemática en el umbral de su juventud y es natural que esta apremiante prioridad les haya velado la visión de otros problemas: los problemas de los otros. Los otros son esos muchachos a los que nos hemos venido refiriendo hasta ahora. En muchos casos sus problemas son comunes: el ambiente opresivo de una sociedad llena de egoísmo e hipocresía; estrechez de horizonte familiar; falta de ilusión por el trabajo; noviazgo prolongado por imposibilidad de encontrar una vivienda y los ingresos necesarios para sostener una familia; la evasión embrutecedora y multitudinaria del deporte-espectáculo; la privación de toda opción vocacional, así en el oficio como en el estudio, y por encima de todo esto la común falta de libertad. Y si el estudiante se ha manifestado en forma más explícita contra el régimen no es porque tenga razones distintas para expresar su rebeldía, sino porque dispone de una independencia económica relativamente mayor que el trabajador vinculado de por vida a la nómina semanal. Pero además, si el régimen, fiel a una característica de todas las dictaduras, en su desprecio hacia la inteligencia, ha abandonado a la Universidad, al propio tiempo, por un criterio demagógico también común a todos los dictadores, ha venido practicando un reformismo paternalista con los trabajadores, del que se deriva la distinta actitud de éstos respecto a la de los estudiantes.

La compleja legislación social, confusa y muchas veces contradictoria, unida a la mala disposición de los empresarios a aplicarla, porque les es impuesta, porque es ajena a ellos y porque "lesiona" sus intereses, obliga al trabajador a formarse una mentalidad jurídica para la defensa de sus derechos. Veinte años de esta práctica leguleya han creado unas nuevas generaciones de trabajadores que se conocen la legislación laboral "al dedillo". La relación personal y directa obrero-patrón y obrero-sindicato se ha desviado hacia el Estado, que es el que regula las relaciones del trabajo y, en consecuencia, el trabajador, que tiene que resignarse a esperar lo todo de éste, ha perdido su antiguo espíritu de lucha por las conquistas sociales, aunque sus necesidades sean hoy más apremiantes que nunca.

Así, nada tiene de extraño que el sector más joven de la clase trabajadora sea políticamente escéptico. Escasean en él las vocaciones de dirigentes sindicales, y en cuanto al proselitismo ideológico la captación política del régimen ha sido nula. A los jóvenes sólo les interesa el cine, el fútbol o la novia, y si alguna preocupación sienten de otra índole, sus preferencias van hacia una formación profesional que sea productiva más que a la pura actividad cultural, artística o meramente recreativa. Las Escuelas del Trabajo y otros centros de formación profesional se ven frecuentados por millares de muchachos que, después de una jornada de trabajo agotadora, acuden a ellos para adquirir preparación técnica o perfeccionar un oficio que les permita mejorar su situa-

ción con respecto a la de sus padres. Esto demuestra, por otra parte, una seriedad y un sentido de responsabilidad que contrasta con la despreocupación que parece deducirse de nuestras anteriores afirmaciones. Y no es éste el único contraste que encontramos en las nuevas masas obreras. El salto generacional es tal vez en ellas más profundo que en otros sectores de la juventud. Entre los "antiguos", con una experiencia sindical anterior a 1936 y los "nuevos", incorporados al mundo del trabajo después de 1939, se perfilan muy claramente dos fases del movimiento obrero que habrá que tener muy en cuenta cuando llegue el momento de efectuar la soldadura que dé continuidad a la vida sindical española. Paradójicamente, los primeros mantienen viva la conciencia revolucionaria (aunque muy amortiguada por el escarmiento de la guerra civil), conservan su conciencia de clase y son, por así decirlo, más jóvenes que los segundos. La mística de las viejas luchas sociales y el protagonismo activo que en ellas representaron dejó una impronta que no ha podido transmitirse a los jóvenes, más sumidos bajo la doble presión de un Estado autoritario y de las circunstancias ambientales de la sociedad española.

Los jóvenes han pasado de las aspiraciones genéricas —que suponen siempre una carga de abnegación y de altruismo— a las concretas; de las grandes ambiciones revolucionarias a las menudas exigencias cotidianas. En cuanto a su conciencia de clase, se difumina en una zona intermedia donde se alojan el técnico y el obrero especializado que están, pese a las precarias condiciones económicas generales, más próximos a las capas bajas de la pequeña burguesía y de la clase media que al proletariado. (La extracción social de los alumnos de las Escuelas de Comercio y de las de Trabajo y Peritajes Industriales, es muy parecida)

Otro elemento contradictorio: podría creerse que la seriedad en el comportamiento personal y en el trabajo, y la preferencia por lo concreto, son signos de madurez, siendo así que, por el contrario, la mentalidad del joven obrero denota cierto infantilismo.

La influencia del medio familiar hasta rebasada la adolescencia, la educación recibida y la permanente coacción del Estado prolongan la minoría de edad —para las responsabilidades personales y colectivas, para la conquista y el disfrute de la libertad— indefinidamente, y como consecuencia la rebeldía y la disconformidad, características típicamente juveniles, ceden al conformismo o, en el caso de llegar a estallar, se producen en forma de "gamberrismo" más propio de adolescente que de hombres hechos. Este infantilismo se refleja en las lecturas: las historias del "Coyote" y policíacas, una inmundicia deportiva y hasta el inofensivo "T. B. O." de nuestra infancia son pasto de su voracidad evasiva...

Todo ello provoca una inhibición de su sentido crítico y un desinterés por las tareas colectivas y explica también el hecho de que la única manifestación de disconformidad y de protesta pública arrancada a su pasivo conformismo haya consistido en secundar —eso sí, con absoluta seriedad— manifestaciones pacíficas como la abstención de usuarios de transportes en Barcelona en 1951 y 1957.

Pero sería injusto, además de torpe, pretender achacar tales defectos a las condiciones morales de la juventud trabajadora. En realidad son consecuencias del impacto sobre sus jóvenes conciencias de una sociedad envilecida y, por otra parte, es un fenómeno común a todas las juventudes europeas, según han puesto de manifiesto recientes encuestas. Si nos referimos a ello es porque creemos que estas circunstancias merecen ser tenidas en consideración cuando se intenta conjeturar las soluciones que habrá que dar en lo futuro a sus problemas concretos en cuanto a trabajadores españoles. Soluciones que en parte vendrán condicionadas por las realizaciones de estos veinte años últimos. Así, por ejemplo, la central sindical única (que si hoy no es eficaz ni representativa, como mero instrumento del Estado, constituye en cambio una realidad insoslayable) con sus instalaciones administrativas, educativas y deportivas; el vasto sistema de seguridad social y de prestaciones; los montepíos de previsión; la magistratura del Trabajo; el plus familiar, la participación en beneficios —más teórica que real—, los jurados de empresa —timido remedo de los comités obreros de gestión—, todas éstas son realizaciones con las que habrá que contar, reformándolas, depurándolas y llenándolas de auténtico contenido, si no se quiere correr el riesgo de enfrentarse con la mayoría de esta masa trabajadora ni caer en un simple reformismo neocapitalista que sería quizás peor —por lo equivoco— que el puro reaccionarismo franquista que se pretende combatir.

Es probable que estas generaciones no sean ya dóciles a los viejos slogans políticos. A partir de las instituciones actuales —con todos sus defectos que habrá que corregir— y de las que existieron en el pasado y merezcan ser restauradas, impondrán la realización de otras nuevas, mejores y más eficaces. En la ambiciosa tarea de dotar de contenido político y de encuadramiento orgánico en la sociedad a estas voluntades y exigencias está una de las posibilidades de integrar esa masa, hoy todavía apolítica, en la gran corriente renovadora, dinámica, seria y realista que España necesita. A falta de lo cual es ocioso decir a donde irán, en su mayoría, estos hombres que no conocieron el pasado y a quienes un régimen que se precia de ser el más anticomunista del mundo, lejos de haber permitido las condiciones de libertad necesarias para el desarrollo de una conciencia individual, libre y solidaria, los ha sometido durante 20 años al forzoso acatamiento de toda decisión del Estado autoritario. En un país de formas políticas superficiales y sin una estructura social profunda, si las cosas andan mal siempre será más fácil cambiar el signo del Estado por un hábil golpe de mano que proponerse realizar una honda transformación del país y de la mentalidad de sus gentes mediante un proceso de educación para la convivencia en la libertad y el respeto mutuo.

SOBRE ORTEGA



POR JOSE CORRALES EGEA

Nacido en Larache en 1920. Comenzó a escribir en 1936. Autor de "El haz y el envés", prohibido por la censura española. Reside en París.

HACE ya algún tiempo, allá por la primavera de 1946, la juventud universitaria madrileña tuvo ocasión de vivir una experiencia llamada a tener consecuencias inesperadas. Mé refiero al encuentro entre esa juventud y el viejo filósofo Ortega y Gasset.

Para situar las cosas en su punto conviene recordar que Ortega había estado ausente de España durante largos años; que sus obras no eran fáciles de hallar; que en los libros de texto para la enseñanza se le incluía entre los autores "liberales, descreídos y perniciosos".

Desde el comienzo de la guerra civil, habían transcurrido diez años. Ninguno de nosotros, entre los veinte y veinticinco, había tenido nunca la oportunidad de ver ni oír al filósofo cuya celebridad agrandaban la ausencia, la distancia y la misma campaña de su descrédito. Hizo falta la coyuntura histórica creada por el desenlace de la guerra mundial para que fuera posible, de pronto, la reaparición fugaz de Ortega en Madrid, y el anuncio de una conferencia suya en el Ateneo.

La expectación era considerable. La juventud se apretujaba, impaciente, por los pasillos del salón de actos. En las salas de estudio del primer piso, los pupitres se quedaban vacíos.

El tema estaba relacionado con el teatro. Era lo de menos. Lo que importaba era oír la nueva palabra, el nuevo estilo que después de varios años de penuria y mediocridad literarias, estábamos deseando oír. En una palabra, nosotros los jóvenes estábamos esperando una renovación de un autor que frisaba ya la ancianidad; juzgábamos de antemano como "nuevo" el estilo de un hombre que, probablemente, no se habría creado otro durante los largos años de ausencia. La situación era paradójica. Sin embargo, dentro del contexto español tenía una lógica perfecta.

Con la Revolución Nacional-Sindicalista había acontecido algo insólito. A diferencia de lo que suele ocurrir con las revoluciones, que todo lo anterior a ellas se pone pronto viejo, resulta caduco, transcendido, y lo que intenta restaurar el pasado se sitúa inmediatamente en dirección descendente, antirrevolu-

cionaria; con el Movimiento había ocurrido un fenómeno en cierto modo inverso. Todo, o casi todo lo anterior a su Revolución, en vez de situarse como anticuado o transcendido, veníase teniendo por "revolucionario" y "progresista", con lo cual se daba la paradoja más arriba señalada de que cuando una parte de la juventud pretendía mirar más allá y hacia delante, miraba por de pronto hacia atrás, ya que lo que cronológicamente, había quedado atrás, resultaba, cultural e intelectualmente, por delante.

Este fenómeno habrá que estudiarlo en su día, y sacar las consecuencias que de él se deriven. Por sí sólo explica, sin duda, la confusión mental en que nos hallábamos una buena parte de la juventud española; el hecho de que, dentro de tal confusión, autores de índole conservadora como Baroja en la novela y Ortega en el ensayo, hayan podido gozar y gocen de fama "revolucionaria" y "progresista".

Semejante equívoco se ha mantenido gracias, por un lado, a la propaganda antiorteguiana; por otro, a la formación autodidacta, desordenada, de la mayor parte de la juventud. Hoy, como ocurría a principios de siglo, los españoles más interesantes son los que se han forjado en las bibliotecas y en el diálogo con un pequeño núcleo de amigos. Los centros de enseñanza suelen limitarse a que se aprendan cosas. Al alumno no se le pide reflexión; basta con que posea memoria de máquina registradora. La comparación, la discusión, son instrumentos poco menos que desconocidos en la formación universitaria. Saberse una asignatura significa aprenderse un libro de memoria y la sabiduría reflexiva se confunde con la erudición mecánica.

En tales circunstancias, el "autodidactismo" se impone, con todos los peligros que entraña el aislamiento, la falta de método y disciplina intelectual. Se forjan así rebeldes aislados, como Baroja; revoltosos personales, individuos que, habiéndose forjado a sí mismos, o poco menos, tienden a menospreciar todo cuanto trata de vincular al hombre con la sociedad y a hacerlo responsable ante ella.

La renovación que esperábamos del encuentro con Ortega estaba precisamente en que prometía ser generador de ideas, de sugerencias, un excitante del pensamiento. La desilusión que produjo en la mayoría de nosotros hubo de tener, por eso, una trascendencia imprevista; sólo se la puede medir teniendo en cuenta la esperanza que había suscitado. No quiero decir que no se hubiera producido hoy ya; pero es probable que no se hubiera producido todavía entonces. Por eso hay que situar en el momento de ese encuentro el gran viraje dado por entonces por una parte, al menos, de la juventud, llevándola a adoptar una posición crítica, revisionista si se quiere, frente al crédito otorgado a ciertos renombres. Fue entonces cuando muchos de nosotros empezamos a entrever que lo nuevo no sólo no estaba en el presente, sino también poco en el enlace con un pasado inmediato. Lo nuevo aparecía como una tarea futura, algo por venir y por ha-

cer, distinto y quizá hasta opuesto, en muchos sentidos, a lo que se venía teniendo, rutinariamente, como valedero.

Tal fue la primera enseñanza acarreada por el descubrimiento de la distancia que mediaba entre el conferenciante y nosotros. Poco a poco, sus palabras habían ido tomando una resonancia anacrónica. De vez en cuando le oíamos una alusión a la juventud, emplazándonos para encuentros futuros, en un tono que no dejaba lugar a dudas acerca de su convencimiento de hallarse ante un par de generaciones que sólo estaban esperando una cosa: recibirle como jefe y oráculo espiritual. Pero esta seguridad contrastaba cada vez más con la sima que veíamos abrirse entre nosotros y el **viejo maestro**; acaso entre nosotros y una parte de la generación de la pre-guerra. La duda afloraba ya, acechaba. Y no era la sima creada por una nueva cultura, una nueva dimensión del hombre y del mundo dada por una revolución; en este aspecto no se había creado nada; a lo sumo, se habían restaurado ciertos valores añejos, polvorientos. Lo que nos separaba del conferenciante era, simplemente, la diferencia entre sus experiencias y las nuestras; el hecho de haber vivido la guerra civil y la pos-guerra como jóvenes españoles en y dentro de España y no, como él, contemplándolas desde lejos y desde arriba, en la butaca del espectador. Esto bastaba para que no afinásemos ya en el mismo tono, para que ningún acorde perfecto cupiera entre él y nosotros. A sus ojos, nuestra experiencia aparecía como un paréntesis histórico; la verdadera historia se había parado al mismo tiempo que su directo y personal magisterio. Había que reanudarla volviendo al punto en que se detuvo. Para nosotros, la historia no había sufrido ningún paréntesis y no había medio de saltar por encima de los acontecimientos vividos, ni de las experiencias recientes. Nuestros valores no podían coincidir, puesto que nuestro punto de vista era ya distinto. Así ocurrió que la brillante elocuencia del discurso, por ejemplo, no nos deslumbraba, no reparábamos ni siquiera en ella; en cambio, descubríamos una alegre y frívola gratitud en ciertas afirmaciones, que nos causaba mal efecto. Con toda evidencia, nuestra sensibilidad no era la misma que la del público anterior a la guerra. Peor dotados quizá para apreciar lo exquisito, lo ingenioso, lo bien dicho, exigíamos en cambio precisión y rigor. Desconfiábamos de la facilidad —en la pluma y en la palabra— y la intromisión de la literatura y de la metáfora en los dominios de la reflexión y del pensamiento se nos antojaba poco serio. Considerábamos, quizá con error, que había pasado el momento de hacer filigranas, de preferir los encantos del arte y de la seducción a la exactitud de la ciencia. No sabíamos apreciar a los divos. Formábamos, en suma, un público muy distinto al que solía dirigirse el conferenciante quince o veinte años atrás.

Hizo falta esta experiencia, sin duda, para poner en tela de juicio algunas de nuestras propias ideas. De ella deriva la relectura que muchos hicimos de la obra orteguiana y su "desmitificación", valga la palabra, la revisión del filósofo no como escritor y pensador, sino como pensador y escritor liberal y progresista. Tal revisión es imprescindible si queremos situar las cosas en su punto y acabar con ciertos equívocos que las circunstancias han ayudado a forjar y que pueden desorientarnos y conducirnos incluso en dirección opuesta a donde queremos ir. La crítica del pensamiento orteguiano se impone, como se impone el repaso y revisión de la generación llamada del 98 si queremos saber a qué atenernos.

Entre las obras de Ortega, hay una que pedía más inmediata revisión por tratarse en ella de un problema que nos concierne directamente. Es la titulada **España invertebrada**. Vista con la perspectiva que nos da la experiencia de la guerra civil y la guerra mundial última, nos informa mejor quizá que otras de la índole de ciertos aspectos orteguianos, y de la influencia que pudieron ejercer durante los años que precedieron a la lucha fratricida española en las generaciones precedentes.

Lo primero que choca es que el autor de ese libro sea el mismo que hizo pública profesión "liberal", ya que se trata de una repudiación abierta de todo cuanto se relaciona con el liberalismo, la democracia, el sufragio universal y el parlamentarismo. Publicado en 1921, alcanzó la cuarta edición en 1934. Para ésta, Ortega escribió un prólogo en el que, al referirse a los acontecimientos que se estaban produciendo en Europa, considera que éstos **le han dado razón**, por lo que no puede ser más oportuna la reedición de su obra. En efecto, la obra venía a reforzar, en el plano teórico e intelectual, la oposición antiliberal y antiparlamentaria, prestándole fórmulas brillantes y argumentos capaces de seducir a la juventud por lo que tenían de apariencia europeísta y moderna, semejantes a los que privaban en otros países de "orden nuevo". ¿Cómo, pues, ha podido prosperar aquel equívoco? La respuesta creo que es ésta: La petrificación, la fosilización de ciertas formas de vida y pensamiento alcanza tales proporciones en España, que todo cuanto trae apariencia novedosa, modernizante o, simplemente distinta de la acostumbrada, se toma —por espejismo— como algo susceptible de "remover", de "revolucionar", aunque sea de índole reaccionaria.

La finalidad de estas líneas consiste precisamente en señalar (con la fugacidad que impone un simple artículo), cómo desde 1921 la **España invertebrada** ofrecía las bases teórico-filosóficas para un conservadurismo español de tipo europeizante y moderno, adaptado a las condiciones del mundo moderno: es decir, del mundo anterior a 1939, dominado en lo inmediato y a corto término por la ascensión de un ultranacionalismo agresivo y expansionista cuya "alta misión" justificaba la implantación de una dictadura interior y el sometimiento, **manu militari**, de las masas. Esta oferta, el conservadurismo español no la supo explotar. Al contrario, el exterior cosmopolita, europeizante, poco ortodoxo en lo que atañe a religión del escritor, le infundió recelos que, por otra parte, la actitud contradictoria del mismo escritor se encargaba de alimentar. La propia revolución Nacional-Sindicalista, a pesar de que sólo adoptó las ideas orteguianas que juz-

gó más aprovechables, y esto limándolas y adaptándolas considerablemente, no pudo tampoco sustentar ni las formas ni las técnicas modernas de otros movimientos europeos similares, sobrepasada en seguida por las formas ancestrales del conservadurismo tradicional español, agrario y primitivo. Así, dentro del conservadurismo internacional, el español aparecía como un lastre, un remolque, como el rústico y el terco de la familia con quienes se tiene trato, pero discretamente y sin publicarlo a todos los vientos.

Una vez que el conservadurismo tradicional decidió contar a Ortega entre sus enemigos, buen aparte de la intelectualidad tachada de "progresista" y "europeizante" le consideró, por rebote, como uno de los suyos, contribuyendo a formar el equívoco de un filósofo liberal y "revolucionario", sin hacer los distinguos que su obra contradictoria reclamaba. Es el caso que en la **España Invertebrada**, después de analizar los males de que sufre su país, el autor propugna un sistema de gobierno de tipo aristocrático-feudal, compuesto por una élite de hombres superiores —o superhombres—, a los que llama **los mejores**, obediéndoles por una masa de seguidores dóciles que han de dejarse conducir y a los que él llama **los inferiores**. Y generalizando la cuestión, la pasa del plano nacional al europeo para presentar tal sistema como la única garantía de grandeza y prosperidad. En cambio, la decadencia empieza en cuanto se invierte el orden; es decir, cuando la gran mayoría que es la masa pretende intervenir o imponer su opinión, cuando el gobernante pasa a ser mandatario o delegado de la opinión pública, en vez de ser su **fürher** o **güfa** conductor. He aquí el mecanismo elemental creador de toda sociedad —escribe Ortega—: **la ejemplaridad de unos pocos se articula en la docilidad de otros muchos. El resultado es que el ejemplo cunde y que los inferiores se perfeccionan en el sentido de los mejores** (Pág. 110) (1). **Cuando en una nación la masa se niega a ser —esto es, a seguir a la minoría directora—, la nación se deshace, la sociedad se desmembra y sobreviene el caos social, la invertebración histórica** (Pág. 92).

Para ilustrar estas opiniones, Ortega acude a la autoridad de los **Purana** indios, revelándonos que hay en la historia una sucesión de épocas de formación de aristocracias y con ellas de la sociedad; y épocas de decadencia de esas aristocracias y con ellas disolución de la sociedad. En los "**Purana**" indios se las llama época "**Kitra**" y época "**Kali**". En otro lugar, acude a la autoridad de un escritor español del Siglo XIV, Don Juan Manuel, aplicando así a la sociedad de su tiempo soluciones y criterios que nos remontan a la mentalidad medieval, o a otra mucho más lejana. Como luego veremos, esta interpolación de elementos dispares es una táctica en Ortega que responde al sentido íntimo de la obra de que hablo.

Su defecto esencial, sin embargo, está en que se juega y elucubra gratuitamente, a través de toda ella, con una serie de conceptos de doble filo que no han sido definidos previamente: masa, aristocracia, élite, los mejores, los inferiores... ¿Con qué medida hemos de distinguir a los unos de los otros? ¿En qué medida caben unos bajo un concepto y otros bajo otro?... Poco importa que Ortega nos diga que la aristocracia no es siempre lo que suele entenderse por ese nombre, o que nos hable del sentido de la responsabilidad, la lealtad, etc. Todas estas cualidades importan sólo desde el momento en que se traducen en acción y sirven a una dirección histórica o, más concretamente política. La virtud se demuestra, como el movimiento, andando. A este respecto, Ortega nos deja en el dominio nebuloso de las frases brillantes. Ignoramos el valor exacto, los límites concretos, el contenido que aquellos conceptos han de tener y en qué camino y por qué itinerarios los hemos de hallar. Son abstracciones de las que cada cual puede hacer el uso que le parezca. Por eso la obra no pasa de puro desahogo, de puro discurso más o menos sugestivo, pero sin rigor. Es más, invitarnos a entrar en el juego sin describirnos y explicarnos el valor y la índole que hemos de atribuir a cada pieza, parece poco serio, se presta a la trampa.

Es lo que ocurre. Lá trampa aparece, primero, en la complicitad que el autor obliga a que se establezca entre el lector y él, excluyéndose ambos, por lo pronto del confuso conglomerado de la masa, para incluirse y contarse dentro de la categoría, confusa por indefinición, de la élite. El autor lo hace por derecho propio que se arroga; el lector, porque sólo así puede seguir a su autor. De este modo, la élite viene a coincidir con la actitud orteguiana, significa **orteguismo** frente a los demás. Ahora bien, dada la vaguedad de los términos "elegidos", "superiores" etc., cabe entre orteguianos intenciones, designios, indoles muy diversos, incluso opuestos. Imprecisos como las malas leyes, se prestan para la justicia y la injusticia.

Por lo visto, Ortega no creyó necesario definir ni delimitar esos conceptos. Debía bastar con la **densidad** que cada individuo tiene gracias a su calidad. **Cuando en un líquido se arrojan cuerpos sólidos de diferente densidad, acaban éstos siempre por quedar situados a la altura que a su densidad corresponde. Del mismo modo, en toda agrupación humana se produce espontáneamente una articulación de sus miembros según la diferente densidad vital que poseen** (pág. 91).

Es una muestra de argumentación orteguiana, a la vez que ejemplo característico de argumentación arbitraria al margen de los métodos científicos, por la mezcla y confusión de órdenes y hechos de categoría diferente, agravado con la introducción de un término de naturaleza problemática y desconocida, como es la **densidad vital**. Por ello la comparación puede demostrar igualmente lo contrario de lo que pretende el autor, a saber, que si en un líquido los cuerpos sutiles flotan, **invariablemente** por encima de los más pesados, en la vida humana a menudo los más sutiles se quedan por debajo, y ello porque la vida humana no es exactamente un líquido, ni las relaciones entre hombre y sociedad se rigen por los mismos principios físicos que regulan la

(1) Edición de la Revista de Occidente — Madrid 1915

relación entre líquido y sólido. Son verdades de Pero Grullo, impuestas sin embargo por el desquiciamiento gratuito de las cosas de que se vale Ortega.

El axioma de que los mejores han de flotar sobre los inferiores, dispensa al autor de responder al interrogante que constituye la clave de todo el problema suscitado por él: ¿cuándo, en qué momento un grupo de individuos ha de considerarse superior al resto de una nación o de una colectividad y llamado a dirigirlos? Esta categoría superior, ¿hay que buscarla o debe recaer entre los que administran, entre los que producen, entre los que distribuyen, entre los que consumen, entre los que alegan abolengo histórico? Puesto que la masa no tiene por qué elegirlos por sufragio, ellos, los "electos", han de imponerse por su propia densidad vital. ¿De qué forma?...

Hasta ahora, las ideas orteguianas, por su misma indeterminación, quedaban al alcance de quien quisiera apropiárselas. Según la interpretación de cada cual, cabía la imposición de una dictadura lo mismo por una élite contrarrevolucionaria que por una élite revolucionaria. Pero hay otros aspectos, otros registros en la obra de que aquí trato que excluyen la segunda posibilidad. La teoría orteguiana toma, aquí y allá, un contenido decididamente reaccionario; en su nombre se justifican y aprueban comportamientos difíciles de admitir bajo la etiqueta de "liberales" o "progresistas"; la fuerza y la guerra, por ejemplo, encuentran una reivindicación no ya circunstancial, sino por sí mismas, como valores espirituales insustituibles. La élite viene a aparecer como un grupo de iluminados, de místicos, una raza aparte. He aquí cómo se expresa el propio Ortega:

Por una caprichosa decisión de las mentes, se ha dado en pensar que las guerras son un hecho anómalo en la biología humana, siendo así que la historia lo presenta en todas sus páginas como cosa no menos normal, acaso más normal que la paz. La guerra fatiga, pero no extenua; es una función natural del organismo humano, para lo cual se halla éste prevenido (prólogo, página 7). Y más adelante, página 29): Yo siento mucho no coincidir con el pacifismo contemporáneo en su antipatía hacia la fuerza; sin ella no habría habido nada de lo que más importa en el pasado, y si la excluimos del porvenir sólo podremos imaginar una humanidad caótica. Tres páginas después vuelve a insistir: Desde hace un siglo padece Europa una pernicioso propaganda en desprestigio de la fuerza... Se ha hecho de la fuerza lo contrapuesto al espíritu o, cuando más, una manifestación espiritual de carácter inferior... siendo así que el influjo de las armas, bien analizado, manifiesta, como todo lo espiritual, su carácter predominantemente persuasivo (pág. 36 y sigs.). La fuerza ha de servir a una misión histórica superior; por eso cuando se oponen a su cumplimiento particularismos, pasiones, prejuicios colectivos, etc., vano fuera el intento de vencer tales rémoras con la persuasión que emana de los razonamientos. Contra ello sólo es eficaz el poder de la fuerza, la gran cirugía histórica (pág. 31).

La última frase había de hacer fortuna: toda cabeza imbuida de "alta misión histórica" se la apropiaría; el sable, equiparado al bisturí, pasaba de su condición de arma a la de instrumento de curación, de salud, dispuesto para la operación quirúrgica que se precisase.

Una vez más, la fraseología oratoria y el gusto por las imágenes han sacado de quicio la objetividad del autor, que argumenta por abstracción. De las dos guerras que toda guerra supone: la justa y la injusta, la del agresor y la del agredido, la del aprovechado y del esquilmo —el autor excluye lo que no le interesa para realizar un saldo sin pasivo, todo él favorable. Es la idealización por abstracción, por exclusión. Existe otro procedimiento de idealización: la que se hace por alejamiento, por distancia. Ortega lo utiliza también cuando del ideal de la guerra y del guerrero sustrae a los ejércitos contemporáneos (demasiado a la vista), para confinarlos en las antiguas legiones romanas o en los guerreros medievales. Unas y otros aparecen, a lo lejos, vaciados de todos sus vicios humanos, liberados de todos sus compromisos diarios con la sociedad de su tiempo. Han desaparecido el barro, la crueldad, las miserias; sólo las armas brillan, casi virginales, con ese súbito resplandor que toman las cualidades del difunto (aborrecido en vida) en el recuerdo de algunas viudas. **Lo que hace antipáticos y menos estimables a los ejércitos actuales es que son manejados y organizados por el espíritu industrial. En cierto modo, el militar es el guerrero deformado por el industrialismo (pág. 33).**

Hubo, pues, una especie de Edad de Oro en que la guerra y los ejércitos sólo nacían del entusiasmo, **creaciones maravillosas de la espiritualidad humana.** En aquellos tiempos de pureza y altos ideales el guerrero no era un cualquiera pagado por el Estado, es decir por las finanzas. El guerrero pertenecía a una casta rica, a menudo, de por sí; y si no, vivía sobre el terreno conquistado, o de la despensa del agricultor. Hay ciertos ideales que permiten el robo y repudian un salario; depende de que se posea un concepto idealista o materialista de las cosas. El patrio imperial romano, como el hidalgo imperial español, tenían tan alto aprecio de sí, por ejemplo, que no concebían otra vida, en su caso, que la del *otium cum dignitate*. Luego, es lo de siempre: el mundo se ha ido despojando de guerreros, se ha ido materializando. La ética industrial, inferior y ramplona, sobrenada por encima de la del guerrero, deformándolo. Ya no hay élites.

La contradicción es manifiesta con la anterior teoría de los sólidos y los líquidos, ya que si la aplicamos hemos de concluir que la ética del industrial está por encima gracias a su **densidad vital más sutil, calidad que articula la sociedad de tal manera que lo inferior queda por debajo de lo superior.**

Por otra parte, Ortega constata que el estado de guerra es casi permanente en la historia humana, cosa que tiene poco interés. **Lo que nos interesa es desentrañar el sentido que tiene esa constante, discernir si apunta en alguna dirección; si es algo puramente animal, biológico —para emplear un término orteguiano—**

no— u obedece a alguna finalidad reflexiva, por escondida y débil que aparezca. Reconocer por un lado la existencia de una decisión de las mentes condenando la guerra, y por otro tachar a esta decisión de "caprichosa", es negar a la humanidad la posibilidad de tomar conciencia de sí misma; desdeñar como inoperantes e inútiles las vastas aspiraciones colectivas en pro de una sociedad asentada sobre bases más humanas. Ortega lo hace cuando llama a esas aspiraciones **la magia del debe ser (pág. 101), ese debe ser que desde el siglo XVIII, inventor del "progresismo", pretende operar mágicamente sobre la historia (pág. 104).** Contra la utopía del debe ser, Ortega enfrenta la realidad de lo que es, que se confunde automáticamente con lo que ha sido. A la operación mágica del deber ser, se opone la operación efectiva, quirúrgica, del sable, en defensa de "la realidad".

No hay que ir más lejos para ver cómo la historia se convierte así en un pasado que se perpetúa en lo presente, determinando lo porvenir y trazando un círculo cerrado. En el fondo, el progreso es un espejismo, un fenómeno externo, puesto que para salir de lo que es hay que imaginar un "debe ser" distinto e intentar aplicarlo o cristalizarlo en hechos, y esto es utopía. Los filósofos del despotismo ilustrado dieciochesco eran ilusos al pretender que **las cosas no fueran como son.** Al desdeñarlos, Ortega desdeña no sólo ese "progresismo" peculiar, sino el principio mismo de todo progresismo.

Estos argumentos han sido esgrimidos en todo tiempo y lugar por el reaccionarismo. El "siempre ha sido así" justifica el que "sea así" que, a su vez, justificará el que "mañana siga siendo así". Para las castas dominantes resulta utilísimo, ya que contribuye a eternizar una situación de dominio. Al mismo tiempo, suscita en los demás un sano sentimiento de resignación. **La resignación es en la mayor parte de los hombres la única gleba fecunda y la forma más alta de espiritualidad a que pueden llegar (pág. 13).** Se me permitirá insistir sobre la oscuridad fraseológica en que a veces incurre Ortega; o bien, a la luz de esta última frase, se comprenderá por qué estimo como "reaccionario" el libro objeto de estas líneas. Es evidente que la no resignación a ser sólo lo que se es está en la base de todo progreso; ninguna revolución, ninguna transformación han surgido de un estado de resignación, sino de descontento. Si la vida es lucha, es por no ser resignación, y aquí es donde empieza a cobrar sentido el permanente estado de guerra que Ortega señala.

Otro detalle de lo que vengo diciendo, aparece cuando Ortega traslada o aplica estos principios a España. España ha sido siempre lo que es, puesto que no puede ser otra cosa: **Venimos pues a la conclusión de que la historia de España entera y salvo fugaces jornadas, ha sido la historia de una decadencia (pág. 135).** Lo grotesco de semejante afirmación no se le oculta, pues sabe que el término decadencia, muy relativo, supone de por sí un antecedente mejor. No importa: tal enormidad es el corolario obligado de la argumentación que preside toda la obra. En España han faltado élites feudales; su Edad Media se ha caracterizado por una intervención, que podríamos llamar anacrónica en relación con otros países europeos, del pueblo, de las masas. Su relativa democratización no le ha permitido ser otra cosa que una decadencia.

Por último, al abordar el viejo problema de las "nacionalidades" peninsulares, sus argumentos le impedirán verlo con objetividad y aun con serenidad. **España —escribe en la pág. 39)— es una cosa hecha por Castilla, y hay razones para ir sospechando que en general sólo cabezas castellanas tienen órganos adecuados para percibir el gran problema de la España integral.** No se trata sólo de una afirmación gratuita; se trata, ante todo, de una exclusión: la de las cabezas no castellanas para la tarea unificadora de España, que habrá de hacerse **contra** tales cabezas, o **sin contar** con ellas. Es decir, que no resulta posible la unidad verdadera, siendo lo único hacedero **la integración.**

Teniendo en cuenta los principios que se establecen en el libro, la opinión del autor no creo que sea otra. Dando de lado a los hechos concretos, a las causas materiales, recurre una vez más, al argumento grandioso. Una frase de Mommsen sobre el imperio romano le lleva a trazar un paralelo entre Roma y Castilla. Al mismo tiempo deja que se deslicen ciertas nociones que han pasado a ser lugares comunes: la maseta, caballerescas y guerrera, se opone a la periferia levantina, más comercial y urbana. De un lado, la ética del guerrero; del otro, la ética del industrial, **moral y vitalmente inferior,** como ya sabemos. No es difícil adivinar dónde se encuentran los inferiores y los superiores, aunque el autor no concretice; tampoco es difícil de adivinar a quienes toca ejecutar la gran operación de cirugía histórica en caso de desavenencias.

El peligro de los tópicos es que presentan una imagen fija, cuajada, de algo que está en movimiento y que se transforma. Que la pobreza pueda ser una clave que explique el famoso espíritu guerrero y lo condicione; que la lucha violenta por la vida haya podido imponer al castellano **transitoriamente** cierta rudeza y frugalidad, son causas que parecen tener escasa importancia a los ojos del autor, que desdeña por principio los fenómenos económicos y rechaza cualquier interpretación materialista de la historia como **arcaico armatoste, cien veces descalificado (pág. 110).**

La filiación de estas ideas, conocida en España solamente por un grupo reducidísimo de intelectuales cuando Ortega las echaba a los cuatro vientos, e ignorada por la masa de sus lectores, aparece hoy, en cambio, clara y precisa. Antes de aparecer en la **España Invertebrada,** flotaban ya sobre Alemania, país cuya historia, más aún que la de España, podría denominarse "la historia de una inseguridad". Pero así como la activa intervención del pueblo español durante su Edad Media le dió una sana conciencia de sí mismo y de su valor —a pesar de lo que cree Ortega—; en Alemania debió arraigar tanto el sentido jerárquico y de casta, que hoy día aún —por lo que he podido ver— el profesor, el intelectual, el investigador, el literato, trabajan,

salvo rara excepción, con el sentimiento de superioridad de que son otra cosa más importante que el pueblo. Llevada a sus extremos, esta actitud habría de desembocar en aquella pseudofilosofía delirante y paranoica, "espiritualista" por oposición al grosero materialismo, que habría de servir, en fin de cuentas, de plataforma teórica al advenimiento del nazismo y a la explosión del racismo, que fue una explosión de soberbia y orgullo, la afirmación histérica de una superioridad en la que se necesita creer. Al mismo tiempo, fue un fenómeno de contagio: el sentimiento de superioridad de un grupo de filósofos y pensadores frente a la masa alemana, se propagó y extendió por esta misma masa, hasta darle una actitud y un sentimiento análogos con respecto a los otros pueblos u otras razas no arios. El papel desempeñado por la élite dentro del pueblo alemán, lo desempeñaría el pueblo alemán dentro de Europa y, a poder ser, del mundo.

Ortega, germanizado hasta el tuétano, trasladó al español algunos de esos ideales. El terreno no era el mismo y sólo cautivaron a una minoría. Pero una fracción de la obra orteguiana quedó así encadenada al presente inmediato, sin rebasarlo ni trascenderlo, por lo que hoy esa fracción de la obra orteguiana se encuentra a su vez descalificada por los hechos y rebasada por la historia.

De esta ojeada echada hoy día sobre una obra que Ortega escribió hace más de treinta años, pueden sacarse algunas conclusiones con las que terminaré estas líneas.

Por su contenido, la **España Invertebrada** es una obra difícilmente atribuible a un espíritu democrático. Según ella la masa popular no deber tener intervención en el gobierno del Estado y si esta intervención se produce sobreviene la decadencia y la disolución. Sólo la élite está capacitada para aquella misión, debiendo los demás obedecerla con docilidad y resignación. La resignación es, por otra parte, la mejor virtud que pueden tener la mayoría de los hombres. La masa no interviene prácticamente en la historia, o al menos no interviene positivamente, sino como elemento negativo, disgregador. La historia es algo hecho por la élite, que la protagoniza, así como trasladando estos conceptos a otro plano, España es algo hecho por Castilla, que representa el papel de élite dentro de la masa sobrante.

Puesto que la masa no está capacitada para designar a la élite, ya que lógicamente no es el inferior quien elige al superior, sino que todo lo más le otorga su confianza, se le somete e imita su ejemplaridad, la élite ha de imponerse de un modo o de otro. Para esta imposición no puede excluirse el persuasivo razonamiento que deriva de la fuerza armada, que no sólo es de índole espiritual también, sino que además es la gran cirugía histórica.

Cual sea el contenido y la naturaleza de esa élite y en qué momento y para qué fines haya de crearse es cosa que no aparece ni concreta ni definida. La misma indefinición flota sobre los conceptos de masa, superiores, inferiores, etc. Resultan así puras abstracciones susceptibles de tomar la intención y el carácter del que se apodere de ellas o las ponga a su servicio. Permiten interpretaciones diversas y contenido ideológico diferente.

Sin embargo, el uso de un procedimiento semejante, apoyado en la vaguedad de los conceptos, en la oscuridad de las fórmulas (esencia vital, destino histórico, misión ejemplar, etc.) puramente subjetivas y en las que se invocan cosas indemostrables prácticamente o que escapan a toda medida racional, sólo puede tener interés para el que intenta escapar, a priori, del juicio crítico de la razón humana, buscando para sus actos una justificación de categoría excepcional o supranatural. Es la dialéctica, en suma, que ha servido en todo tiempo a aquellos que, sirviéndose de los demás para lograr sus fines, niegan a los demás el derecho de enjuiciar o analizar tales fines, ya que él pertenece a una

esfera superior de valores excepcionales que queda, prácticamente, fuera del alcance de los demás.

Por principio, la democracia es lo contrario de este sistema de "divinización" del poder. Al defenderlo en su obra, Ortega se ve obligado a defender otros procedimientos de la misma cepa. Las ideas no viven aisladas, sino que se agrupan; la admisión de unas trae inexorablemente la tolerancia de otras. Ortega se ve así arrastrado a una argumentación idealizante; es decir, que de sus argumentos excluye la parte de realidad que no le interesa o no le conviene. Esto es palmario en su justificación idealista de la guerra. La experiencia directa y real prueba que la guerra envilece más que dignifica; las circunstancias que crea favorecen la especulación, el acaparamiento, la prostitución, el embotamiento de los sentimientos humanos, la miseria. Como después de una riada, la guerra deja todo embarrizado, deshecho moral y físicamente. No importa. Estas realidades se extraen, se escamotean. Con ayuda de la idealización por alejamiento en el tiempo, se fabrica una guerra abstracta y aséptica, situada en un medioevo del que se han eliminado todas las bajezas y todas las monstruosidades, hasta dejarlo perfectamente filtrado y limpio, resplandeciente de ideales.

Todo esto hace de la **España Invertebrada** un libro difícil de situar en el haber dentro de la obra de Ortega. Un libro contradictorio y opuesto a la famosa profesión de fé liberal que el autor consideró necesario hacer un día. Su influencia en la creación de cierto ambiente español, juvenil principalmente, que precedió a la guerra civil y la fue madurando, está por estudiar de cerca y con pormenor; pero que ejerció influencia me parece indiscutible.

Muchos puntos de la dialéctica justificadora de la guerra o que contribuyó a hacerla pensable se encuentran desarrollados o en embrión en esta obra, y no vale la pena repetirlos. Incluso algunas imágenes lírico-belicistas que habrían de hacer luego furor, como la de que nada se parece tanto al abrazo como el combate cuerpo a cuerpo (pág. 70), en donde se prescinde poéticamente de lo esencial del acto, a saber, la intención que lo ordena, se encuentran ya aderezadas y dispuestas en las páginas de ese libro a disposición de quien las quiera recoger.

Desde la perspectiva en que nos ha colocado la experiencia de dos guerras y sus secuelas, la **España Invertebrada** me parece el producto de una frivolidad que raya en la inconsciencia. Porque Ortega era oído, escuchado, imitado, seguido; porque a él, una de las mentes más activas y también más luminosas que ha tenido el pensamiento español, le incumbía doble responsabilidad. Su personalismo, que en su tiempo era ya una actitud caduca, le impidió comprender que en realidad no se debía solamente a sí mismo, ni a un clan, ni a una masa de admiradores, sino a su pueblo, y esto le negaba el derecho a dejar ensombrecida la totalidad de su obra por algunos equívocos, o por la aberración de algunos saltos de humor. Después de todo, su obra escrita ha de ser más perdurable que su comportamiento, y ha de ser la base principal para enjuiciarlo en el futuro.

La "desmitificación" a que aludí al principio debe consistir, según creo, en situar cada obra orteguiana en el plano que le corresponde dentro de la totalidad, del conjunto; de ningún modo puede significar renegar de Ortega, valor que pertenece a la cultura y pensamiento españoles, de los que no se le podría arrancar sin mutilarlos y sin hacerlos, en parte, incomprensibles. El hecho de haber removido y agitado el pensamiento español representa, por sí solo, una labor ingente. De lo que discrepamos es de la calidad de algunas semillas lanzadas en ese terreno removido. Sólo la revisión de su obra nos puede ayudar a mejor comprenderlo, fijando nuestra situación ante él en lo que somos, todos, sus deudores; y en lo que somos, todos también, sus acreedores.



MITOLOGÍA DE LA MISERIA ESPAÑOLA

ESTETICISMO Y SOLIDARIDAD

He tenido ocasión de atravesar, no hace mucho, la provincia de Soria, en particular el "alto llano numantino" que Machado cantó. Soria es un pedazo de España que encuentra apasionados ecos en nuestro corazón. Desde temprana edad, los que hemos tenido una educación literaria aprendimos a amar sus "grises alcores", sus "cárdenas roquedas", la "curva de ballesta" del Duero, sus arrieros, las duras gentes del llano, la espiritualidad y la miseria de una tierra de bella desolación.

Mentiría si dijera, que no me he dejado ganar por esta desolación y por esta belleza. Hay una cierta exaltación lírico-religiosa de la tierra, sobre todo de la tierra inhumanamente pobre, a la que siempre está dispuesto nuestro corazón. El castellanismo frenético de la generación del 98 lo llevamos todos en la sangre. En algunos hasta hace las veces de religión. De cualquier modo, un paisaje desolado de Castilla, como este llano numantino de que hablo, tiene para nosotros tanta resonancia estética como la contemplación del más bello cuadro o la lectura del mejor libro. El intelectual ciudadano que tenga ocasión de pasar por estas tierras pobres y limpias, será difícil que no extraiga de ellas alguna "consolatio philosophiae" para sus tribulaciones espirituales: una España desnuda, berroqueña, formidablemente inmortal, le entrará por los ojos, le apretará la garganta, le dejará aplastado y extático con su enorme gravidez metafísica... Estas tierras —"tan tristes que tienen alma"— aparecerán a más de uno envueltas en un halo de potencia espiritual; su tristeza exaltará la decaída alegría de ser del escritor ciudadano. Los pueblos de adobe, color tierra —tierra sobre tierra—, le evocarán una oscura metafísica de la muerte (el "cementerio castellano", de Unamuno). Las grandes llanuras peladas serán para él como un reflejo de la eternidad —o de la nada—. Y cuando se acerque a sus habitantes, los duros hombres de estas tierras, los verá, a poco que se deje arrastrar por el entusiasmo, radiantes de no sé qué misteriosos prestigios: una sabiduría telúrica (¿no se encorvan sobre la tierra para leer en ella?), una energía indomable (sus cuerpos magros, leñosos), una frugalidad ascética... Y todo ello, quizá, adobado en el recuerdo de pasadas glorias, de pretéritas hazañas.

En una palabra: a poco sentido estético y capacidad filosofante que nuestro escritor tenga, pronto se encontrará metido

hasta las narices en plena mitología de la miseria española.

Apenas si tengo que decir que esta crítica de mitos puede aplicársenos a todos, o casi todos —empiezo por incluirme a mí mismo—. En realidad, se trata de un estado de espíritu colectivo creado a través de sucesivas elaboraciones literarias —a partir del 98— y que actúa como un reflejo instintivo de nuestro amor a España. Tampoco se trata de anular a éste, sino de purificarle de toda mitología negativa. No voy a negar al escritor español su derecho a amar las pobres tierras de España; lo que sí me interesa es que se ponga en claro cierto vicio esteticista en la visión de la pobreza española de que todos, por momentos, más o menos padecemos. En otras palabras, quiero defender, frente al punto de vista del esteticismo, el de la solidaridad.

LA PERSPECTIVA QUE CABE ADOPTAR ante cualquier realidad es doble: la del que contempla para verse y la del que contempla para verse a sí mismo y a los demás. El paisaje existe objetivamente fuera del que contempla, pero únicamente como amorfo e innominado muñón de realidad. Sólo se eleva ontológicamente a la categoría de paisaje cuando es enfrentado a una contemplación humana. La indubitable consistencia exterior de la realidad es sólo la mitad de la misma; la otra mitad que la completa es la subjetividad que ve. Pero esta subjetividad es plural, múltiple; el paisaje es paisaje no porque lo vea yo, sino porque lo vemos yo y los otros. La realidad es una pluriconformación social. En todo paisaje se integra y refleja una subjetividad. Eso que llamamos lo humano sale al exterior para volver a sí mismo en forma de cosas. Mirar es contemplarse, aunque sea transformándose. Y una sociedad se mira y se transforma en su paisaje.

Pero hay un vicio de la visión —vicio de la subjetividad misma— en el que cae frecuentemente el escritor, el intelectual en general, y que consiste en reducir la objetividad de las cosas al único punto de mira del contemplador, olvidando la significación humana plural de lo contemplado y falseando y empobreciendo su consistencia exterior. Este vicio es el subjetivismo, vicio que, aplicado al mundo del escritor, llamamos esteticismo. El esteticista peca de una doble insolidaridad, horizontal y vertical, para con el paisaje humano circundante. Horizontalmente, se aísla en su contemplación de los puntos de vista coetáneos sobre

conformación humana total—. Ama las bambalinas de teatro, no el paisaje en su viril dureza. Se ensordece los oídos con el sonsonete de su yo para no oír el gemido o el canto de las cosas. Su humanidad es una humanidad en circuito cerrado: va de sí mismo a sí mismo, sin salir de sí, sin enriquecerse de algo otro. Siente, aunque no se lo confiese, que toda la realidad, toda la historia, se ha ido desarrollando para llegar a él, meta absoluta; la siente como un fruto natural que está ahí y que basta con alargar la mano para recoger. Goza de una herencia que él no ha creado, pero desconoce a sus padres y a sus criados. A nadie debe nada. En una palabra, el esteticista es el señorito del pensamiento. El esteticismo es insolidaridad.

LA BELLEZA DE LA MISERIA

Pero volvamos a nuestro punto de partida: el escritor español, enfrentado con la desolación de la tierra de España, se siente fácilmente tentado por la actitud esteticista. El escritor exalta la belleza trágica de la tierra, pero ¿a costa de qué? A costa, quizá, de desconocer la tragedia mucho más real y menos bella de los hombres que tienen que sufrirla. El esteticismo se manifiesta aquí en que se trasplantan las exigencias espirituales de un cierto nivel social a unas condiciones objetivas en las que no se vive realmente, sino de refilón, marginalmente. La totalidad humana de la tierra misera, la vivencia plural de los hombres que se hallan más próximos a ella, queda desfigurada tras la escenografía esteticista del "outsider" ciudadano, del forastero. Es posible que el hombre de las ciudades, particularmente el intelectual, individuo de una civilización de la abundancia, necesite de la contemplación y el roce de la desnuda miseria para restablecer su equilibrio espiritual, para apaciguar quizá su disgusto de la satisfacción. Es éste un reflejo muy real y hasta relativamente sano: es síntoma de que el individuo no se ha alienado completamente en una civilización de cosas. Pero lo que no cabe justificar, moralmente, es que esa necesidad exija la mixtificación de otras realidades humanas; es decir, en nuestro caso, lo que puede llamarse "mitología de la miseria". En pocas palabras, la contemplación estética o espiritual del pobre no debe servir de cortina de humo tras la que esquivar la más llana solidaridad moral y vital con él.

El escritor esteticista encuentra frecuentemente bello o espiritual al pobre, ¿cómo no? Pero, ¿se detiene a pensar que para poder sentir bella y espiritual a la pobreza es necesario haber salido de ella, tal vez hace generaciones? De este modo, el sentimiento estético se engolfa allí donde el sentimiento existencial de lo vivido ya no existe o no ha existido nunca. Esto, que es casi una ley de la experiencia estética (el arte aparece donde la vida en cierto modo se ha retirado), se convierte en el feo vicio del esteticismo cuando de por medio anda un acto moral de responsabilidad. Se hace una tragedia espiritual de lo que no es sino la más misera tragedia fisiológica: el hambre; tragedia que difícilmente permite en su interior, impulso alguno espiritual. De este modo, una realidad humana muy grave queda falseada, desconocida en su vivencia más energética y en cierta manera existencialmente justificada. Y una responsabilidad concreta queda sin cumplir.

El acto estético de la contemplación de la desolación, para que no caiga en el más esterilizador fraude, ha de ir acompañado por el acto moral de asunción de la totalidad humana que esa desolación engloba. El pensamiento, el arte, quizá puedan ser crueles con el hombre concreto (a corto, no a largo plazo); lo que no pueden es hacer trampas con él. Hacer juegos de prestidigitación artística o intelectual con las primordiales necesidades humanas convierte al espíritu en estatua de sal. El pensamiento y el arte no pueden vivir de la cáscara accidental de las cosas; tienen que ir hasta su corazón más íntimo —les mueve un dinamismo de buceadores abisales. El escritor que pasa al lado de la miseria sin sumergirse en sus vivencias humanas más profundas es un tramposo. Sólo no sonará a falso la voz de aquel que aun a costa de romper con sus más pegajosas exigencias psicológicas cotidianas, haya asumido la humanidad

más auténticamente enraizada en la realidad de que habla.

Por eso suena —a mí al menos me suena— tan hueco el escepticismo con que ciertos intelectuales, ciudadanos empedernidos, hablan de las ventajas de las ciudades y el calor con que exaltan la vida de los pueblos. No se trata de acudir a una filosofía progresista de la historia para hacer ver que ese escepticismo y esa exaltación carecen de legitimidad y responden a un provincianismo reaccionario. No, la falta de legitimidad es psicológica: no creen vitalmente en lo que dicen. En primer lugar, sienten, aunque no se lo confiesen claramente, que para ellos la vida aldeana sólo resulta apetecible vivida desde la ciudad (pasa como con la nostalgia: se goza en el presente de un pasado que no nos interesó tanto mientras fue presente; es decir, se goza intensamente el presente... huyendo de él. La nostalgia, como el amor a la vida aldeana, es una manifestación más de esa voluptuosidad de la distancia tan enérgica en el intelectual). En segundo lugar, la verdad es que, en la práctica, esas ideas se quedan en vano humo: el enamorado de la vida rural permanece en su odiada ciudad y cuando va a la aldea va de vacaciones. En último lugar, y esto es lo peor, al intelectual le puede parecer muy humana e incluso idílica la vida de aldea: es fácil puesto que no la vive. Mixtifica así, estetizándola, una realidad de la que es esencialmente insolidario y oculta a su conciencia los verdaderos problemas humanos de los pueblos, que no son los suyos, sino los de los que los habitan y viven. Una vez más, ante un paisaje, el intelectual se ve a sí mismo, y no la total situación humana que le vive. ¿Está usted dispuesto a pasar hambre, frío e ignorancia?, habría que preguntarle. Seguramente no contestará, o se sonreirá, o dirá que eso es demagogia.

El esteticista, siempre dispuesto a vivir estéticamente, es decir, desde lejos, lo que se negaría a vivir de verdad, en toda su consistencia humana, se construye así una pseudomorfosis espiritual más donde cristalizar las exigencias de su humanidad en circuito cerrado. Vacía una realidad de su contenido humano más auténtico para escanciar en ella su destiladísima subjetividad.

Dicho llanamente, la belleza de la miseria es un lujo caro que el esteticista ahito se paga a sí mismo en moneda de insolidaridad.

DEL SENTIMIENTO TRAGICO DE LA TIERRA

En nuestra civilización industrial los mejores espíritus se sienten por momentos condenados a una forma de vida de la que en realidad han surgido y en la que constituyen como las últimas puntas de lanza: las ciudades. La ciudad representa para ellos la agitación, el movimiento, la dialéctica de los contradictorios, la conciencia aguda de la antinaturalidad de lo humano, la ansiedad del cambio y del futuro, el sentimiento del absurdo existencial, la deshumanización individualista o colectivista, el relativismo, la abstracción ideológica: en una palabra, la historia —es decir, la historia tal como se nos ofrece a la altura de nuestros tiempos en cuanto realidad histórica (en el sentido de Américo Castro)—. El espíritu que más lejos ha llegado experimenta el vértigo de su propia altura, se siente andar por la cuerda floja, desearía ardientemente volver a un ilusorio punto de partida, sentirse seguro sobre la tierra de que partió. Inevitablemente, se vuelve hacia el campo y la forma de vida que representa en cuanto opuesta a la de las ciudades. En él se repite el viejo y bello mito de Anteo, hijo de la Tierra: en cuanto perdía contacto con ésta se le desvanecían las fuerzas. El mito de la tierra surte frecuentemente un efecto de fascinación en el hombre moderno, sobre todo en el intelectual. Parece como si el espíritu obedeciera a una misteriosa ley del culatazo: cuando más fuertemente se ve proyectado hacia delante, mayor es la fuerza que de él tira hacia atrás. La conciencia apesadumbrada de la huida se repite, desde el mito del Paraíso Terrenal hasta Rousseau y el ciudadano moderno, por toda la historia humana, según cierta cadencia de desarrollo. El hombre moderno ve en la tierra el contravalor de su propia

POR FRANCISCO FERNANDEZ SANTOS

Nacido en Madrid. Uno de los ensayistas más conocidos de la nueva generación. Redactor de la revista *Índice*.

la misma realidad, reduciendo aquella a una especie de toma de posesión sexual de ésta que rechaza celosamente toda posesión compartida. Verticalmente, corta la comunicación con el proceso evolutivo humano de que él es último eslabón, absolutizando su punto de vista e intemporalizando lo que es necesariamente temporal. El esteticista se planta en medio de la historia con su "especies aeternitatis" como prisma regulador.

En realidad, y en un cierto sentido, esta es una necesidad o condición intrínseca al arte mismo. La visión artística es esencialmente unilateral y destemporalizadora (aunque sea para recrear luego una totalidad y una temporalidad de orden superior o simplemente distinto). La mirada artística aísla un trozo de realidad, le somete a un proceso, diríamos de transustanciación, le convierte en un ciclo cerrado y repetible: es decir, le desrealiza. Una auténtica obra de arte es siempre una isla que rompe las amarras. En cierto modo, el egoísmo es su esencia: reniega de aquello de que está hecha. Producto de la evolución, niega la evolución. El tema del arte no es más que uno: el hombre, su existencia histórica y concreta; mas para hablar del hombre le niega en cierto modo. De esta dialéctica negación-reconocimiento no es aquí la ocasión de hablar; quédese para nueva coyuntura. Lo que ahora interesa es ver cómo de eso que es condición de existencia del arte, puede pasarse a lo que es sólo vicio; es decir, de la estética al esteticismo.

El grado de desamarre o aislamiento puede llegar al límite viciado del solipsismo, a la insolidaridad total. El artista auténtico parte siempre de una superabundancia de lo humano, se sumerge en el revuelto corazón del hombre, se enriquece en el derramamiento y la multilateralidad. En cambio, el esteticista es un alma pobre, con escaso poder de radiación, con muy poco mundo. Ante un determinado paisaje humano se ve sólo a sí mismo, porque es incapaz de asumir la vida de los otros seres que viven ese paisaje, ni siquiera como arte. Su egoísmo no es creador, sino defensivo. No se abre a la multilateralidad de las cosas porque la teme: no la dominaría. Empobrece la realidad haciéndola a su imagen y semejanza. El solipsista, el esteticista, no es tanto que se desate del mundo; es que le desconoce. Yo sólo existo, es algo que únicamente puede decir quien sea por dentro muy pequeño.

El esteticista es un desarraigado de la realidad —quiero decir, de la realidad como

forma de existencia: el campo, piensa, es la quietud el silencio, la granítica seguridad, la totalidad reconciliadora, lo natural, concreto y prefijable: en cierto modo, lo eterno o, dicho con palabra unamuniana, la *intra-historia*. En términos de filosofía contemporánea cabría decir que la ciudad tiene *historia*, el campo tiene *consistencia*. El intelectual, ahito de libertad, busca a veces en el campo una consistencia que se le escapa de las manos: huye de sí mismo. Y para satisfacer su necesidad de huida cae en el mito de considerar a la tierra y los modos de vida a ella apegados como algo inmutable, granítico, que escapa a la evolución de que él es producto. Surge así el mito del campesino eterno, que salva por encima de los siglos y los milenios la esencial y primigenia mismidad del hombre. Por otro lado, la creencia cada vez más maltrecha en un Dios personal busca su derivativo en un cierto *sentimiento religioso de la tierra* (hay otros derivativos de los que no es ésta la ocasión de hablar). De lo que el hombre vulgar hace turismo, el hombre de espíritu hace fácilmente religión.

En el caso de España, ese sentimiento procede también de otros factores propios de su existir histórico, que examinaremos más adelante.

UNAMUNO NO ESCRIBIO NUNCA un tratado *Del sentimiento trágico de la tierra*, pero por toda su obra se hallan esparcidos elementos que podrían servir fácilmente para su elaboración. No es éste mi propósito. Me limitaré aquí a recoger algunas breves citas de las que, sin perjuicio de lo que daría un estudio más detallado del tema trasparece una actitud frente a la tierra de España que ha contribuido grandemente a fijar la mitología de la miseria española en que más o menos casi todos hemos caído o caemos. Unamuno era un enorme espíritu —uno de los más grandes de este siglo—, pero sus descarríos, aun sostenidos por su personalidad fuera de serie, no dejan de ser descarríos.

Es impresionante ver cómo Unamuno, a lo largo de toda su vida, se debate en medio de su drama religioso. Hombre de duda esencial, lucha cuerpo a cuerpo con su duda. Se le escapa de entre las manos, como un agua huidiza, la eternidad, pero se niega a renunciar a ella. De este hambre insatisfecha se tiñe profundamente su visión de la tierra española. Su palpación intelectual de España es la del ciego que busca algo seguro a que agarrarse. Toda su vida será una pesquisa apasionada de *lo eterno español*, apoyatura desesperada para una eternidad ultraterrena que no consigue atrapar. ¡Con qué pasión contemplará “esta nuestra inalterable y casi desconocida España; ésta, la de los rincones adonde aun no llegan el tren ni el automóvil; ésta, que conserva toda la recia primitividad del granito sobre que descansa y sueña”! (1) Sobre esta mítica España de granito, sobre esta eternidad hecha tierra, podrá descansar al fin la duda de Unamuno. Sólo ante esta pobre tierra española podrá sentir, lejos de las ciudades y su historia, “las cosas eternas”; sólo a ella podrá “ir a gozar de visiones que están fuera del tiempo” (2). España, sobre todo Castilla, son los “campos para vivir en ellos con el fondo del alma, con el alma desnuda, como están desnudos los campos y desnudo está el cielo que los cubre” (3). El concepto de *casta*, profundamente campesino, lo eternizará Unamuno para arropar en él su frágil inmortalidad personal: “Recorriendo estos viejos pueblos castellanos, tan abiertos, tan espaciosos, tan llenos de un cielo lleno de luz; sobre esta tierra serena y reposada, junto a estos pequeños ríos sobrios, es como el espíritu se siente atraído por sus raíces hacia *lo eterno de la casta*” (4).

Su sentimiento religioso de la tierra española adquiere una alta tensión trágica en ese formidable poema mazazo que es *El Cristo yacente de las Claras*. Aquí, España, Castilla, son el Cristo mismo —“porque este Cristo de mi tierra es tierra”—, un Cristo precristiano, ahistórico, granítico, aplastante en su inmanencia inmortal. ¿Se habrá dado nunca una imagen más trágica de la desolación española?: *Este Cristo español que no ha vivido, | negro como el mantillo de la tierra, | yace cual la llanura, horizontal, tendido, | sin alma y sin espera. | con los ojos cerrados, cara al cielo | avaro en*

lluvia y que los panes quema”. Cristo —Unamuno— se crucifica, se funde, se eterniza en la tierra de antes y de después de la historia —“sin más cruz que la tierra”, “carne y sangre hechos tierra, tierra, tierra”—.

Pretender hacer objeto a esa tierra-Dios de un análisis sociológico le hubiera parecido a Unamuno un verdadero sacrilegio: algo así como intentar medir a Dios con la regla de cálculo. Desde las cumbres de Gredos exclamará en un arrebato: “¡La sociología! ¿Hay algo más horrendo, más grotesco, más bufo...?” El mito religioso se transformará así en mito antihistórico: la “España eterna” de Unamuno escapará al fluir de la evolución para convertirse en la roca sobre que se yergue su maltrecha inmortalidad personal (5).

El dolor de Unamuno por la desolada tierra de España (6) se eleva en él a una categoría más o menos conscientemente metafísica. *Doleo Hispania, ergo sum*, podría haber escrito, como un anti-Descartes ibérico. La invasora y agitada religiosidad de Unamuno necesita eternizar situaciones que caen plenamente dentro de los límites de la simple responsabilidad histórica y social. Nada escapa a su sensualidad metafísica, que de este modo viene a convertir a la “España eterna” en una fenomenal pseudomorfosis religiosa (7).

El concepto unamuniano de la *intra-historia* resulta también de esta palpación religiosa-metafísica de la tierra de España. Espíritu muy de su tiempo. Unamuno siente la agitación y la fragilidad de la historia presente y, en general, de toda la historia y busca en la vida quieta de campos y aldeas una visión que se inspira, como bien dice Américo Castro, “en ideas muy del tiempo moderno y nada *intra-históricas*”. La trampa en que Unamuno, como tantos otros, cae la expresa magníficamente el mismo Américo Castro, refiriéndose a esa visión de la *intra-historia*, con estas palabras: “En la supervaloración de la vida inmutable y subciudadana va siempre implícita la falacia de no reconocer que sin la vida histórica (la que llamo *historiable*) los laudadores de la vida invariable de la aldea no habrían siquiera dispuesto de categorías sentimentales e ideológicas para aproximarse a la realidad de los usos quietos y tradicionales (8).

En la rica personalidad de Unamuno cabían muchas contradicciones y muchas exageraciones. En el crisol de su pasión todo se fundía en unos cuantos potentes mitos hacia los que se polarizaba la realidad entera y en los que se fundaba la dinamicidad de su espíritu —y era enorme— (9). Su pasión religiosa de España, su “cristología” española (tan desesperada quizá como la “religión de Rusia” en el Chatov —¿Dostoievsky?— de *Los demonios*), oscurecía y mutilaba zonas enteras de la realidad española, que después hemos debido aprender en otros espíritus y otras pasiones. El mito de la eternidad en su angustia de incrédulo, afina sus garras en el desolado predio español y paraliza a veces en su espíritu una historia incompleta que, por otro lado, él como pocos consiguió dinamizar. El avasallador *ego unamuniano* mutila a veces la integridad histórica del *nosotros* español. Lo grave no es que desprecie a la sociología, o lo que él cree que es la sociología, sino que preste la voz de la eternidad (su propia voz de angustiado existencial) a lo que antes que nada son aullidos del tiempo maltratado.

Hay momentos en que Unamuno parece que quisiera ser el Buda español contemplando el ombligo de la eternidad de su patria. Pero España, naturalmente, no tiene ombligo, ni tiene eternidad: no es más que un hecho histórico que le ocurre al hombre. Tomémosla como es.

LA TIERRA COMO HISTORIA

Lo que en Unamuno es visión religiosa y estática de la tierra española, en Antonio Machado es esencialmente humanismo y sentimiento histórico y dinámico (10).

El espíritu de Machado, como el de su gran amigo Unamuno, se nutre en un principio de una contradicción entre el idealismo filosófico (búsqueda anhelosa del yo, realidad como sueño, intimismo desenfrenado...), es decir, los valores del gran romanticismo europeo) y una aguda percepción de las categorías históricas concretas. Esta

contradicción, en Machado, se va desvaneciendo o amortiguando con el tiempo en favor de una profundización del sentimiento histórico del *nosotros*, que aprehende el devenir de su patria y acepta su responsabilidad y su solidaridad con él. Machado, fiel a su origen, es hasta el final de su vida un “pobre hombre en sueños”, que sigue “buscando a Dios entre la niebla” —como cantara en uno de sus primeros poemas—. Pero su búsqueda metafísica no le nubla los ojos para una visión del hombre histórico que le rodea. De modo que la fabulación egotista o seudoreligiosa en que a veces Unamuno cae, la evita Machado a lo largo de su vida. Entre sus posiciones últimas y su posición primera no hay solución apreciable de continuidad; hay la evolución natural a un gran espíritu que cumple su destino interior (11).

Nadie, ni siquiera Unamuno, amó más que Machado la tierra de España. Vivió en ella y con ella, la llevó dentro de sí toda la vida, sufrió por ella. Pero la ve con ojos limpios, sin *aprioris* religiosos ni metafísicos, en su desnudez natural, pero también en su desnudez histórica. Si en algún momento canta a la “tierra inmortal, Castilla de la muerte”, tierra que prolonga su inmortalidad hacia el pasado, la ve siempre abierta hacia el futuro, hacia una acción humana de redención: la “estirpe redentora” que habrá de sustituir “la España de charanga y pandereta” por una “España de la rabia y de la idea” (expresión esta última extraordinariamente plástica de un dinamismo histórico en movimiento). En el poeta está siempre viva la voluntad de transformar la desolación española; el presente y el futuro se funden en el amor de Machado por su tierra.

El poeta contempla “lo esencial castellano” (prefacio de 1917 a *Campos de Castilla*), pero simplemente como espejo de lo “eterno humano”, “lo esencial humano”. No lo convierte en un fetiche solipsista, sino que a su través quiere penetrar la historicidad esencial del hombre.

Difícil es que se abandone al mito de una “España eterna”, inalterable en su mismidad, dada para siempre. Canta:

¡Qué importa un día! Está el ayer abierto al mañana, mañana al infinito; hombres de España, ni el pasado ha muerto, ni está el mañana —ni el ayer— escrito.

Comentando este último verso, dice muy bien Pierre Darmangeat: “Quizá nunca se expresó con tanta fuerza la aptitud de la voluntad humana para hacer la historia, para forjar un mañana a partir del hoy corrigiendo, si es preciso, los errores de ayer”.

Y en el prólogo de 1919 a *Soledades, galerías y otros poemas*, afirma amar “mucho más la edad que se acerca (subrayo yo) y a los poetas que han de surgir, cuando una tarea común apasione las almas”, contraponiendo esa edad futura a la anterior en que dominó “una ideología... esencialmente subjetivista” y en la que “el poeta... sólo pretendía cantarse a sí mismo, o cantar, cuando más, el humor de su raza”. Y añade: “Los defensores de una economía social, definitivamente rota, seguirán echando sus viejas cuentas y soñarán con toda suerte de restauraciones; les conviene ignorar que la vida no se restaura ni se compone como los productos de la industria humana, sino que se renueva o perece”.

Renovarse o perecer: sería vano pretender ver en Machado un pensamiento auténticamente dialéctico —él mismo confiesa su poca simpatía por la idea central del hegelianismo y del marxismo— (12). Su sentimiento del devenir va por otros cauces, pero va de todos modos lejos. Enfrentado con el cuerpo histórico de su patria, al que ha palpado a lo largo de su vida con tacto de enamorado, ve y siente a lo español como un destino incompleto, como un acorde incabido en la gran sinfonía humana. El sentimiento de la totalidad humana en devenir está en él muy por encima de un españolismo estrecho y estático contra el que siempre luchó.

El hombre de la tierra española, del que se siente tan solidario, encuentra de todos modos en Machado, cuando el caso llega, un retratista sin complacencia, un crítico acerbo. El poeta que cantó la “mucho sangre de Caín” de “la gente labriega” no se deja nunca atrapar en la “falacia” de los

adoradores de la vida aldeana. Por otro lado, la casta apenas si aparece en él más que en función negativa.

En Machado el sentimiento de solidaridad y la voluntad de transformación son una misma cosa. La belleza a que él supo elevar la desolación española iba profundamente enraizada en el acto moral de asunción de su totalidad histórica viviente. Para él, pasar de la contemplación concreta a la generalización política social no era ni una imposibilidad ni un sacrilegio.

Si Unamuno ve por momentos a España como una roca sobre la que alzar su anhelo de inmortalidad Machado la ve como un camino por el que marchar todos juntos hacia una plenitud histórica y humana.

LO ESPAÑOL COMO SUBSTANCIA O COMO DEVENIR

Si hay una palabra que al intelectual español le conmueva hasta las entrañas, esa palabra es: *el pueblo*. Seguramente no habrá nación en Europa donde el hombre de espíritu se sienta tan vitalmente atraído hacia *lo popular*. El *pueblo* es una de las nociones más vagas que andan por el aire de Europa; más, a pesar de toda su vaguedad, en España decir *pueblo* es decir algo profundamente actuante, es nombrar un dinamismo soterrado siempre dispuesto a dispararse en cualquier conciencia, desde la del bracero campesino hasta la del ciudadano más evolucionado. Yo no sé en qué circunstancias históricas concretas se basa este sentimiento casi unánime —quizá en el deficientísimo desarrollo de la burguesía que tanto retrasa la constitución de una sociedad española moderna al no diversificar el fondo popular originario ni constituir capas sociales intermedias entre las minorías gobernantes y la mayoría gobernada; quizá también en el aislamiento secular que hizo monolítico el existir español, impidiendo su evolución armónica y el proceso de diferenciación... De todos modos, el hecho es que ese sentimiento constituye una dimensión importante de la conciencia del existir español, al menos hasta el presente.

Cuando alguien dice en España: "todo lo bueno viene del pueblo", dice algo que suena al mismo tiempo verdadero y falso. Verdadero: en cuanto que ciertos valores fundamentales del existir español parecen encarnarse, con mayor fuerza y fidelidad, en las capas más extensas y bajas de la población (por ejemplo, la dureza vital, la abertura al prójimo, el sentimiento y asimilación vital de la muerte, la fidelidad personal...). En cambio, en Francia difícilmente puede decirse que sean las capas bajas las más genuinas portadoras de los valores del existir francés; la capa fundamental es la mesocracia, que absorbe hacia su existir a las capas inferiores del campesino francés o es mesócrata o es culturalmente amorfo). La clase media española es débil, medrosa y con una conciencia apocada de su existir: su capacidad y sentido de mediación social son casi nulos. Falso: en cuanto que las grandes personalidades que encarnan y universalizan el espíritu español no suelen pertenecer a lo que se llama vagamente *pueblo*, sino en su mayor parte a la clase media —aunque se orienten normalmente hacia el existir de aquél y no hacia una toma de conciencia de ésta—. La creación popular espontánea, si es que alguna vez desempeñó un papel de primer orden en el existir español, ya no lo desempeña hoy (al menos en tanto que *pueblo*).

El intelectual español, hoy como ayer, se halla casi naturalmente vuelto hacia el existir de esa cosa tan vaga, pero tan profundamente actuante que se llama *pueblo*. Mas su visión de éste se tiñe fácilmente de fetichismo y de romanticismo reaccionario y trasnochado. A veces llega hasta la trampa esteticista.

Ese fetichismo *populista* se manifiesta esencialmente en dos sentidos:

Por un lado, el intelectual español se orienta e intenta aproximarse a un pueblo que es para él prácticamente sordo; un tremendo muro aislador les separa: ese muro se llama pura y simplemente la miseria (y por miseria entiendo un grado de aherrumbramiento material que detiene el dinamismo orgánico de una persona o grupo humano). De modo que si el intelectual está aten-

to a los ilusorios latidos del pueblo, a éste difícilmente le llegan los latidos de aquél; se rompe el alma por hablar *en nombre del pueblo* para un pueblo al que su voz no llega, ni siquiera a través de instancias intermedias. De ahí la desgraciada condición del intelectual español: enamorado de un pueblo que ni siquiera de vista le conoce. Condición que a algunos lleva, como compensación a la sorda calidad, a imaginar un objeto de amor idealizado, una especie de superpueblo en el que penetrar casi sexualmente para fecundarle. El intelectual español, en su acción social, se las tiene que ver frecuentemente con fantasmas: poéticos, metafísicos, religiosos...

Por otro lado, en el *populismo* del intelectual español puede haber su buena dosis de sentimiento mágico. El pueblo, para una visión de este tipo, se convierte en una categoría estática —metafísica o religiosa— de lo humano. El mito mágico se concretaría así: España es eterna y el pueblo es su esencia. De este modo, lo que no es más que un cuerpo histórico queda trasmutado en substancia.

LA CONCEPCIÓN SUBSTANCIALISTA del pueblo me parece extremadamente peligrosa: desdinamiza la historia, convirtiendo en presente eterno lo que no es más que presente histórico, es decir, momento de un devenir. Enturbia la idea, para mí profundamente verdadera, de que un pueblo no es más que lo que de sí mismo hace y que sólo cuando se ha desvanecido de la escena histórica, cuando ha muerto, cabe decir lo que es, es decir, lo que fue. El mito substancialista, como la religión unamuniana de la tierra, destruye el devenir, y con ello la esencia misma del pueblo ¿Hasta qué punto el substancialismo no toma, ciegamente, por eternidad y persistencia en el propio ser a la pura inmovilidad histórica provocada por la miseria? Un pueblo es un devenir —un trozo del devenir general del hombre—; las categorías a él aplicables son las históricas— nacimiento, progreso, reacción, lucha, aceleración, inmovilidad, muerte... —, esencialmente dinámicas. Para el pensamiento, pues, plantearse el problema de un pueblo no es investigar su esencia (que se nos escapará siempre de entre las manos), sino su movimiento (13). "Hombres de España, ni el pasado ha muerto ni está el mañana —ni el ayer— escrito", cantaba Machado, expresando en dos versos magistrales el sentimiento del pueblo como dinamismo en devenir.

Para cierto tipo de intelectual español, hombre de clases bien alimentadas, que difícilmente puede penetrar en las condiciones objetivas en que el hombre de las clases bajas se desenvuelve, el sentimiento mágico substancialista del pueblo se tiñe fácilmente de esteticismo e incluso de hipocresía. Por ejemplo: ¿hasta qué punto ese sentimiento no evita tener que tomar en consideración otras categorías históricas más energicamente actuantes, pongamos el proletariado? En lugar de empezar por tomar al pueblo en su realidad histórica concreta, es decir, como grupo humano con unos problemas que resolver, unas necesidades que satisfacer y una evolución que cumplir, se fabrica una serie de *aprioris* metafísico-religiosos que mixtifican la autenticidad de su existencia, degenerando incluso en folklorismo. Esta mística, esta contemplación ontológico-estético-religiosa de lo popular español, no es buena: habría que luchar contra ella incluso con el duro escalpelo científico del antropólogo y del sociólogo.

A nada conduce inclinarse hacia el pueblo español como ante una esfinge: esperando que nos abra su secreto ¿No es lo cierto que lo que un pueblo tiene que decir lo dice únicamente en movimiento, existiendo?, ¿y que su secreto no es tal secreto, sino una pura potencia de existir que se ha manifestado de cierta forma en el pasado, pero que se ha de desarrollar no se sabe exactamente cómo en un mañana aún "no escrito"?

Huir de una visión estática de lo español es preservar el ámbito y la originalidad de nuestro futuro, *España no está hecha*. ¡Afortunadamente! Lo hecho es el pasado y sólo pueden mostrar plenamente su pasado los pueblos muertos o a punto de morir: ya no les queda que decir más que lo que dijeron. A esos pueblos la historia les entierra para siempre.

De la consideración estática a la dinámica va esta diferencia práctica primordial: definir una esencia española intocable es conformarse con su presente (si lo español ya está hecho, ¿qué más necesita?). Inyectar futuro a España es ponerla en movimiento.

El futuro es posibilidad, potencialidad al descubierto. Es la disposición de la existencia cuando se pone, paradójicamente, a ser lo que *aún no es*. La vida se tiende como un arco y el dinamismo humano se dispara hacia la gran creación histórica: una nueva chispa de luz que se arranca al mundo de la inconsciencia. Llenemos a España de espíritu de aventura, de posibilidad, de no ser... Hirámosle profundamente el flanco de su hieratismo pseudo-ondológico, dinamizándola en su base material y social, arrancándole la vieja roña de su parálisis. Y entonces es posible que España, como en sus mejores siglos, tenga algo nuevo que decir al mundo.

Un país contando en el presente, como un avaro, las monedas de su pasado es una realidad poco grata: la historia fundamental de un pueblo, en un sentido existencial y no mecánico, es lo que le queda por hacer, es decir, por ser (puesto que el ser de un pueblo es lo que de sí hace en su historia). España necesita desembarazar su existir de una sobrecarga ontológica que la paraliza, y abrirse al devenir del mundo en el que el destino total del hombre se realiza. *Quien quiera ganar su alma la perderá*: he aquí una profunda verdad vital.

España es un destino incompleto, sentía Machado.

Alegrémonos, porque ¡pobre del pueblo de quien se pueda decir que en él sólo existe lo que existe!

LA VIRTUD DE LA POBREZA

Pero volvamos a nuestro punto de partida. Enfrentémonos de nuevo con la desolación de la tierra de España: estos montes, estos valles, estos llanos... Soria pura, espejo de otras tierras. "Tan tristes que tienen alma", pero un alma de piedra, de granito inhumano.

Aquí viven gentes como otras gentes, de otras tierras del globo: el destino humano se repite. Lo que a estos hombres distingue, como a otros de otras tierras lejanas que no conozco, es una dureza vital casi inaudita. Se los verá encorvados sobre la besana inverosímilmente estrecha (¿dos?, ¿tres?, ¿cuatro surcos?) entre cerro y cerro, entre erial y erial. Segando la espiga diríase milagrosa, o trillando la parva al lento paso del borrico, al resguardo del ejido comunal. Petrificados sobre las piedras de las solanas o en la penumbra húmeda de sus casas de tierra. Solos ante la naturaleza hostil, solos ante su abandono social. Peligrosamente cerca de la bestia, pero...

Pero estos hombres son hombres, después de todo. ¿Y quién sabe con qué riquezas vitales por explotar! Recordaré siempre con emoción un atardecer en un pueblecito de la serranía de Cuenca. Había yo ido allí, de paso, con alguien que me es muy próximo y que en aquella aldea ejerció treinta y cinco años antes, de maestro. Un buen maestro. ¡tantos años pasados y uno sólo de estancia!: ¿se acordarían aún de él? Se acordaban... ¡y cómo! Corrió la noticia de boca en boca; a los quince minutos medio pueblo en procesión —alumnos, padres de alumnos y hasta hijos de alumnos— venían a ver a su viejo maestro: a decirle, quizá sólo con los ojos, su agradecimiento ("¿sabe usted qué bien enseñaba!"), a recordarle viejas anécdotas vividas, a hablarle de su vida, de sus problemas... El contacto, roto durante tan largo años, pero siempre latente, se reanudaba con esa extraordinaria facilidad para la comunicación de hombre a hombre típica de las gentes de la baja España. En aquellos rostros había alegría: la alegría de un futuro aún no completamente perdido, que quizá venía a refugiarse en este solo instante de reencuentro. Sentí entonces, y sigo sintiendo ahora, que el mayor crimen secular de la sociedad española —claro es, de sus clases dirigentes— era el asesinato cotidiano del futuro, con el arma de la miseria. Que la fuerza más noble de España estaba en el maltrecho y humanísimo anhelo de estos hombres hacia la liberación —el

espíritu, representados en aquel su viejo, buen maestro: su fuga hacia el futuro.

Algún esteta escéptico y bien comido dirá: ¿para qué?, ¿es que la civilización moderna aporta el espíritu, la libertad, la felicidad...? Sería vano contestar con una filosofía progresista de la historia. No es necesario. Ni es lo fundamental. Yo respondería simplemente: ¿se puede preguntar para qué al hambre? En los rostros de aquellas gentes de tierra española brillaba el hambre: hambre física, pero me atrevo a decir que sobre todo, hambre de espíritu... ¿No es una criminal hipocresía poner en solfa la civilización y la cultura ante un rostro humano que dice ansiosamente: no tengo, no tengo...? Aquí nos jugamos una carta que a mí me parece fundamental, aunque siempre difícil, en el juego humano: la de la solidaridad de hombre concreto a hombre concreto.

Se habla de la virtud de la pobreza. Está bien: no seré yo quien la niegue. Menos ahora en que una civilización de cosas amenaza con ahogar al hombre para el que esas cosas se dice están hechas. Pero, me pregunto, si el bienestar por el bienestar corre el riesgo de desespiritualizar al hombre moderno, es decir, de restarle el dinamismo de la libertad que es creación, ¿qué decir de la pobreza, y aun más de la miseria? ¿Qué fácil es caer, aquí, en mitologías religiosas o seudoreligiosas! Para derribarlas, la piqueta del marxismo vendría al pelo. Pero ni siquiera eso es necesario: la cosa es mucho más sencilla. Porque se da la aparente paradoja de que la pobreza como virtud sólo puede ejercerse fuera de la pobreza como situación existencial. Para aceptarla voluntariamente tiene que existir la posibilidad concreta de su contrario. La necesidad es enemiga de la libertad, esto es, de la virtud. No se diga que a la necesidad se le puede hacer desde dentro virtud: a la necesidad, como a todo lo que nos es impuesto sin nuestra intervención, se la aguanta, no se la asume como libertad activa. En todo caso, esta asunción supondría ya un alto grado de liberación respecto a la necesidad conquistado en libre lucha contra ésta.

El mito de la pobreza como virtud puede llegar a un grado de hipocresía: guardar para sí mismo la virtud sin pobreza y dejar a los verdaderos pobres la pobreza sin virtud.

EL PUEBLO ESPAÑOL ES DURO, frugal, estoico —se dice—. Se habla incluso, desde Ganivet, de senequismo (con escaso rigor histórico, pues que Séneca era un millonario romano y no un campesino español). Quizá el mundo moderno, ahogado entre cosas, necesite frugalidad, despojamiento. ¿El pueblo español puede enseñárselo?; no lo sé. En todo caso, plantearse ahora el caso es vano: salga el pueblo español de la pobreza como necesidad y entonces veremos

si es capaz de dar al mundo una lección de pobreza como virtud. No careciendo de cosas, sino utilizándolas desde un punto de vista de creación humana —pues que lo que a través de las cosas se trata de poseer no son las cosas mismas, sino el hombre, su existencia y sus valores, siempre en progresión y siempre en peligro.

Alguien, no puedo recordar ahora quién, nos dejó este inmortal consejo: "Posee todas las cosas como si no poseyeras ninguna". Pero, todavía, será preciso que haya cosas que poseer.

NOTAS

(1) *Andanzas y visiones españolas*, Col. Austral, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1948. Pág. 19. Soy yo quien subraya.

(2) *Por tierras de Portugal y España*, Austral, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1946. Pág. 112.

(3) *Ibidem*. Pág. 127.

(4) *Andanzas y visiones españolas*. Pág. 35. El subrayado es mío.

(5) Es curioso que Ortega, de temple escasamente religioso y si profundamente historicista, cayera también alguna vez en este mito de la "España eterna", representada en sus tierras más pobres. "De eterno confiesan estas tierras haber sido pobres y se disponen a prolongar otra eternidad de miseria", escribe el filósofo (soy yo quien subraya) ante la campiña de Sigüenza. "No obstante —continúa Ortega—, Rodríguez (es su acompañante, un campesino) atribuye la mengua a los hombres: "¡Cuidado que lo hacemos mal!". (Tomo I de *El Espectador*). La expresión resulta ambigua. De todos modos, esta manera de sentir es una excepción en su obra.

(6) "A mí, que tanto me duele España, mi patria, como podía dolerme el corazón, o la cabeza, o el vientre..." *Andanzas y visiones españolas*. Pág. 64.

(7) Sería evidente exageración pensar que Unamuno necesita de la desolación española para satisfacer sus exigencias religioso-metafísicas; en muchas ocasiones protesta contra ella. Lo que pasa es que no se plantea esa desolación en términos de responsabilidad histórica esencialmente, sino como pasión religiosa. En Unamuno hay una contradicción que él no resuelve.

(8) *Origen, ser y existir de los españoles*. Colección *Ser y Tiempo*. Taurus Ediciones. Madrid, 1959. Pág. 12.

(9) No es que yo descalifique la función humana de los mitos: el mito no deja de ser una manera orgánica de aprehender la realidad. En ellos puede encerrarse una enorme fuerza de promoción histórica —como demuestra el mismo 98 a que Unamuno perteneció, gran creador de mitos que vitalizaron el pulso de España—. Pero hay mitos "mistificadores" (por corresponder a estadios de desarrollo ya superados) que,

en lugar de promover a la realidad, aunque sea transfigurándola, la paralizan y falsean. El mito de la "España eterna" me parece ser uno de ellos.

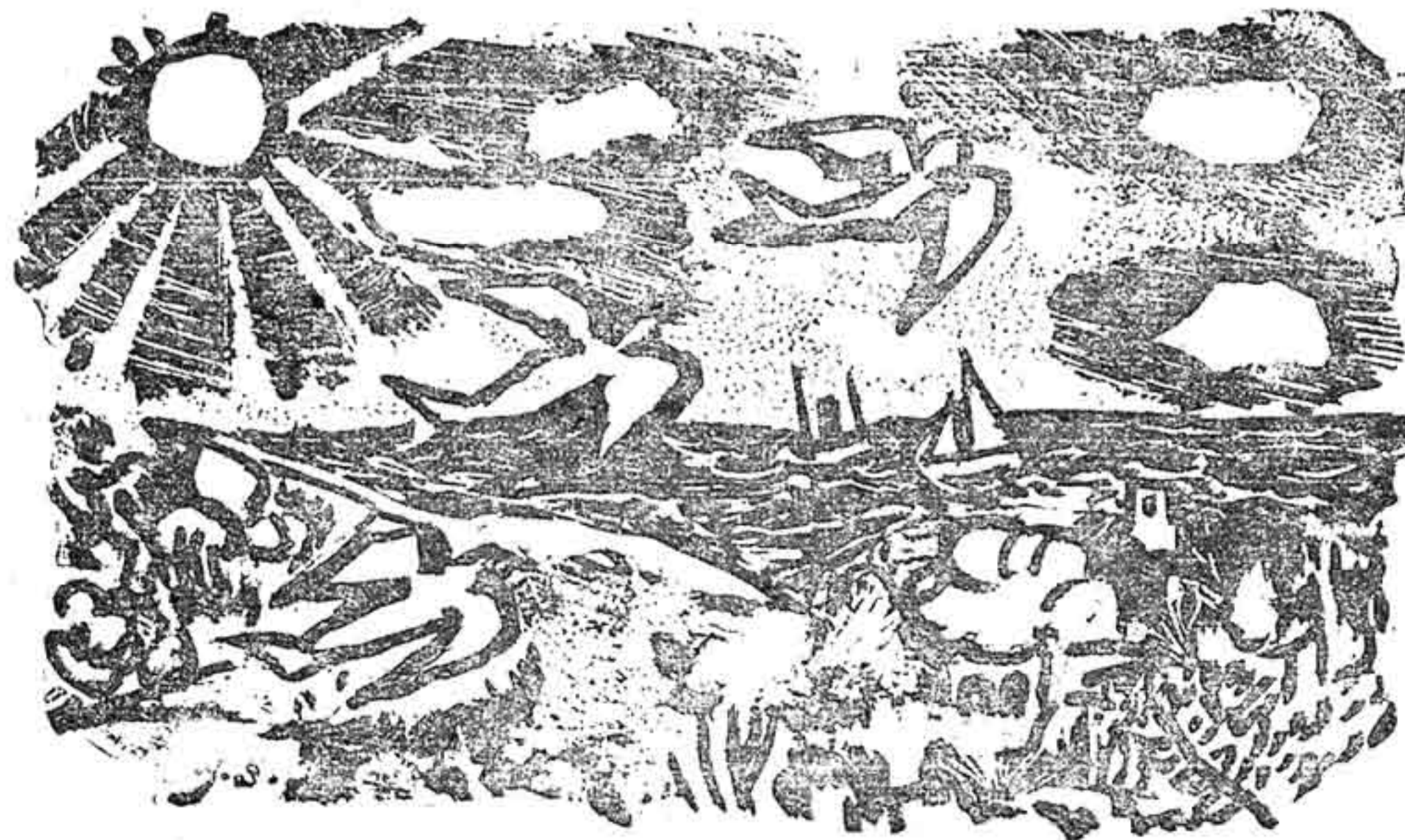
(10) Como en España las discusiones intelectuales, la confrontación de ideas, degeneran tan fácilmente en guerra de guerrillas, donde se trata de aniquilar al contrario por cualquier medio al alcance de la mano, me curo en salud diciendo que no pretendo enfrentar a Unamuno y Machado ni usar a una de arma contra el otro ni siquiera establecer un juicio de preferencia personal. Frecuentemente nos tiramos unos a otros a la cabeza los grandes espíritus nacionales como piedras que buscan algo más que el chichón. Por mi parte me niego al sistema insensato del bloque: ni adoro, ni fulmino. Si malo es el eclecticismo (que yo no defiendo), peor es el maniqueísmo intelectual y la política del cabezazo. Bastantes piedras surcan ya el aire de nuestra patria que nada tienen que ver con los asuntos intelectuales.

(11) Acertadas consideraciones sobre este tema son las que el crítico francés Pierre Darmangeat expone en su librito *L'homme et le réel dans Antonio Machado* (Librairie des Editions Espagnoles. París, 1956).

No estoy en cambio de acuerdo con la interpretación general que de Machado da José Luis Cano (De Machado a Bousoño, Col. Insula, Madrid, 1955). "Para Machado —dice el autor en la página 14—, como para Bécquer, el mundo del sueño y el de la realidad son mundos intercambiables, que las más de las veces se confunden". Y más adelante: "El soñar en Machado es como un modo de ser..." Para concluir que la poesía machadiana es "profundamente romántica". Me parece a mí, por el contrario, que en ciertos aspectos quizá sea Machado el espíritu menos romántico y más crítico del 98. Machado intervino muy concretamente en realidades muy concretas de su patria —¿lo hizo "en sueños"?; ¿se desmentía a sí mismo en ellas? Sería difícil sostenerlo. Su actitud política venía dada por las premisas que constituyen su vida entera. Se puede no estar de acuerdo con ella —allá cada cual—, pero no tacharla de inconsecuencia y de irrealismo.

(12) Discurso a las juventudes socialistas unificadas, de 1937. Aunque allí mismo declara su ferviente adhesión al socialismo, "etapa inexcusable en el camino de la justicia" y "gran experiencia humana de nuestros días, a la que todos de algún modo debemos contribuir".

(13) El arte, como ya dije antes, procede de manera distinta: detiene el movimiento y hace de un momento del devenir presente eterno. Pero la confusión diríamos "metodológica" entre el arte y el pensamiento analítico es cosa que hay que evitar si queremos ver medianamente claro. Son dos modos de acercarse a una misma realidad, cada uno por su vía particular.



ACTUALIDAD DE LARRA

POR JUAN GOYTISOLO

Nació en Barcelona en 1931. Autor de "Juegos de Manos", "Duelo en el Paraíso", "La Resaca", "Campos de Nájara" y "Para vivir aquí". Desde 1957 reside en París.

CUATRO lustros después de la guerra civil, un análisis objetivo de la situación intelectual de España, reservaría a algunos ensayistas y críticos un tanto alejados de las realidades del país, infinidad de sorpresas. Una de ellas —y no la menor, sin duda— sería comprobar la creciente influencia de Larra sobre la nueva generación. A los ciento veintitrés años de su suicidio, Mariano José de Larra aparece, en efecto, en nuestra panorámica cultural, como el autor español más vivo, más entrañablemente actual de la hora presente. Mientras Ortega y los escritores de la generación del Noventa y Ocho —con la única excepción de Machado y, hasta cierto punto, de Baroja—, son objeto de revisión y de crítica por parte de los jóvenes, su prestigio, por el contrario, aumenta de día en día y, de nuevo, son muchos quienes ven en él un precursor de los tiempos futuros y lo elevan a la categoría de un auténtico director de conciencia.

A decir verdad, el fenómeno no es de ahora. Postergado durante más de medio siglo, Larra suscitó, hace ya varias décadas, el entusiasmo de la, entonces, naciente generación del Noventa y Ocho. Hombres tal como Azorín, Unamuno y otros muchos, se sirvieron de Figaro como emblema y símbolo de su oposición a la vez literaria que política, a los responsables de nuestra decadencia; pero, una ojeada sucinta a sus escritos —salvando, tal vez, las obras primeras de Unamuno y ciertos pasajes de Gavinet y Joaquín Costa— nos autorizan a afirmar que su devoción por el patriotismo eminentemente progresivo y reformador de Larra fue puramente personal, y no se traslució, o se traslució débilmente, en sus creaciones. Ahora, con la perspectiva de que disponemos, resulta bien claro que, en tanto que Larra anduvo por encima de su época —hasta el extremo de actuar como avanzadilla de la misma—, los escritores del Noventa y Ocho que se vendieron por continuadores de su obra no estuvieron —en su conjunto— a la altura de la suya. Les faltó la fe, les faltó el penetrante diagnóstico de los males de España y sus remedios posibles, que constituyen —al cabo de más de un siglo—, la fuerza actual de los ensayos de Larra.

Pues si el autor de *Día de difuntos de 1836* desempeña papel tan primordial en la vida intelectual española —y está llamado a representar uno aun más—, sin duda, en los próximos años —ello se debe, no sólo, a la agudeza e inteligencia de su visión; obedece, asimismo, a causas intrínsecas a su propia obra que, antes de seguir adelante, conviene dejar bien sentadas: sus artículos nos resultan más actuales que todo lo que, por el instante, aparece en España, por la sencilla razón de que la sociedad que fustigan continúa siendo la misma en 1960 que en 1836, cuando menos, en sus líneas generales. "Siempre que yo me paro a mirar con reflexión nuestra España —había escrito— suelo dirigirle mentalmente aquel cumplimento tan usual entre gentes que se ven de tarde en tarde: "Hombre, por usted no pasan días!" Por nuestra patria, efectivamente, no pasan días, bien es verdad que por ella no pasa nada; ella es, por el contrario, la que pasa por todo. (I) Doblemente actual por tal motivo en época tan pobre de plumas y espíritus satíricos como la nuestra, la obra de Larra viene a colmar un hueco, al tiempo que sirve de estímulo y de guía.

Figaro vivió veintiocho años de esa historia española del siglo XIX que Pierre Vilar ha calificado como "un encadenamiento de intrigas, comedias y dramas". Nacido en plena guerra de Independencia —su padre era médico militar de José Bonaparte y emigró tras él a raíz de la derrota de los franceses—, tenía escasamente tres años cuando las Cortes reunidas en Cádiz redactan la Constitución de 1812, verdadera Carta Magna de la democracia española. La inmensa obra legislativa gaditana —elaborada por los viejos políticos del despotismo ilus-

trado— fue, por desgracia, de corta duración. Al entrar en Madrid, Fernando VII disuelve las Cortes con el apoyo del ejército y, desde 1814, reina con una camarilla de cortesanos, mientras las colonias americanas se rebelan y la resucitada Inquisición persigue a los liberales. En 1820 Riego subleva el cuerpo expedicionario que debía embarcar para América y proclama la Constitución de 1812. El rey, atemorizado, publica el célebre manifiesto de "Marcharemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional". Es el trienio liberal (1820-1823) durante el que se establece la libertad de imprenta y se decide la supresión de los jesuitas y el cierre de los conventos pertenecientes a órdenes monásticas. Pero, alarmados por el giro de los acontecimientos, los monarcas de la Santa Alianza resuelven intervenir en España y envían al duque de Angulema al frente de los Cien Mil Hijos de San Luis.

Restablecido en sus prerrogativas de rey absoluto, Fernando VII abre la "ominosa década" de represión contra los liberales, que inaugura los periodos de terror que, en lo sucesivo, se abatirán cíclicamente sobre el país y que —junto con el exilio de los intelectuales y minorías cultas— constituye uno de los trazos más característicos de la Historia Contemporánea de España. Riego, Lacy, Porlier, el Empecinado, son "judicialmente asesinados" (2), como dirá Larra, durante el Ministerio de Calomarde, cuyo Gobierno, según definición del propio Larra, "fue el prototipo del sistema que podríamos llamar de los apagadores políticos, pues que sólo tendía a sofocar la inteligencia, la ciencia, las artes, cuanto constituyera la esperanza del género humano. El cerró las Universidades, y abrió, en cambio, una escuela de tauromaquia; sangrienta burla, insolente sarcasmo político que caracteriza el solo todo su sistema" (3).

Cuando en 1830 estalla la revolución en París, los liberales refugiados en Francia desde el año catóico o el veintitrés, organizan una tentativa desesperada de invasión, que recuerda, en muchos aspectos a la que debía intentar el "maquis" republicano ciento quince años más tarde: el Gobierno francés, después de haberles alentado y facilitado fondos, los abandonó a su suerte, como debía hacerlo aún en 1945. "Esta página de la vida de M. Guizot —ha escrito Larra— será un borrón eterno en la historia del país que debía haberse apresurado a lavar el error de 1823 y proclamarse hermano de los liberales de España" (4). Entre tanto, el nacimiento de una heredera de Fernando VII, hija de su tercera esposa, María Cristina, divide el país en dos bandos: el de los moderados, defensores de los derechos de la futura Isabel II, y el de los apostólicos, partidarios del hermano del rey, Don Carlos, que invocan la "ley Sálica". La corte es un semillero de conspiraciones e intrigas. Al fallecer el rey en 1833, María Cristina gobierna como Regente, en nombre de Isabel II. Poco después comienza la guerra civil —la primera de las que, en lo futuro, van a ensangrentar España: los defensores del absolutismo se niegan a reconocer a Isabel y Don Carlos se pone al frente de los facciosos de Valencia, Navarra, Vascongadas y Cataluña. Por esta época, poco más o menos, Larra inicia su colaboración en los periódicos. Comentando el sistema de Platón, que enseña a callar a sus discípulos durante cinco años antes de pasar a materias más hondas, resumirá la "ominosa década" al escribir: "de cuanto se pueda callar en cinco años podráse formar una idea aproximada con sólo repasar por la memoria cuanto hemos llamado nosotros, mis lectores y yo, en diez años, esto es, en dos cursos completos de Platón, que hemos hecho pacíficamente desde el año 23 hasta el 33, inclusive, de feliz recuerdo, en los cuales nos sucedía precisamente lo mismo que en la cátedra de Platón, a saber, que sólo hablaba el maestro, y eso para enseñar a callar a los demás, y perdonemos el filólogo griego la comparación" (5).

La rebelión carlista obligó a María Cristina a buscar el apoyo de los liberales. El Ministerio Cea dimite y, con Martínez de la Rosa, reaparecen en la escena política los hombres de 1812 y 1820. En la prensa, Larra, defiende con su pluma una política avanzada: "España, a pesar de su grandeza, de sus derechos hereditarios y de sus mayorazgos es una tierra eminentemente democrática" (6).

"Fuera de él (el dogma de la soberanía popular) no puede haber sino monopolio y violencia" (7). La actitud tibia de Martínez de la Rosa y de su sucesor Toreno, le decepcionan profundamente. Los

faciosos campan a sus anclas por el norte y el descontento popular estalla y provoca —como en 1908, 1931 y 1936— la quema de los conventos. Los hombres de 1812 son incapaces de resolver los problemas de 1835. Se han plantado veinte años antes, para ellos tampoco pasan días. Larra les reprocha su falta de empuje, de fe en la democracia y el progreso, su incompreensión de las nuevas doctrinas sociales. La explosión popular contra los frailes le parece una advertencia grave, que quienes rigen los destinos de España deben escuchar, antes de reprimirla ciegamente: "España va a dar el gran paso, un pie todavía en el pasado, otro en el porvenir; está en el momento crítico de la transición, transición que pudiera ser tanto más brusca, cuanto ha sido más deseada y demorada..." (8)

"Asesinatos por asesinatos, ya que los ha de haber, estoy por los del pueblo" (9). Toreno cae, como había caído Martínez de la Rosa y con el Ministerio Mendizábal, la revolución parece triunfar por un instante. Mendizábal desamortiza, en efecto, los bienes del clero pero, el producto de la venta, en lugar de aprovechar a la nación enriquece sólo a un puñado de especuladores. La fracción carlista se extiende y el Gobierno mantiene en vigencia el anacrónico Estatuto de Martínez de la Rosa. Mendizábal se ve forzado a dimitir y le sustituye Istúriz. La confusión crece de día en día. La Regente convoca elecciones y Larra, que hace sus primeras armas en la política, sale diputado por Avila. Casi al mismo tiempo, un grupo de suboficiales se amotina en La Granja e impone a María Cristina la Constitución de 1812. Calatrava reemplaza a Istúriz y, amargado por su frustrada experiencia, Larra se refugia, de nuevo, en el periodismo. Los artículos de esta época —los mejores que nunca escribió, sin duda— rebosan angustia y desengaño. La melancolía de Larra —una de "aquellas melancolías de que sólo un liberal español, en estas circunstancias, puede formar una idea aproximada" (10), según él mismo describió— debía agravarse meses más tarde con un contratiempo amoroso. El trece de febrero de 1837 mientras los facciosos de Gómez y Cabrera proliferan por Castilla y el Maestrazgo, Larra se suicida.

El breve resumen histórico que acabamos de trazar, muestra sin lugar a dudas, que Figaro fue, ante todo, un hombre de su siglo, preocupado por los problemas de su país y el destino de sus compatriotas. Ello permite distinguirlo, de entrada, de aquella categoría de escritores "intemporales" que se dirigen al hombre "eterno", al hombre "inmutable", desvinculado del tiempo y de la sociedad en que vive. En la literatura española, como en la de los restantes países, tal concepción del hombre ha existido paralelamente a la de los escritores comprometidos con la realidad de su época y, desde Santa Teresa a Calderón, desde San Juan de la Cruz a Unamuno, ha dado numerosas obras en donde la espiritualidad de sus autores alcanza perfecta expresión verbal. En estos escritores, los problemas subjetivos anulan completamente la visión del universo que les rodea. Para Unamuno, por ejemplo, la realidad ineluctable de la existencia humana es la sociedad; despojado de sus coordenadas aquí y ahora, horro de pasado como de porvenir, el hombre es un ser eternamente condenado a la angustia. Así, los personajes de sus novelas existen con independencia de la sociedad en que les ha tocado vivir. Esencias intemporales, sirven de pretexto a su autor para exponer su concepción atormentada del mundo, que sustituye al universo real. Con gran acierto, uno de nuestros ensayistas jóvenes, analizaba recientemente la reacción de don Miguel, ante el yermo castellano: la miseria de los demás no despertaba en él otro eco que una emoción mística, que le llevaba a considerar la desnudez del paisaje algo así como una emanación de su religiosidad personal. Y Francisco Fernández Santos concluía: la visión de Unamuno es la visión de un hombre egocéntrico, carente de solidaridad.

Larra se sitúa exactamente en la línea opuesta —la del Lazarillo y Quevedo, Moratín y Cervantes—, cuya imagen del hombre es siempre concreta, emplazada en una perspectiva histórica, ligada de modo orgánico e indisoluble al medio social en que se desenvuelve. Español del siglo XIX, Larra se dirige siempre a sus compatriotas: la realidad de España no le gusta y la describe crudamente, para transformarla: "no queremos esa literatura reducida a las galas del decir, al son de la rima, a entonar sonetos y odas de circunstancias; que lo concede todo a la expresión y nada a la idea, sino una literatura hija de la experiencia y de la historia... enseñando verdades a aquellos a quienes interesa saberlas, mostrando al hombre no como debe ser, sino como es, para conocerle..." (II) pues, escribe en otra ocasión, "uno de los medios esenciales para encaminar al hombre moral a su perfección progresiva consiste en enseñarle a que se vea tal cual es" (12). Como veremos más tarde, Larra vivió en su propia carne la sensación de angustia y soledad que forma la esencia de la obra de Unamuno, pero nunca se entregó a ella con regosto; luchó y sucumbió tras un duro combate, excesivo para sus fuerzas. La desesperación de Larra no es fruto de la soledad radical del hombre, como en don Miguel; es el resultado de una serie de circunstancias históricas, sociales y de carácter que, en un momento dado, se conjugaron de tal modo, que no halló otra escapatoria que la muerte.

Escritor de aquí y ahora y, como tal, decidido a hacer oír su voz a sus compatriotas, Larra se plantea en términos que hoy calificaríamos de sartrianos, el problema del público: "¿quién es el público y dónde se le encuentra?" (13). Su conclusión anticipa la que, un siglo más tarde, enunciará Sartre: "no existe un público único, invariable, juez imparcial, como se pretende; cada clase de la sociedad tiene su público particular" (14). En un brillante análisis de la literatura española, Larra sitúa al escritor, examina su responsabilidad respecto a la sociedad y sienta los fundamentos de una moral

Escritor español obligado al exilio por la reacción franquista. Ha recalado en Francia, donde vive en la campiña, no lejos de París; y allá sigue muy de cerca la realidad española.

EN 1955, en su libro *Notas sobre la literatura española contemporánea*, prohibido por la censura, José María Castellet decía pertinentemente: "Si se considera que para España escribir es revelar la totalidad de la vida del hombre español actual, a fin de presentarlo al lector español, bastaría tomar al azar algunas novelas y obras de teatro contemporáneas, tenidas por más representativas, para comprobar que ninguna de ellas reúne las condiciones requeridas". Tras analizar algunas de las causas que venían impidiendo al escritor el cumplimiento de su cometido histórico, en su doble preocupación social y artística, agregaba: "Si se añade que a consecuencia de la guerra civil, la mayor parte de quienes tenían valor suficiente para erigirse en maestros tuvieron que ausentarse o callar, y que intelectualmente su puesto sigue vacante, se comprenderá que el escritor joven esté desorientado". Y terminaba con este sombrío y un tanto precipitado augurio: "Por poco consciente que sea —el escritor joven— no abriga muchas esperanzas en su porvenir literario..."

¿Qué camino se ha recorrido desde que Castellet publicó su libro! En el cortísimo lapso de tiempo de cinco años ha surgido y se está imponiendo una rica promoción de novelistas jóvenes que va colmando aquel vacío con obras que con ser ya de elevado valor humano y artístico no son, para bien de la literatura española, sino un anticipo venturoso de lo que está llamada a ser en breve nuestra novelística.

El impulso dado a la narrativa española contemporánea por la novela nueva es de tal envergadura que si durante los tres lustros que sucedieron inmediatamente a la guerra civil la literatura española no existía prácticamente para el extranjero, en cambio, en estos últimos cinco años, nuestra novela ha logrado en el mundo una difusión sin precedentes en lo que va de siglo. Y ello por su radicación histórica, porque revela la vida del hombre español actual con amor y arte.

Pero la transcendencia del movimiento novelístico actual no se ha de calibrar únicamente por el lugar que está conquistando en el extranjero, si bien este hecho es en sí un dato valorativo. Actualmente no existe un solo crítico español digno de ese nombre que no preste atención a la novela nueva, pese a las restricciones impuestas por la censura y los directores de periódicos o revistas, o las que se imponen los mismos críticos por miedo o por interés. La revista *Acento*, sugestiva en su primera etapa, —actualmente es una publicación oficial, esterilizada, anodina— consagró una sección especial a la novela nueva, contribuyendo con críticas idóneas a su impulsión.

J. R. Doménech, haciendo hincapié en su carácter renovador, afirmaba recientemente: "Puede decirse que estamos presenciando un claro e inequívoco resurgir de nuestra novela". La razón de ese renacimiento reside —asegura— en el "saber que su papel está en ser un órgano vivo y fecundo en el mundo colectivo, y no en atrincherarse en los claustros sagrados de su propio mundo minoritario" (*Insula*, No. 162, p. II), en dejar para otros el substituir la realidad por apreciaciones míticas de la vida y esforzándose en interpretar y presentar en la obra los fenómenos que se dan en la sociedad española en el momento en que vivimos, con ánimo de ayudar a superarla.

Por su parte M. Coindreau, a quien tanto debe la difusión de la novela nueva en Francia y los Estados Unidos, al subrayar la importancia y significación de nuestro movimiento novelístico, dice: "Me ha admirado la responsabilidad que anima a esos escritores jóvenes, y aún más la fe con que realizan su obra, sin que les arredren las dificultades, sean las que fueren". Comparando estos novelistas con la "Beat genera-

La nueva novela

Su PRESENTE y PORVENIR

tion" estadounidense, Coindreau añade: "Si hubiera que compararlos sería, en todo caso, para oponerlos". Los americanos "se dedican frenéticamente al exhibicionismo, al escándalo y a la violencia, todo ello mezclado con una confusa metafísica perfectamente pueril". Los jóvenes escritores españoles y americanos, afirma "representan dos formas opuestas de entender la vida, el arte, la literatura. La "Beat generation" es una impostura" (*Insula*, No. 154, p. 5).

Los creadores de la nueva narrativa son jóvenes. El mayor, José Corrales Egea, nació en 1919 y Luis Goytisolo-Gay cuenta apenas veinticinco años. Alguno de ellos, como Juan Goytisolo, lleva publicados una media docena de libros, uno de los cuales ha sido vertido a doce lenguas. Los otros, salvo rara excepción, aunque hayan escrito varias novelas, están en las primeras publicaciones. Y a pesar de ser jóvenes, de haber publicado individualmente poco y tener que hacer frente a la coacción oficial que se ejerce sobre ellos, en detrimento de la expansión de sus cualidades artísticas, ocupan el primer plano de la actual novelística por derecho propio. Sin que concedamos a los premios interpretación apreciativa, salvo en estos y otros casos aislados, basta fijarse en la siguiente relación de obras, y de los galardones que en general las acompañan, para formarse una idea aproximada, aunque sólo sea por referencia, de la importancia del conjunto:

- R. Sánchez Ferlosio: *El Jarama*, premio Nadal de novela 1955;
- Juan Goytisolo: *Duelo en el paraíso*, premio Indice 1955;
- J. López Pacheco: *Central eléctrica*, finalista del premio Nadal 1956;
- C. Martín Gaité: *Entre visillos*, premio Nadal 1957;
- Jesús Fernández Santos: *En la hoguera*, premio Gabriel Miró 1957;
- Luis Goytisolo-Gay: *Las afueras*, premio Biblioteca Breve 1958;
- J. García Hortelano: *Nuevas amistades*, premio Biblioteca Breve 1959;
- Antonio Ferrer: Varias veces finalista del premio Nadal. *La piqueta* 1959;
- A. López Salinas: *La mina*, finalista del premio Nadal 1959.

En 1960, han salido, entre otras, *El haz y envés*, de J. Corrales Egea y *Campos de Níjar*, de Juan Goytisolo, que avaloran —cada una con sus peculiaridades— el conjunto.

Los primeros atisbos de la novela nueva aparecen en *Juegos de Manos* (1954) de J. Goytisolo. Lo característico de *Juegos de Manos*, independientemente de las influencias extranjeras que revela, es que el autor expresa en la obra sus inquietudes dentro de la problemática española, en un momento dado de la historia y con la conciencia que tenía entonces de ella. La vinculación de la literatura a la realidad múltiple y moviente de España y un afán por traducir esa realidad haciendo arte, que es lo propio de la novela nueva, están ya patentes en esta novela primeriza de J. Goytisolo. *Los Bravos*, de Jesús Fernández Santos, que ve la luz ese mismo año, representa un paso más en la fase inicial de la novela nueva, que cierra con broche de oro *El Jarama*, de Sánchez Ferlosio.

La novela nueva no tiene guías en el sentido estricto del vocablo, no se rige por ningún modelo. Cada uno de nuestros novelistas busca forjar su propia personalidad literaria a través de la actividad creadora; de ahí la diversidad temática y la profusión de procedimientos narrativos entre ellos. Su único denominador común es el deseo de traducir y apoyar los cambios que se están gestando en la realidad y de participar al tiempo en la renovación del arte. No obstante, por sus cualidades intrínsecas, y sin deslora para

las otras, existen varias novelas que pueden ser consideradas como un hito dentro de la nueva narrativa: *El Jarama*, *Las afueras*, *La mina* y *Campos de Níjar*. Las cuatro poseen un marcado carácter innovador, ya sea por la audacia del contenido, por la técnica novelística o por ambas a la vez, sin que esta distinción caigamos en el error de separar el contenido de la manera de expresarlo.

II

Por su naturaleza y objetivos, la novela nueva es substancialmente humana y, al reivindicar lo humano revaloriza el arte. Para cumplir la misión que se asigna, cada escritor adopta una técnica que le permite a la vez substraerse a la presión estatal y hacer impacto. De ahí la diversidad de medios expresivos.

La obra no es para él un ejercicio estilístico o un espejo en el que se contempla, impudicamente sublimado, el autor. Nada más lejos de él que el exhibicionismo o la diversión. Crear, expresar es traducir los nuevos procesos que aparecen en la vida, dar fe de esos procesos, ayudando a los demás a que tomen conciencia de ello con vistas a favorecer la aceleración del ritmo del desarrollo de los mismos. Al esforzarse en penetrar cada vez más en la vida, por ir al unísono con ella y buscar los medios de expresión pertinentes participa a un tiempo en la edificación de una sociedad y de una cultura nuevas. Por eso no disocian mecánicamente el conocimiento y la sensibilidad. Todo lo contrario: la sensibilidad y la imaginación, perfectamente hermanadas con el conocimiento le sirven para hacer más tangible lo real.

De la misma manera que rechazan la novela tipo en tanto que modelo, ninguno de nuestros novelistas se pretende teórico del arte de narrar. A lo sumo cuentan lo que hacen o tratan de hacer. Juan Goytisolo, que es entre ellos el que más ha escrito sobre la materia —y el que habremos de citar, por lo tanto, con mayor frecuencia— en la presentación de la serie de cortos ensayos aparecidos recientemente en un volumen, se precave contra quienes pudiesen creer lo contrario en estos términos: "Su único denominador común (el de los ensayos) radica en el propósito de abordar los diferentes aspectos y problemas de la creación literaria desde el punto de vista —tan importante como olvidado— de su motivación social". Y recalca: "El lector no hallará, por lo tanto, en ellos, ninguna teoría de la Novela, ni nada que se le parezca". (J. Goytisolo: *Problemas de la Novela*, Editorial Seix Barral. Barcelona 1959).

Esto significa, según quedó apuntado, que en la nueva corriente novelística —cuyas características tratamos de esbozar— cada escritor busca su propia manera de novelar, como lo confirma García Hortelano en este texto: "Esto de escribir —dice— no es sino un oficio artesano, uno de los pocos oficios donde no es posible trabajo en equipo y donde ciertos atavismos (con una clarísima raíz histórica), tales como la vanidad, la inspiración y otros carismas, enturbian —cada vez menos, es verdad— su modesto aire de taller" (*Indice*, No. 128, septiembre 1959). Lo que imprime vida y da cohesión al conjunto son los fines que se proponen alcanzar. Lo que les distingue entre sí es el camino que cada cual toma para obtener mayor eficacia con la obra; la técnica no es sino el vehículo que conduce al autor y al lector al término que el primero se propone. "Lo que para mí ofrecía mayor interés —García Hortelano se refiere a su novela *Nuevas Amistades*—, la busca de un lenguaje ascético, un ritmo y una construcción, subordinados a una más eficaz expresividad". Y especifica: "Me preocupa la adquisición de una técnica (o varias) y un lenguaje, aunque vislumbro que esta forja de herramientas pueden llevar a un

estril tecnicismo y a un estilismo retórico". (Índice citado).

De los peligros señalados por García Hortelano no escapa la novela nueva, a pesar de que los objetivos que persigue parece descartarlos a priori. Algunos escritores han creído, en efecto, que esos objetivos pueden alcanzarse igualmente subordinando la materia del relato a determinados procedimientos narrativos preconcebidos. J. Goytisolo subraya dichos peligros al referir su experiencia de escritor en este sugestivo texto que, pese a su extensión, transcribimos íntegramente:

"A menudo —escribe—, en lo pasado, intentaba amoldar la materia del relato a una determinada forma o estilo de narrar (monólogo interior, enfoque cinematográfico, etc.). De ello resulta la deformación intelectual que se percibe en todas mis novelas anteriores a *La Resaca*: buscando una originalidad formal, sacrificaba la autenticidad de las situaciones y personajes. Ahora creo que el tema determina necesariamente la técnica. Puesto que la realidad muda y se transforma de día en día, la novela realista no debe seguir ningún modelo por perfecto que sea: Ha de ser, por el contrario, tan maleable y dúctil como lo es la materia que pretende representar. El problema consiste en adaptarse a la realidad como Proteo, persiguiéndola a través de sus diversos disfraces y procurando desentrañar su sentido. La técnica se convierte, entonces, en una manera personal e intransferible de ver el mundo. Ello exige, de un lado, la revisión minuciosa del lenguaje; de otro, la liquidación de viejos esquemas formales que el autor tiene, por rutina, a imitar. Limpieza de estilo y acuidad de mirada deben ser los objetivos fundamentales del novelista" (J. Goytisolo, *Realismo, Naturalismo, Imaginación...*).

La propia naturaleza y fines de la novela nueva le imponen una ubicación y vigencia nacionales y por consiguiente el rechazo de técnicas preconcebidas. Lo primordial es, por lo tanto, que el novelista conozca a fondo los problemas planteados por la realidad, en el momento de la creación. "La novela —advierte Jesús Fernández Santos— deberá ser una interpretación del país en que vivimos, interpretación personal que nazca de un conocimiento íntimo de nuestras cosas" (*Insula*, No. 148, p. 4). Y pasando del criterio general sobre la novela a su manera de realizarla, en otra ocasión, precisa: "... a mí me atraen los temas que atañen, naturalmente, a España y que, por lo menos, tengan una cierta repercusión en la vida nacional". En esto estriba esencialmente la diferencia entre la novela nueva y el resto. "En la narración —agrega J. Fernández Santos— lo que importa es lo que se cuenta", sin que deje indiferente al escritor, ni mucho menos, la manera de contar. Sin embargo, "todo libro que basa su fama o eficacia en su técnica pasa pronto" (*Acento*, febrero 1959).

Todos los novelistas de la promoción que nos ocupa concuerdan en lo fundamental: la necesidad ineludible de supeditar el arte a la vida y por ende la técnica al contenido. El carácter innovador de la novela nueva radica en la observancia de esta exigencia.

La necesidad de que la novela aborde problemas reales de repercusión nacional proviene de que "la transformación de la sociedad no es una cosa abstracta, sino que se plantea en términos de urgencia" (J. López Pacheco, en el primer Coloquio Internacional de Novela, Formentor, julio de 1959). Y Juan Goytisolo, en la misma ocasión, precisa: "Durante largo tiempo, la mayor parte de nuestros escritores no han descrito la sociedad tal como es verdaderamente, sino tal como se imaginaban que era". Y añade "es en los períodos difíciles cuando el escritor debe revelar la verdadera faz de la sociedad y reflejar sus contradicciones", para apoyar el proceso de transformación de la sociedad, lo cual implica situarse en la dirección en que se está operando ese proceso, del que dichas contradicciones son un exponente.

Esto significa que para la novela nueva, como advierte A. López Salinas, "la literatura no es un fin en sí misma", sino que "sirve para estructurar a la sociedad". En consecuencia, el novelista ha de llegar con su obra a las gentes interesadas en la transformación de la sociedad y "plantearles los problemas", "problemas que nacen de la vida difícil" y que afecta sobre todo a "la

gente hundida", aplastada por la actual estructura social. A nuestro novelista no se le oculta que la emancipación de los oprimidos es quehacer, en primer término, de los mismos oprimidos, cuya actitud es decisiva en los procesos históricos, pero la literatura puede ser un precioso instrumento en este sentido. Por eso no se limita a plantearles los problemas, a mostrar las causas de sus actuales condiciones de existencia, sino que, a la vez, les infunde confianza en que pueden resolverlos y tanto más presto cuanto más actúen juntos sobre esas causas: "Mi creencia es ésta: la gente tendrá más esperanza a medida que actúe más a favor de la esperanza" (*Destino*, 16. I. 60). En otros términos: la gente tendrá más perspectivas de porvenir cuanto más actúe en un sentido de porvenir. Y en este orden de cosas la novela nueva desempeñará cada vez un papel más importante a medida que vaya descubriendo con mayor eficacia lo que se oculta tras las apariencias y cree, muestre la necesidad de otra realidad más acorde con las aspiraciones legítimas de todos los hombres a una vida plena y fecunda.

La nueva narrativa, sin caer en el sociologismo vulgar, se orienta en este sentido, pero entre lo que se propone hacer y lo que realiza, a veces, media todavía un trecho. De ahí que siendo por su cometido una literatura esperanzadora no siempre consiga irradiar esperanza. Esto se debe a que el escritor no ha asimilado totalmente la complejidad del movimiento de la historia o no ha logrado traducirla aún en la obra, entre motivos por la presión estatal de que es objeto, si bien no parece ser ésta una razón suficiente. Sean cuales fueran las motivaciones, lo cierto es que a pesar de que la posición de nuestros novelistas ante la realidad difiere sensiblemente de la que suelen adoptar los escritores realistas burgueses, en determinados casos, las respectivas creaciones no llegan a expresar esa diferencia de actitud como lo vamos a ver.

Tomemos unos ejemplos. *La Colmena*, de Cela, es una denuncia virulenta, sin paliativos de la realidad española. ¿Pero es una novela realista en el sentido que la novela nueva entiende el realismo? Evidentemente no. Lo sería si en ella apareciesen personajes que en la realidad combaten con esperanza por una vida mejor, si Cela se esforzase por captar el movimiento de la realidad en el sentido en que ésta se proyecta. La realidad en Cela es un mundo cerrado y monstruoso, sin principio ni fin, dominado por la fatalidad. Y los personajes aparecen sumidos en el dolor, resignados, impotentes o desesperados. Es que *La Colmena* en realidad encierra una tesis, en el sentido estrecho y parcial del término: "Nada tiene arreglo —escribe en la Nota a la segunda edición de esta Novela—: evidencia que hay que llevar con asco y resignación". Y no otra es la impresión que el lector saca al leer a Cela. No obstante *La Colmena* es una sátira severa de la sociedad, pero una crítica a imagen de la visión pesimista de la existencia humana de su autor.

Esto demuestra que una novela puede recoger aspectos cruciales de la vida sin ser realista, en el sentido que nos ocupa. Para ser verdaderamente realista, la obra debe mostrar las conexiones existentes entre las monstruosidades denunciadas y sus causas: la conexión entre la estructura de la sociedad, las relaciones de propiedad y la injuria, de la cual las condiciones de existencia de los que padecen miseria material y espiritual es el resultado. De no ser así, la fábula sustituye a la verdad y lo caricatural a lo auténtico, como ocurre en Cela. Su última novela, *Los viejos amigos* (1960) lo confirma plenamente.

Y sin embargo sostiene que "La literatura o es una protesta o no es nada". ¿Pero de qué y a quién sirve este género de protesta? De nada ni a nadie.

Nuestros novelistas propenden por el contrario a desenmascarar lo que se oculta tras las apariencias. Ellos sostienen que todo tiene arreglo a condición de que se ataje el mal por lo sano. Si los hombres han creado la estructura actual de la sociedad en sus manos está el poder de crear otra. Sin embargo, si su postura ante los problemas de la vida es radicalmente distinta de la de Cela, a veces, por no llegar hasta el fondo del problema esa diferencia no se traduce en la obra.

Otro ejemplo de realismo, diferente en la forma, pero coincidente en el fondo, nos lo brinda Ana María Matute. Pero si Cela no se pretende realista, Ana María Matute, por el contrario, sí: "La novela, tal y como yo la entiendo — afirma — creo que debe ser, en principio, realista". "La función de la historia — agrega — debe ser entrañable, textualmente, casi" (*Insula*, Marzo 1960). ¿En qué consisten el realismo y la historia para ella, en la práctica? A. M. Matute nos lo dice lisa y llanamente al tomar como ejemplo la guerra civil: "Mi padre se quedó sin dinero. Mi padre tenía miedo. Las criadas — excepto Anastasia — se fueron... La comida había que ir a buscarla..." (*Destino*, 23-I-60). Desde este ángulo parcial enjuicia A. M. Matute nuestra dolorosa tragedia nacional que sirve de materia a su novela *Primera Memoria*, Premio Nadal 1959.

A. M. Matute dice que le preocupa "el por qué los hombres no se entienden" preocupación que compartimos tantos españoles y que eligió "la literatura como medio más idóneo y eficaz de comunicar a los hombres mi idea de ellos y de decirle mi solidaridad en su dolor de vivir" (*Insula*, No. citado). Pero como no se acerca a los esfuerzos de los que sufren por vencer las resistencias que se oponen a que vivan mejor, sino que se atiene a la idea pesimista que se forma de todos los hombres, a través de la experiencia que posee de algunos de ellos, la novelista nos revela un universo sombrío, a semejanza de su concepción del hombre, sin resquicio por donde penetre la luz de la esperanza, por débil que sea, sin llegar a explicarse ni explicar las razones que impiden a los hombres entenderse.

Por no ir a la vida con ánimo de comprender, por no ver que el dolor de vivir tiene sus raíces en las estructuras que condicionan la existencia de los que sufren, A. M. Matute recurre al consabido tópico de que el mal que le preocupa reside en los hombres y que hay que cambiar a los hombres para que cesen sus sufrimientos: "Despertar las conciencias contra el egoísmo y la injusticia "con" el amor y la caridad". (*Destino*, No. citado) es su objetivo. ¿Y cómo puede A. M. Matute contribuir con su obra a deterrar el mal predicando la caridad, si ésta no es sino la cobertura de la injusticia y por lo tanto uno de los instrumentos de disimulo que utilizan los que viven de la injusticia?

Lo quimérico de su objetivo se trasluce con todo su rigor al anunciar su próxima obra, *Libro de juegos para los niños de los otros*, en estos términos: "Es para los niños que no tienen juguetes y sí hambre, soledad, pillería..." (Íbidem). ¿Y qué les ofrece la autora a esos niños famélicos, harapientos, rechazados, delincuentes víctimas de la necesidad? Unos cuentos, — que muchísimos de ellos no leerán siquiera porque son analfabetos — en forma de caridad que les permita alimentarse con el engaño de la evasión. Pero esos niños, esa legión de niños necesitados, a pesar del libro que se les destina continuarán sin juguetes, con hambre, solos y abocados a la delincuencia. A. M. Matute, pese a sus buenas intenciones, con su obra no puede alcanzar el fin que se propone porque los medios que sugiere para lograrlo están en contradicción con él. El mal que denuncia es inherente a las estructuras que lo engendran y sólo ayudando a superar éstas se conseguirá vencer aquél.

Nuestros novelistas discrepan de ese género de realismo, propio de los escritores de la burguesía, por su ineficacia y por lo que disimula, aunque no siempre consigan superarlo. Por eso conciben unánimemente la literatura como un instrumento que propicie la introducción de cambios substanciales en la sociedad, y no se conforman con que el autor sea mero testimonio de su tiempo. De novela-testimonio puede catalogarse *Nada* de Carmen Laforet, *La Colmena* de Cela, algunas creaciones de A. M. Matute, Delibes, Dolores Medio, Elena Quiroga, etc., pero con ser utilizable esa novelística es insuficiente, como hemos visto con unos ejemplos, porque en el fondo no remueve nada:

Para la nueva novelística, la obra debe reflejar el espíritu de nuestra época en el marco de las condiciones concretas de nuestro país, en general, y de los aspectos de la vida que le sirve de materia, en particular, pero sin caer en esquematismos que salen de los cauces de la buena literatura ni con-

fundir lo accidental con lo esencial, lo superficial con lo significativo. La novela nueva tiende a mostrar la esencia de su época, su espíritu, su carácter múltiple y cambiante a la luz de un arte que ayude al hombre a vencer —y no soportar— la adversidad, lo cual implica recoger aunque sólo sea un rasgo de la nueva conciencia, un conflicto entre lo viejo y lo nuevo, que es la única manera de dar una imagen verídica de sus contemporáneos y hacer obra perdurable.

Una literatura con estas características exige del escritor un desvelo constante por ver y comprender para poder contar y vencer, y lleva consigo la necesidad de tomar partido por lo nuevo, es decir comprometerse con lo que pugna por romper los viejos moldes que comprimen a la sociedad española, impidiéndole avanzar. Para nuestros novelistas el realismo implica el compromiso. Por eso, algunos de ellos se resisten a calificar la novela nueva de comprometida. Si es nueva ha de ser comprometida; ha de alimentarse de la realidad actual y alimentar a su vez a la realidad para superarla. Es, según ellos, su razón de ser y en ello se distingue de la literatura que tiende a perpetuar el presente con llamadas a un pasado mítico o con saltos en el vacío. En ello se diferencia, asimismo, de la novela testimonio, tal como suele interpretarse este término.

La voz comprometido suele producir sobresalto en las almas "bien pensantes"; en cambio, si la expresión es nueva, lo que encierra es tan viejo como la tradición realista de la literatura española y consubstancial a ella. Comprometidos, en su tiempo, fueron los autores que abrieron la perspectiva en la cual se ha desarrollado nuestra tradición y la figura cimera de la misma: Cervantes. Autor comprometido es López de Vega en *Fuenteovejuna*, por ejemplo, y Calderón de la Barca en *El Alcalde de Zalamea*. Por eso no se representa esa obra hoy en España. Comprometidos han sido en el primer tercio de nuestro siglo Antonio Machado, el dramaturgo García Lorca y el humanísimo Miguel Hernández. Por eso yace en el silencio una parte importante de su respectiva creación literaria y tuvieron, en parte, el fin que ya sabemos. Todos ellos buscaron con su obra contribuir al desarrollo de la sociedad de su tiempo y figuran como los más destacados innovadores de nuestra literatura. Nuestros escritores comprometidos, obedeciendo a la misma ambición, pero en nuestra época, laboran —cada cual en la medida de sus posibilidades— como sus predecesores en la dirección de la historia y aparecen ya como los innovadores de la literatura de nuestros días. Por eso, su obra, como la de quienes los han precedido, no consigue manifestarse en toda su amplitud y alcance.

III

La novela nueva se inserta en la tradición realista de la literatura española. En sus comienzos padece el influjo de las corrientes extranjeras y en primer término de la novela americana. No es difícil observar trazos de Faulkner, Truman Capote, Carson Mac Cullers o de Vittorini, Kafka, Gide o Sartre. Es el período en que la censura prohíbe la publicación de las obras de más valía, españolas o extranjeras, mientras autoriza la aparición de los libros más inofensivos de los escritores citados, los cuales —repudiada la literatura oficial por el público español— se convierten en "proveedores intelectuales y literarios del lector español". En ese sentido puede hablarse, en términos rigurosos, de una colonización cultural francesa, inglesa, americana y alemana sobre el público medio español en lo que al campo de la novela se refiere. (J. Goytisolo: *Para una literatura nacional y popular*). La novela nueva, representada por escritores noveles, no escapa a los efectos perniciosos de esa colonización extranjera. Pero nuestros novelistas comprenden pronto la incompatibilidad existente entre el sometimiento estricto a técnicas forasteras y la realización de una obra que responda a las exigencias nacionales y poco a poco —con el retorno a nuestra tradición literaria— se van desprendiendo de influencias extrañas.

Esta evolución la señala Jesús Fernández Santos, al hablar de su propia creación, como sigue: "Sobre las influencias en mi

obra, no es ésta tan extensa como para poder juzgar ya, con seguridad, cuáles sean. Sin embargo, lo lógico es que uno se deje llevar por los procedimientos narrativos de los autores que admiraba o más le impresionaron en el tiempo anterior a aquél en que escribió su libro". Y añade: "Cuando yo empecé a escribir admiraba a los americanos. Ahora me aburren con igual intensidad". (*Insula*, No. 148). El rechazo de la literatura americana es general entre los novelistas adscriptos al realismo. Y a medida que se desarrolla su conciencia social y vislumbran con mayor claridad lo que se proponen y pueden hacer buscan en las mismas fuentes de nuestra literatura a los autores que en su tiempo concebían la obra como un medio de expresar la realidad en que vivían y su disconformidad con la sociedad correspondiente. Por eso propone Juan Goytisolo la vuelta a los clásicos con un espíritu nuevo para forjar una literatura nacional y popular, a la altura de nuestra época, entendiéndolo por "clásicos" "no el conjunto de libros que en la escuela nos han enseñado a respetar y a admirar, sino los que, respondiendo a nuestro interrogantes y preguntas, nos ayudan a vivir y nos sirven de estímulo y ejemplo". "Imitar a los clásicos, no porque sean clásicos sino porque se mantienen vivos". (J. Goytisolo: *Problemas de la novela*). No es que nuestros novelistas pretendan sacar de los monumentos vivos del pasado las técnicas que requiere nuestro tiempo, pero tampoco pueden en modo alguno prescindir de las experiencias aleccionadoras del pasado, de las tradiciones nacionales. La novela nueva se enlaza con lo más representativo del pasado y así asegura la continuidad de la creación nacional de más pura estirpe.

Clásica es también —para la novela nueva— una parte de la obra de Pérez Galdós y Pío Baroja. De ahí que reivindicuen sus nombres. Y no es que la técnica novelística de Galdós o de Baroja supongan una revelación para la nueva promoción de escritores, ni que ésta coincida con ellos en la manera de situarse ante la vida. Pero en la obra de Galdós y de Baroja se recogen aspectos verídicos de la sociedad de su tiempo que constituyen una denuncia de la misma, cosa inhabitual en la novelística de entonces. De Baroja —que es el más apreciado de los dos— se retiene su disconformidad con la convención en su vida y en su muerte, pero se rechaza su pesimismo, su falta de confianza en la acción de los hombres, en sus combates por otras condiciones de existencia, que es lo que le ha llevado a centrar su obra en lo inesencial: "Este carácter efímero de mi obra —escribe Baroja— no me disgusta. Somos los hombres del día, gentes enamoradas del momento que pasa, de lo fugaz, de lo transitorio, y la perdurabilidad o no de nuestra obra nos preocupa poco, tan poco que casi no nos preocupa nada". (Pío Baroja: *La dama errante*, prólogo). A nuestros novelistas, por el contrario, sabemos que lo que les preocupa ante todo es lo esencial, es decir los acontecimientos y sus causas, porque confían en la capacidad transformadora del hombre.

En la expansión de la novela realista han contribuido diversos factores. El primordial —condición de los demás— es la exteriorización del descontento que suscita en nuestro país la amarga realidad nacional. El análisis de la evolución de la novela resultaría parcial si no se tuviese en cuenta la sucesión de movimientos sociales que, iniciados en 1951, culminan, por el momento, en la huelga nacional pacífica de 1958. Esos movimientos han puesto de relieve el abismo que separa al pueblo de los gobernantes y al debilitar sensiblemente la autoridad del Estado han propiciado las condiciones que han permitido la aparición de la nueva literatura.

Expresión de esa realidad y anuncio de la subsiguiente efervescencia social son *Nada*, de Carmen Laforet y *La Colmena*, de Cela. Con esta novela, Cela introduce el problema social en la narrativa de la posguerra con un criterio crítico-burgués. No obstante "su audacia debía sentar escuela y, a partir de *La Colmena*, son muchos los novelistas que, con mayor o menor fortuna, se enfrentan a la problemática de lo real, de lo cotidiano." (J. Goytisolo, *La nueva literatura española*.)

La creación de algunos premios literarios favorecen asimismo el desarrollo de la

literatura nueva. Es verdad que algunos de ellos como el de Juan March, fundado por los herederos del "Último pirata del Mediterráneo" y otros de parecidos jaez, oficiales o no, así como ciertos jurados de premios que se pretenden independientes, son más bien un estorbo para el impulso de la novela realista, pero no faltan jurados íntegros que logran fallar con ecuanimidad, desprendiéndose de las presiones legales que se ejercen sobre ellos desde dentro y fuera, ni premios como el Biblioteca Breve en cuya base se lee: "El tema será libre, pero el jurado tomará primordialmente en consideración aquellas obras que por su contenido, técnica y estilo respondan mejor a las exigencias de la literatura de nuestro tiempo". Tales jurados y tales premios son un incentivo para la literatura innovadora.

También los coloquios de novela iniciados en Formentor en 1959 son, y lo serán mucho más, un factor positivo para el porvenir de la novela. En el primero, que reunió a escritores españoles, franceses, italianos, etc., se puso a discusión el siguiente tema: "¿Cree usted que el papel de novelista es de ser testigo de su tiempo; de ayudar a la transformación de la sociedad o de crear un mundo novelístico independiente?" Del segundo coloquio (mayo, 1960) ha nacido el "Premio Nacional de Editores" y el "Premio Formentor". Los coloquios de Formentor y los premios allí creados no cabe la menor duda que han de influir muy favorablemente en el futuro de la novela de nuestro tiempo.

Con los factores que estimulan el desenvolvimiento de la novela coexisten otros que lo entorpecen. Entre ellos figura en primer término la censura. Hasta 1955 todo libro que tiende a recoger aspectos de la vida española actual con espíritu crítico para indefectiblemente a alargar la acusadora lista de los libros prohibidos. Mientras tanto se fomenta con premios una "importante corriente inhibidora creada por falsos escritores diseminados por toda España, los cuales unen a su irresponsabilidad intelectual —son gente que atacan sistemáticamente lo que ignoran— su impotencia para vivir en nuestro tiempo". Todo lo que no sigue esa tendencia para-oficial está irremisiblemente condenado al silencio. "Poco importa el grado de inteligencia o la aportación real de cada uno de sus autores al patrimonio de la patria o de la humanidad, lo que cuenta es que pertenezcan al sector de los buenos o de los malos". (J. M. Castellet, obra citada).

Las perniciosas consecuencias del furor cerril de la censura en el ámbito de la cultura acaban de ser denunciadas en la enérgica protesta dirigida a los Ministros de Educación Nacional y de Información y Turismo, encabezada por 250 personalidades procedentes de los más diversos dominios de la cultura y de la política: académicos, catedráticos de Universidad, novelistas, poetas, dramaturgos, científicos, filósofos, ensayistas, cineastas, etc. Los firmantes ponen de relieve "la zozobra, próxima a la exasperación, a que se ve sometida nuestra labor por un sistema de intolerancia, confusión e indeterminación". "Esta situación —añade— pone al escritor y al hombre de ciencia español en el trance, parecido al exilio, de trabajar con destino a editoriales, compañías y centros de estudios extranjeros —fuga cultural que el país no está en condiciones de padecer o asumir". En consecuencia, piden a los Ministros de quienes depende se ponga término a la censura.

Resultado de esta situación, en el dominio de la narrativa, es que novelas como *La Colmena*, *La Resaca*, *El haz y el envés* y otras hayan sido constreñidas a ver la luz en el extranjero y que manuscritos de excelente factura esperen, a buen recaudo, el momento de su impresión.

Vinculada a la historia, el futuro de la novela nueva depende de la evolución histórica. Mas nuestros escritores no se limitan a esperar, con su obra buscan acelerar el ritmo de los acontecimientos penetrando cada vez con una conciencia más clara y mayor sentido de responsabilidad en los problemas de la hora, esforzándose por hallar y mostrar la verdad. El que la novela realista amplíe de día en día su público y consiga que la crítica le preste creciente interés es prueba de que va realizando progresivamente sus fines. Contribuyendo al porvenir de nuestro pueblo, crea su propio porvenir.

ESPAÑA

sigue en PIE

YA va a hacer cinco lustros que el nombre de España es evocado como símbolo de un pueblo que cerró filas frente al fascismo y sólo fue vencido por un complot internacional, como recuerdo emocionado de generaciones que participaron, directa o indirectamente, en aquella contienda, como ejemplo de un fascismo que ha sobrevivido a los de Hitler y Mussolini, como testimonio de un pueblo sometido al terror material y espiritual pero aborreciendo unánimemente la dictadura que le ha sido impuesta. Entre los hombres libres y las masas progresistas de América Latina decir España no sugiere ya las siniestras figuras de un Weyler o de un Morillo (cuya tradición es perpetuada por el Estado español de nuestros días) sino un pueblo que se bate en las avanzadillas de la libertad.

Sin embargo, el "caso España" es una incógnita para muchos hombres de nuestro tiempo que si bien se estremecen al conocer la noticia de nuevas condenas dictadas por los tribunales militares contra los hombres de la oposición, al leer las siniestras mascaradas del Valle de los Caídos o el desparpajo con que ciertos diplomáticos franquistas reivindican su participación en la "División Azul", no han tenido ocasión de analizar qué fuerzas en presencia se debaten en la Península Ibérica y cuáles son las perspectivas que se ofrecen al porvenir de España.

La dictadura que desde hace veintidós años ejerce el Caudillo apoyado en un Estado de construcción fascista corporativa, en un ejército de casta, en una jerarquía eclesiástica más atenta a los bienes del César que a los de Dios, no es, ni más ni menos, que la dictadura de un puñado de familias todopoderosas que, habiendo dominado siempre las riquezas del país, han acrecentado su prepotencia y sus métodos de explotación al socaire de las ventajas ofrecidas por el régimen salido de la guerra civil.

Algunos ejemplos bastan para comprobar que lo antedicho no son frases panfletarias, sino reflexiones que se desprenden del examen objetivo de los hechos. Desde 1935 (último año de estadísticas completas anterior a la guerra) hasta 1958 los beneficios globales de los seis grandes bancos (1) han pasado de 56 millones de pesetas a 1.936 millones, esto es, un aumento del 3.450% o dicho de otro modo, los beneficios se multiplicaron por 34,45. En el mismo espacio de 23 años los precios aumentaron algo más de 1.000% y los salarios entre 370 y 500%. Se observa pues, que los beneficios del capital oligopolista han sido infinitamente superiores a la devaluación monetaria y al ingreso de los trabajadores de todas las categorías. Estos bancos controlan hoy en España más del 80% de los capitales invertidos en sociedades anónimas, aparte del Instituto Nacional de Industria, creado por el régimen no sólo para colocar en él a generales y amigos, sino para montar empresas poco rentables para el capital monopolista y para ofrecer a éste participación en aquellas más gananciosas.

Los grandes terratenientes (los Alba, Medinaceli, Fernán Núñez, etc) siguen detentando el poder de las tierras, mientras que más de la mitad de la población agraria (en total 14,5 millones de personas) no posee un solo pedazo de tierra. Los métodos de cultivo atrasados propios de los terratenientes han frenado la producción agraria que, considerada por habitante (es decir, teniendo en cuenta el aumento de población) es inferior a la del período 1931-1936. Los planes espectaculares, como el de Badajoz, no han supuesto más que ligeros cambios de carácter superficial y el cacareado regadío de tierras apenas ha aumentado, pese a que se aprovecharon los trabajos iniciados por la República. Hace aún poco, el ministro Sr. Vigón decía que había en España una extensión de 1.705.000 hectáreas de regadío (que puede haber aumentado en doscientos o trescientos mil desde entonces). Pues bien, hace cincuenta y ocho años, cuando el famoso Plan Gasset, hecho bajo la influencia de Joaquín Costa, había ya 1.230.000 hectáreas de regadío.

Esta primavera, el economista oficial Sr. Robert, hablaba de la necesidad de crear 1.250.000 nuevos puestos de trabajo a causa, más aún que de la presión demográfica, del creciente desempleo de la mano de obra agraria.

Es verdad que la renta nacional ha aumentado en 86% desde 1951. Pero esa renta ha sido redistribuida en exclusivo beneficio del grupo monopolista y de los terratenientes. Un estudio poco sospechoso por su origen, procedente del Banco de Bilbao, demostró en 1956 que la mitad de la población activa sólo percibía 28% de la renta nacional. Y la desigualdad del reparto de renta no ha hecho sino agravarse desde entonces. Otro organismo nada "rojo", el constituido por los cardenales y arzobispos, se ha visto obligado en dos ocasiones (la última en febrero de 1960) a denunciar la injusta distribución de la renta nacional.

La vertiginosa inflación de 1951-1957, en provecho del capital monopolista, creó una situación tan grave que el Caudillo tuvo que llamar a hombres del "Opus Dei", como los Sres. Ullastres y Navarro Rubio, para dar un frenazo e iniciar una política económica de "austeridad". En 1959, se fue a la devaluación de la peseta y a una cierta "liberalización" del Comercio exterior, para recibir la ayuda económica de la OEEC, del Fondo Monetario Internacional y de varios bancos norteamericanos, al mismo tiempo que se restringía brutalmente el crédito a las pequeñas y medianas empresas. Estas medidas, llamadas pretenciosamente "plan de estabilización", han sumido a la economía española en una profunda recesión, beneficiando solamente al Teso-

POR M. TUÑÓN DE LARA

Combatiente en la Guerra Civil, condenado a muerte y después prisionero en las cárceles de España. Tuñón de Lara vive hoy en su refugio de Francia, donde trabaja por la liberación de su patria. Tuñón es traductor de la ya famosa "Historia de España", de Pierre Vilar.

ro oficial que ha podido así reponer su exhausto fondo de divisas y atajar la inflación. Por el contrario, la producción de bienes de consumo, la edificación, la industria del cemento, la industria textil, etc., han sufrido un rudísimo golpe que las coloca al borde de la quiebra. El número de obreros en paro total pasa de 200.000 (sin contar los obreros agrícolas), pero lo más grave es el paro parcial. Más de 500.000 obreros han sido afectados por la reducción del horario de trabajo (la mitad de las industrias textiles sólo trabajan media semana), por la supresión de primas y horas extra y por el paro encubierto que se manifiesta sobre todo entre los albañiles (que son 800.000 en España). En los medios sindicales falangistas no se oculta que la "estabilización" ha supuesto un descenso de los salarios reales entre el 28% y el 35%. La Cámara de Comercio de Barcelona se quejaba recientemente de la disminución de ventas en razón de "la baja de la demanda por parte de los consumidores, a causa del plan de estabilización".

Los capitalistas buscan inversiones extranjeras para salir del atasco, aumentando así la dependencia ya tradicional de España con respecto a los trusts extranjeros. Entre las inversiones extranjeras de este año van en cabeza las de Estados Unidos pero, en general, la situación de España no estimula mucho a los inversionistas que saben demasiado bien que la dictadura no es eterna.

En resumen, lo característico de este régimen en cuyos "slogans" demagógicos figuraba el de "ni un hogar sin lumbre, ni un español sin pan", es que los hombres de España están infralimentados (14 kilos de carne al año... y eso de promedio!), muchos de ellos viven en cuevas y casuchas, ningún trabajador puede pagarse vacaciones ni mucho menos estudios a sus hijos. En unas cifras se resume todo: según los datos de las Cámaras de la Industria y el Comercio el costo de vida se ha elevado en 1.000% desde 1936, mientras que, como todo el mundo sabe, los salarios han subido entre 400% y 600%. ¡Y seguimos dando datos y cifras de fuente oficial!

Naturalmente, para imponer semejante estado de cosas, el régimen ha usado y usa el terror y la represión que ya se han hecho tristemente famosos en todo el mundo. Este último año, las condenas por "rebelión militar" de los católicos Julio Cerón y Jorge Pujol, de los comunistas Cuervo, Palazuelos y tantos otros, de numerosos nacionalistas vascos, el mantenimiento en prisión sin juzgarlo del socialista Amat Maiz, la detención de centenares de campesinos andaluces, de numerosos repatriados de la URSS, etc., que encuentran en los presidios a hombres y mujeres allí encerrados desde hace doce, catorce y a veces veinte años, ha puesto una vez más de manifiesto la ausencia total de derechos y de garantías jurídicas que existe bajo la dictadura franquista.

Para mejor aherrajar las conciencias, la represión de carácter físico ha ido acompañada de una gigantesca empresa de ocultación y deformación de la verdad, de embrutecimiento, de diversión... La censura ha cercenado toda manifestación del pensamiento; los directores de la prensa diaria son impuestos por el gobierno y dicha prensa está obligada a publicar artículos "orientados" por la Dirección general de Prensa. El actual jefe de ésta, Sr. Muñoz Alonso declaraba hace unos meses en Zaragoza que "la prensa y la información deben considerarse como instrumentos de defensa nacional", con lo cual no hacía sino desarrollar la "teoría de la información" del ministro Sr. Arias Salgado, según la cual la función de informar, por pertenecer al bien público, no puede dejarse en otras manos que las del Estado respaldado por la Iglesia. El anteproyecto de "ley de información" que existe en las llamadas Cortes (y que no se atreven a promulgar desde hace un año) partiendo de dicho principio, añade en su base cuarta: "A la institución social de la información corresponde, en relación con la opinión pública, no sólo oír y recogerla, siempre que obedezca a los imperativos de justicia y rectitud, sino muy particularmente ilustrarla, orientarla, encauzarla y difundirla". Este anteproyecto castiga con penas severas todo "ataque a la unidad patria, a los principios del Movimiento, al dogma católico, a la Autoridad y personas que la encarnan, a las fuerzas armadas, etc., etc."

Hay más, sin embargo... El régimen ha estimulado el fútbol como espectáculo, no ha dejado otras películas que las que tratan de beatas o las norteamericanas desmoralizadoras que ocupan el 80% de los programas; ha impuesto unas formas externas de vida religiosa que duelen incluso a muchos católicos sinceros... Si alguien levanta la voz contra semejante estado de cosas, será inmediatamente tratado de "agente del extranjero".

Durante los primeros años del franquismo existía una maouinaria política a la que se había creído capaz de servir de so-

(1) Banco Central, Banco Español de Crédito, Banco Hispano-Americano, Banco de Bilbao, Banco de Vizcaya y Banco Urquijo.

porte a la dictadura: era la Falange. Todo el mundo sabe lo que ha pasado. La Falange se ha desintegrado y hasta ha perdido el nombre; ahora sólo se le llama "el Movimiento". ¿Por qué? Por diversas razones: primera, el hundimiento de los regímenes nazi y mussoliniano que habían servido de modelo al falangismo; segunda, el fracaso de las consignas demagógicas lanzadas por los dirigentes falangistas; tercero la reacción honesta de muchos que creyeron en la propaganda de Falange y, al comprender que habían sido engañados, bien abandonaron la partida o bien pasaron a las filas del antifranquismo como Ridruejo, Lain y otros universitarios no por menos conocidos menos valientes. Aún hace unas semanas, resonaba bajo la bóveda del Valle de los Caídos el grito de un joven falangista llamando traidor a Franco, por lo que ha sido condenado a diez años de prisión.

El régimen que apenas puede servirse de falangistas (puesto que el equipo de Solís y Sanz Orrio está completamente desacreditado incluso ante los que fueron sus compañeros de Falange), y que ha desgastado también a los dirigentes católicos de derecha como Artajo y Ruiz-Giménez, tiene que echarse en manos de los miembros del "Opus Dei", organización secreta (aunque otra cosa digan sus representantes oficiales) que intentan monopolizar los puestos clave del Estado, en general, y de la Administración, la Educación y las Finanzas en particular. El "Opus Dei" cuenta hoy con ministros como Ullastres y Vigón que le obedecen ciegamente, con ministros "simpatizantes" como Navarro Rubio, Arias Salgado y Rubio y, muy especialmente la eminencia gris del régimen, el ministro suplente de Franco en la presidencia del Consejo, Sr. Carrera Blanco. Cuenta también con el Sr. López Rodó, secretario general técnico de la presidencia, que tiene en sus manos todos los engranajes de la administración. No se da una cátedra sin el visto bueno del "Opus", que tiene también su universidad de Pamplona, ya respaldada con carácter internacional por el Vaticano, que tiene sus revistas ("Tiempos Nuevos", "Punta Europa", "Actualidad Española", etc.) y controla mayoritariamente casi todos los diarios madrileños de la noche ("Informaciones", "Madrid" y "El Alcázar"), "El Correo Catalán" y numerosos diarios de provincias. El "Opus" tiene sus hombres en los consejos de administración del Banco Español de Crédito y del Banco de Bilbao (el Sr. García Mancó, recientemente nombrado); controlan completamente el Banco Popular, el Banco de Andalucía, el Banco de Salamanca, además del Banco de Andorra que escapa a la jurisdicción española y que estuvo implicado en el negocio de evasión de divisas de hace dos años.

El "Opus Dei", fiel servidor de los intereses de las clases parasitarias, prepara su "trabajo" para suceder a Franco, a la muerte de éste, por una monarquía de los Borbones, controlada por él: en el Consejo de la Corona de don Juan de Borbón figuran ya los "opusdeístas" Pérez Embib y Gonzalo F. de la Mora, y el príncipe Juan Carlos tiene un asesor religioso del "Opus Dei".

Naturalmente, no todo es armonía entre las diferentes camarillas que comparten el poder. El grupo Solís se opone al "Opus" y pretende ganarle por la mano relacionándose con medios influyentes de Alemania occidental; los llamados demócratas-cristianos de derecha (obispo Herrera, Artajo, etc.) aspiran a ser ellos quienes conduzcan a España por la vía vaticanista; hay grupos bancarios, como el del Banco Central, que se oponen al INI, mientras que otros (como Urquijo e Hispano-Americano) cooperan con ese órgano del capitalismo de Estado. Y ya son numerosos los monárquicos (Pemán, Joaquín Calvo Sotelo y otros) que no están conformes con los rigores dictatoriales ni con la perpetuación del clima de guerra civil.

Ahora bien, mucho más importante que esto, es la inmensa transformación que se opera, pese a todo, en la opinión pública española.

Veintiún años después de terminada la guerra civil, el hombre de la calle no puede compartir el clima de odio creado y alimentado desde las esferas del poder. Los hombres y mujeres menores de cuarenta años (es decir, la mayoría de la población española) no han hecho la guerra civil ni pueden admitir que subsistan las barreras de separación creadas por ésta. Por el contrario, los problemas que hoy tiene planteados España son de otro orden, aunque tengan sin duda por origen la distorsión de la historia nacional creada por el resultado de la guerra. Hoy, cuando se trata de saber si los españoles podrán disfrutar de libertades democráticas o elevar su nivel de vida, si hay que seguir una política de neutralidad y desembarazarse de la política anti-nacional impuesta por el Pentágono, si hay que suprimir la censura y si, en definitiva, seremos los españoles mismos quienes podamos decidir del destino de nuestra patria, nadie se pregunta de qué lado estuvo cada cual en el Ebro o en la batalla de Brunete; y mucho menos de qué lado estuvo su padre.

Hay, además, otra razón, para este cambio operado en las conciencias: el proceso económico del régimen, al que antes hemos aludido, ha mostrado que, a fin de cuentas, los únicos beneficiarios son unos puñados de banqueros, de terratenientes, de generales y algunos nuevos ricos del régimen. Si el nivel de vida de los trabajadores ha descendido, los pequeños comerciantes o los empresarios de industrias de consumo de tipo familiar, una vez pasados los años del estraperlo durante la segunda guerra mundial, no han hecho sino perder posiciones en beneficio de los "gordos": son estos "gordos" quienes obtienen desgravaciones de impuestos, licencias de importación, créditos fáciles, posibilidades de comerciar con el extranjero integrándose en las operaciones cosmopolitas de los trusts. Para los demás, la disminución del poder de compra de la mayoría de los españoles es un problema que no tiene solución sino con un cambio de régimen.

Mucho más podría decirse del estado de espíritu de funcionarios, de abogados, médicos, etc, que durante cierto tiempo contemporizaron con el régimen aunque sin comulgar plenamente con sus principios.

El resultado de estas transformaciones en la conciencia colectiva de los españoles se traduce por una repulsa casi unánime al régimen. Ahora bien, las situaciones políticas no pueden analizarse con el espíritu del Dr. Pangloss, quiero decir, que se precisa señalar los obstáculos. Si este cambio se ha expresado ya por los movimientos universitarios que se han producido desde 1956, por la aparición de una nueva generación de escritores, etc., hay todavía muchas gentes que, sin dejar de condenar al régimen, permanecen como si fuesen espectadores de un espectáculo que no les concierne directamente. ¿Por qué? Muchos de ellos porque son víctimas de la propaganda franquista consistente en decir que si el régimen cayese sería sustituido por una fantástica dominación comunista o anárquica. Otros, sin creer esta patraña, no han asimilado la necesidad de una intensa acción popular para cambiar la situación, y son muchos también los que no pasan a dicha acción por la desorientación que les produce la falta de unidad de las fuerzas antifranquistas y democráticas, alimentada principalmente por quienes anteponen sus preocupaciones de "guerra fría" a los intereses nacionales y populares. Un ejemplo de esto fue la actitud de la dirección exilada del partido socialista, en contra al criterio de la mayoría de sus afiliados dentro del país, para romper la huelga de junio de 1959.

No obstante, los hechos demuestran que esa toma de conciencia, poco a poco, a través de dificultades y de zig-zags, va traduciéndose en formas de acción. Durante el año 1960, el gobierno se ha visto obligado a destituir al gobernador de Barcelona, coronel Acedo, y al director de "La Vanguardia", Sr. Galinsoga, ante la protesta unánime y masiva del pueblo de Barcelona. La visita del Caudillo a Cataluña se saldó por un fracaso, y por la incorporación a la lucha de nuevos sectores del catolicismo democrático. Estos mismos sectores han lanzado el manifiesto de las Hermandades Obreras de Acción Católica el día 10 de mayo y participan en la vastísima campaña de todo el pueblo vasco para sostener a sus 339 sacerdotes que han denunciado valientemente, en carta colectiva a los obispos, el régimen de terror y de opresión política y nacional impuesto por el franquismo. Hoy en día más de 20.000 católicos de Vizcaya y Guipúzcoa han firmado un nuevo documento exigiendo la publicación de la carta de "los 339" y que la jerarquía responda lealmente y no de manera autoritaria al servicio del gobierno. Es preciso mencionar también la declaración contra la censura firmada recientemente por 242 intelectuales, entre los que se encuentran los mejores valores de la cultura española.

Este año 1960 ha conocido también un aumento de la participación campesina en la actividad contra el régimen, lo que ha dado lugar a la vasta represión policiaca del mes de julio en las provincias de Sevilla y Córdoba.

La actitud gubernamental indica que en las esferas del Estado existe cada día más preocupación ante el auge del movimiento de oposición: el decreto del 21 de septiembre que refunde la legislación represiva y considera "delito de rebelión militar" todo acto de oposición política al régimen es una prueba más de la inquietud existente en los medios oficiales, así como la burda carta apócrifa atribuida a "Pasionaria", documento bufo que nadie se ha creído en el mundo, pese al apoyo que "Osservatore Romano" ha prestado, en dicha operación, a la policía franquista.

El sentimiento de que es preciso detener el brazo de la represión y sacar de cárceles y presidios a quienes llevan allí diez, quince y hasta veinte años, es una de las notas dominantes de la conciencia española de hoy. Las familias de los presos, los más prestigiosos intelectuales encabezados por el presidente de la Academia, D. Ramón Menéndez Pidal, numerosos sacerdotes y buen número de españoles han dirigido peticiones (respaldadas por más de quince mil firmas) al presidente de las Cortes y al Jefe del Estado solicitando la amnistía de los presos. En estos momentos, va a celebrarse en Montevideo la segunda conferencia latinoamericana con el mismo fin, y en Europa occidental, acaba de lanzarse la convocatoria de análoga conferencia para salvar a los presos de las cárceles de España, por cientos de personalidades entre las que destacan el Sr. Vincent Auriol, ex presidente de la República Francesa, Francois Mauriac, Jean Paul Sartre, J. Marie Domenach, Daniel Mayer, Alberto Moravia, Vittorini, Jean Cocteau, etc.

La protesta nacional e internacional consiguió este año arrancar de la prisión al escritor Luis Goytisolo y al pintor Balaguer. Pero otros muchos (entre ellos el escultor Palazuelos y el ingeniero Cuervo) han sido recientemente condenados. No es difícil profetizar que los nuevos esfuerzos por liberar a los presos canalizarán en gran parte y serán capaces de unir los esfuerzos de los españoles por la libertad.

El pueblo entero de España ha seguido y sigue con extraordinaria simpatía la lucha libertadora del pueblo cubano, simbolizada en la figura del Dr. Fidel Castro. Las palabras de éste en la ONU, denunciando el régimen franquista, han sido acogidas con emoción por los españoles, que las han conocido a despecho de todas las medidas de la censura. Hoy desde España se mira hacia Cuba, como se mira a un hermano que ha sabido ya liberarse y marcha por la ruta del porvenir. Es posible que las condiciones de ambos países no sean idénticas y que, por consiguiente, difieran algunas modalidades de esa lucha. Pero su esencia es la misma, como también son los mismos los ideales de libertad, justicia y progreso que animan a nuestros dos pueblos.

Los españoles, desde los altos hornos de Vizcaya, desde los olivares andaluces, desde las fábricas de Barcelona, los trigales de Castilla y las universidades, y también desde el fondo de las prisiones, miran de cara al porvenir. Y dicen, como nuestro poeta, Blas de Otero,

"Mi nombre está en la mito,
y mi corazón,
en el boquete mayor de la esperanza".

(París, Diciembre de 1960).



FOI

APR 1972

CARLOS BARRAL

Nació en Barcelona en 1928. Estudios universitarios en esta ciudad. Su primer libro, "Metropolitano" apareció en 1958. Reside en Barcelona.

LE ASOCIO MIS PREOCUPACIONES

P

referiría ahora imaginar
que te soñaba como un robot
metálico o como un antiguo caminante,
hecho de humanidades o de audacia.
Pero a la primera juventud es propia
una ternura sin reservas,
y luego..., la tradición más inmediata...

Te invocaba según un largo rito,
torturándome hacia los pormenores de tu
imagen.

Tocabas los objetos, te buscaba
revolviendo memoria.
Después, con los brazos en cruz sobre la
cama,
pasaba tiempo y tiempo.

Conocía
que estabas por un dulce cansancio
y entonces me tendía sin mirarte,
sabiéndote allí cerca,
y te contaba mis deseos:

—Haz que el año que viene... Que otro día...
Haz que la chica que encontré el domingo
(o si prefieres aunque sea otra)...
Haz que yo pueda ser... Y, sobre todo...

Tu presencia asentía a cada cosa,
tu blanco estar allí, tu inabordable
reino, transfigurando el sueño en lejanías:
el suave chasquido con que hiende
el tajamar las ondas
o unas ramas de abeto iluminadas,
flotando como un astro en el azul inmóvil...
Cada cita nocturna, cada encuentro
rescatada una parte del vivir diario:
los muros del colegio, los siniestros pasillos
o las voces
de la mesa familiar cuando se hablaba de
dinero
y además los pecados
la vergonzosa marca del sexo
y el duermevela de las imaginaciones.

En las horas vacías, por el día,
a veces te ofrecías como un premio
fugaz, pasabas un instante
rozándome, en medio del silencio cargado
del estudio,
como un soplo de aire que se dibuja sobre
el agua

quieta,
o en las veladas tristes, en familia,
junto a la radio tonante,
o cuando la humillación me acaloraba.

Mas luego nuestro amor, según el tiempo
pasaba por la boca de los que te adulan,
se fue haciendo difícil, nuestras noches
de vez en vez más raras.
Comenzó a incomodarme
la sociedad de tus amigos, la dudosa
verdad de tus quehaceres...

Lo sé. No fue tan simple.
Sé que un día
mutilé la costumbre, sentí un poco
de rubor (la redujimos
a lo más perentorio)...

¡Qué rápidas visitas en los últimos meses!
Y aprendía
a ver el mundo sin ti,
a llenar tu vacío con las cosas.

No recuerdo
exactamente cómo terminó.

Más tarde
me parecía un sueño nuestra historia.

CARLOS BARRAL
(Provença, 219, Barceloné, 8)

JAIME GIL DE BIEDMA

Nació en Barcelona en 1929, de familia castellana. Se licenció en Derecho en la Universidad de Salamanca. Frecuentes y largos viajes: Francia, Inglaterra, Filipinas, Hongkong, Italia... Ha publicado en muchas revistas, pero su primer libro apareció en 1953: Según sentencia del tiempo.

EL ARQUITRABE

U

no vive entre gentes solemnes.
Hay quien habla
del arquitrabe y sus problemas
lo mismo que si fuera un primo suyo
—cercano, claro está.

Pues bien, parece ser que el arquitrabe
está en peligro grave. No se sabe
muy bien por qué es así, pero lo dicen.
Hay quien viene diciéndolo desde hace veinte
años.

Hay quien habla, también, del enemigo:
inaprensibles seres
están en todas partes, se insinúan
igual que el polvo en las habitaciones.

En fin, hay quien levanta andamios
para que no se caiga: gente seria.
(Curioso, en inglés, *scaffold* significa
a la vez andamio y cadalso).

Uno sale a la calle
y besa a una muchacha o compra un libro,
se pasea, feliz. Y le fulminan:
"¿Cómo se atreve usted?"

¡El arquitrabe...!
(Compañeros de Viaje.—1959)

IMAS

CANCION PARA ESE DIA

E

e aquí que viene el tiempo de
saltar palomas
en mitad de las plazas con estatua.
Van a dar nuestra hora. De un momento
a otro, sonarán campanas.

Mirad los tiernos nudos de los árboles
exhalarse visibles en la luz
recién inaugurada. Cintas leves
de nube en nube cuelgan. Y guirnaldas

sobre el pecho del cielo; palpitándose,
son como el aire de la voz. Palabras
van a decirse ya. Oíd. Se escucha
rumor de pasos y batir de alas.
(De Compañeros de Viaje.—1959)



JOSE MANUEL CABALLERO

Nació en Jerez, en 1926, de padre cubano y madre francesa. Estudió Filosofía y Letras y Astronomía en Sevilla y Cádiz. Obtuvo en 1951 el premio "Platero" de poesía. Reside en Madrid.

BLANCO DE ESPAÑA



Escribo la palabra libertad,
la extiendo
sobre la piel dormida de mi patria
Cuántas salpicaduras, ateridas
entre sus letras indefensas, mojan
de fe mis manos, las consagran
de olvido.

¿Quién se sacrificó
por quién?

Tarde llegué a las puertas
que me abrieron, tarde llegué
desde el refugio maternal
hasta el lugar del crimen,
con la paz aprendida
de memoria y una palabra pura
yerta sobre el papel atribulado.

Blanco de España, ensombrecido
de púrpura, madre y madera
de odio, olvídate
del número mortal, bruñe y colora
los hierros sanguinarios
con las ciegas tinturas del amor,
para que nadie pueda recordar
las divididas grietas de tu cuerpo,
para escribir tu nombre sobre el mío,
para encender con mi esperanza
la piel naciente de tu libertad.
(De *Las horas muertas*.—1959)

LA PREGUNTA



La pregunta, a veces, casi
cegada
nace, sitúa
mi pensamiento al borde
del vacío, cuando en la torva
noche me despierto solo
y miro la tiniebla y me hablo
solo y se me van abriendo
los días que viví como las hojas
lacradas de una puerta.

¿A dónde
he de mirar que no sea pregunta!

Aquí la sombra mide la distancia
que separa mi cuerpo de mi sueño:
juntas están mentiras y verdades
en la contestación de cada día.
(De *Las horas muertas*.—1959)

GABRIEL CELAYA

Nació en Hernani, Guipúzcoa, en 1911. Fre-
cuentó antes de la guerra civil la Residencia de
Estudiantes de Madrid, con Lorca, Buñuel, Dalí
y otros escritores y artistas. Publicó en 1935 su
primer libro de versos (*Marea del silencio*) pero
su verdadera carrera de poeta empieza después,
tras diez años de silencio, en 1946. Desde esta
fecha publica regularmente.

A. D. N. (Fragmento)



Te escribo desde un puerto.
La mar salvaje llora.
Salvaje, y triste, y solo te escribo
abandonado.
Las olas funerales redoblan el vacío.
Los megáfonos llaman a través de la niebla.
La pálida corola de la lluvia me envuelve.
Te escribo desolado.

El alma a toda orquesta,
la pena a todo trapo,
te escribo desde un puerto con un gemido
largo.
¡Ay focos encendidos en los muelles sin
gente!
¡Ay viento con harapos de música
arrastrada,
campanas sumergidas y gargantas de musgo!
Te escribo derrotado.

Soy un hombre perdido.
Soy mortal. Soy cualquiera.
Recuerdo la ceniza de tu rostro de nardo,
el peso de tu cuerpo, tus pasos fatigosos,
tu luto acumulado, tu montaña de acedia,
tu carne macilenta colgando en la butaca,
tus años carcelarios.

Tú, cínico, remoto
dulce, irónico, triste;
tú, solo en tu elemento, distante y desvelado.
No era piedad la anchura difusa en que
flotabas
con tu sonrisa ambigua. Huías torpemente,
pasivo, indiferente, cansado como el mundo,
sin un yo, desarmado.

Estaciones, transcurros,
circunstancias confusas,
oceánicos hastíos, relojes careados,
eléctricos espartos, posos inconfesables,
nafragios musicales, materias espumosas
y noches que tiritan de estrellas imparciales,
te hicieron más que humano.

Así todo se funde.
Los objetos no objetan.
Liso brilla lo inmenso bajo un azul parado
y en las plumas sedantes la luz del mundo
escapa,
sonrío, tú sonríes, remoto indiferente,
bestial, grotesco, triste, cruel, fatal, adorado
como un ídolo arcaico.

Mas hoy vuelves; proclamas,
constructor, la alegría;
te desprendes del caos; determinas tus actos
con voluntad terrena y aliento floral, joven.
Ni más ni menos que hombre, levantas tu
estatura,
recorres paso a paso tu más acá, lo afirmas,
llenas tu propio espacio.

Los jóvenes obreros,
los hombres materiales,
la gloria colectiva del mundo del trabajo
resuenan en tu pecho cavado por los siglos.
Los primeros motores, las fuerzas matinales,
la explotación consciente de una nueva
esperanza
ordenan hoy tu canto.

Contra tu propia pena,
venciéndote a ti mismo,
apagando, olvidando, tú sabes cuánto y
cuánto,
cuánta nostalgia lenta con cola de gran lujo,
cuánta triste sustancia cotidiana amasada
con sudor y costumbres de pelos, lluvias,
muertes,
escuchas un mandato.

Y animas la confianza
que en tí quizá no existe;
te callas tus cansancios de liquen resbalado
te impones la alegría como un deber heroico
¡Por las madres que esperan, por los
hombres que aún rien,
debemos de ponernos más allá del que somos
sirviéndolos, matarnos!

Con rayos o herramientas,
con iras prometeicas,
con astucia e insistencia, con crueldad y
trabajo,
con la vida en un puño que golpea la hueca
cultura de una Europa que acaricia sus
muertos,
con todo corazón que, valiente, aún insiste
del polvo nos alzamos.

Cantemos la promesa,
quizá tan sólo un niño,
unos ojos que miran hacia el mundo
asombrados
mas no interrogan; claros, sin reservas
admiran.
¡Por ellos combatimos y a veces somos duros
¡Bastaría que un niño cualquiera as
aprobara
para justificarnos!

Te escribo desde un puerto,
desde una costa rota,
desde un país sin dientes, ni párpados, ni
llanto.
Te escribo con sus muertos, te escribo por
los vivos,
por todos los que aguantan y aún luchar
duramente.

Poca alegría queda ya en esta España
nuestra.
Mas ya ves, esperamos.
(De *Las cartas Boca Arriba.*—
Madrid 1951)

TODO ESTA POR INVENTAR

(Fragmento)



amaradas
salvemos las distancias,
venzamos las nostalgias,
nuestras manos obreras, todas a una,
darán forma a la esperanza.

Hay que creer, resurgir.
La España de que sufrimos fue una historia
mal contada,
no su verdad hasta el fin.
Hoy me siento tan cargado de secretos no
explotados
que domino el porvenir.

Todo está por hacer,
por inventar y alegrar,
por nacer.
Hay que volver a empezar
y descubrir como nueva la explosión
primaveral.

¡Camaradas!,
dejémonos de canciones que suenan a mas
llorar.

Aquí no ha pasado nada
y si pasó, no hay que hablar.
Todo está por inventar.

Cuando luchamos, creamos,
somos de veras quien somos palpitando cara
al cielo,
somos pura actividad,
y al cantar,
cantemos lo que cantemos, cantamos la
libertad.

¿Quién dijo que España es vieja si aún
está por estrenar?

¿Qué me importan quince siglos?
Yo arranco de mis principios iberos y
apunto más.

Nadie ha dicho todavía lo realmente real.
¡Camaradas, a luchar!

No nos gusta lo que fuimos. No queremos
vivir sólo de recuerdos que nos tiran hacia
atrás.

Resistamos la resaca. Declaremos lo puntual.
Sacudiéndonos el polvo de la historia
volvamos al más acá.

Todo está por inventar.
Todo en España es anuncio,
todo es semilla cargada de alegría floreal.
Todo, impulso no explotado
que podemos y debemos dar a luz y hacer
real.

(De *Cantos Iberos*, 1955)

ANGELA FIGUERA

Nació en Bilbao, en 1902. Estudió Filosofía
y Letras en Valladolid y Madrid. Fue profesora
de literatura en el Instituto de Huelva. Empezó
a publicar poesía en 1948: *Mujer de barro*.

LIBERTAD



tiros nos dijeron: cruz y raya.
En cruz estamos. Raya. Tachadura.
Borrón y cárcel nueva. Punto en boña.

Si observas la conducta conveniente,
podrás decir palabras permitidas:
Invierno, luz, hispanidad, sombrero.
(Si se te cae la lengua de vergüenza,
te cuelgas un cartel que diga: "mudo",
tiendes la mano y juntas calderilla)

Si calzas los zapatos según norma,
también podrás cruzar a la otra acera
buscando el sol o un techo que te abrigu

Pagando los impuestos puntualmente,
podrás ir al taller o a la oficina,
quemarte las pestañas y las uñas,
partirte el pecho y alcanzar la gloria.

También tendrás honestas diversiones:
el paso de un entierro, una película
de las debidamente autorizadas,
fútbol del bueno, un vaso de cerveza,
bonitas emisiones en la radio
y misa por la tarde los domingos.

Pero no pienses "libertad", no digas,
no escribas "libertad", nunca consentas
que se te asome al blanco de los ojos,
ni exhale su olorillo por tus ropas,
ni se te prenda a un rizo del cabello.

Y sobre todo, amigo, al acostarte,
no escondas "libertad" bajo tu almohada
por ver si sueñas con mejores días.
No sea que una noche te incorpores
sonambulando "libertad", y olvides
y salgas a gritarla por las calles,
descerrajando puertas y ventanas,
matando los serenos y los gatos,
rompiendo los faroles y las fuentes,
y el sueño de los justos, porque entonces,
punto final, hermano, y Dios te ayude.

(De *Belleza Cruel.*—Julio 1958)

GLORIA FUERTES

Nació en Madrid en 1918. Publicó versos por primera vez a los quince años. Pero su primer libro apareció en 1952: *Isla ignorada*. Dirigió revistas infantiles y ha escrito algo también para teatro infantil.

EL DOLOR ENVEJECE MÁS QUE EL TIEMPO

Del dolor envejese más que el tiempo,
este dolor, dolor que no se acaba,
y que te duele todo todo todo
sin dolerte en el cuerpo nada nada.

A tantos días de dolor se muere uno,
ni la vida se va,
ni el corazón se para,
es el dolor acumulado el que,
cuando no le soportas
él te aplasta.

Mi accidente será un buen epitafio:
Cuando una calle bajo el sol cruzaba,
de dolor —o de amor es igual— murió
desbaratada.

S E R

Estar en la vida en el infierno,
en un infierno menor y con salida;
aunque el trabajo perfeccione el hambre,
y hasta puede comprarse bicicleta.

Yo proclamo la mano que trabaja,
la lima que trabaja,
la mecanógrafa que trabaja,
el rico que trabaja.
Yo coronó al catedrático que trabaja,
al fumista que se ciega con hollín,
al carpintero que se ciega con serrín,
al soldado que se ciega con la luz,
al minero que se ciega con grisú.
Al buzo que se ciega con el mar,
al tonto que se ciega con amar.

Yo proclamo la santa libertad.

Yo proclamo
la mano,
—pico y pala—.
Yo proclamo
la mente,
—libro y pico—.
Yo proclamo la Paz
y ese cocido,
que se come el peón junto a la obra.
Yo proclamo la aguja,
yo la escoba.

Yo proclamo al que tiene y da su fruto.

(1960)

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Nació en Barcelona en 1928. Hermano mayor de los novelistas Juan y Luis. En 1958 obtuvo el Premio Boscán por su libro "Salmos al Viento". Reside en su ciudad natal.

CLARIDAD

Seis poemas

Desde el ayer me habla
un hombre como todos
los hombres de la tierra
que nació con mi nombre,
que anduvo entre tinieblas
y rayos de esperanza,
que ha seguido el camino
que pisaban mis pies.
Desde el ayer me dice:
tu destino es el mundo,
es tu pueblo, es tu casa,
es el hombre, eres tú.

(Un hombre)

Ahora veo el almendro
tembloroso. Las ramas
esparcían un aire perfumado
alrededor de él.

Y más allá, la madre,
el libro, rotos
pedazos de mi vida,
tíbias cosas en donde
mi sueño reposaba.

Yo era, entonces,
muy niño, todavía,
pero sentí el amor
de lo percedero,
de lo que pasa y pasa

como pasó aquel día
debajo del almendro.

(Siete años)

De pronto, el aire
se abatió encendido,
cayó como una espada
sobre la tierra. Oh, sí,
recuerdo los clamores.

Entre el humo y la sangre,
miré los muros
de la patria mía,
como ciego miré
por todas partes,
buscando un pecho,
una palabra, algo
donde esconder el llanto.

Y encontré sólo muerte,
ruina y muerte
bajo el cielo vacío.

(Cae la muerte)

Aquellos hombres
predicaban miedo,
miedo convulso
en la lección diaria
oscuro miedo
por los corredores,
entre esperma y latín,
en la espantosa
composición exacta
de lugar: un niño
solo, mentido
y solo, amortajado
vivo, buceando
en la charca,
arriba, arriba,
sin aire, casi,
arriba, más aun,

hasta alcanzar
la orilla de la vida.

(Mis maestros)

Yo os he tenido
desde el principio,
en los días amargos,
y después, en el lento
vivir,
en el duro martillo
que nos ha ido golpeando,
siempre, siempre conmigo,
hombro con hombro,
mis hermanos.

(Siempre)

Alegría, yo te
he buscado y buscado
por todos los lugares,
por todos los caminos
que andaba y desandaba.
Alguna vez oí
tus pasos en el bosque,
otra vez escuché
tu risa, pero nunca
te tuve entre los brazos
para poder hablarte,
para decirte que
mi vida iba cayendo
como una gota de agua,
que hacía frío, y
que te he esperado siempre,
roto y amante como
me ves, como me tienes
contra tu pecho, amiga.

(Encuentro)

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

BLAS DE OTERO

Nació en Bilbao en 1916. Estudios de bachillerato en Madrid. Viajes por casi toda España, sobre todo por Castilla. Reside actualmente en París.

NO SALGAS PALOMA AL CAMPC

S

é muchas cosas y otras que
me callo.

Cómo decir España, patria,
España
libre.
libre. (Violentas carcajadas).
Anda
jaleo, jaleo.
No dejan ver lo que escribo
porque escribo lo que veo.

Sé que Castilla
es ancha.
Cómo decir azul, ayer,
morada.
Ayer,
Mañana.

Anda, jaleo,
jaleo.

...lo que veo con los ojos
de la juventud y el pueblo.

(De *En Castellano*.— París 1960)

HIJOS DE LA TIERRA

P

arece como si el mundo
caminase de espaldas
hacia la noche enorme de los acantilados.
Que un hombre, a hombros del miedo,
trepase por las faldas
hirsutas de la muerte, con los ojos cerrados.

Europa, amontonada sobre España, en
escombros;
sin norte, Norteamérica, cayéndose hacia
arriba;
recién nacida, Rusia, sangrándole los
hombros;
Oriente, dando tumbos; y el resto, a la
deriva.

Parece como si el mundo me mirase a los
ojos,
que quisiera decirme no sé qué, de rodillas;
alza al cielo las manos, me da a oler sus
manojos
de muertos, entre gritos y un trepidar de
astillas.

El mar, puesto de pie,
le pega en la garganta con un látigo verde;
le descantilla; de
repente, echando espuma por la boca, le
muerde.

Parece como si el mundo se acabase, se
hundiera.

Parece como si Dios, con los ojos abiertos,
a los hijos del hombre los ojos les comiera.

(No le bastan —parece— los ojos de los
muertos)

Europa, a hombros de España, hambrienta
y sola;
los Estados de América, saliéndose de
madre;

la bandera de Rusia, oh sedal de ola en ola;
Asia inmensa, ah sí, esclava del primero
que ladre.

¡Alzad al cielo el vientre, oh hijos de la
tierra;

salid por esas calles dando gritos de espanto!
Los veintitrés millones de muertos en la
guerra

se agolpan ante un cielo cerrado a cal y
canto.

(De *Redoble de Conciencia*.— Barcelona,
1951.

EN NOMBRE DE MUCHOS

P

ara el hombre hambriente y
sepultado
en sed —salobre son de sombra fría—,
en nombre de la fe que he conquistado:
alegría.

Para el mundo inundado
de sangre, engangrenado a sangre fría,
en nombre de la paz que he voceado:
alegría.

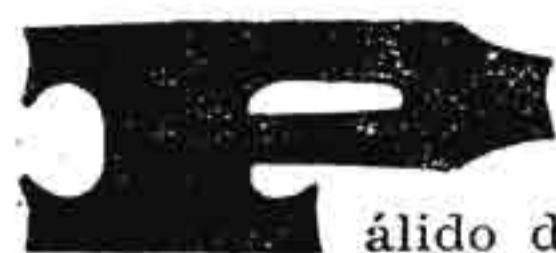
Para tí, patria, árbol arrastrado
sobre los ríos, ardua España mía,
en nombre de la luz que ha alboreado:
alegría.

(De *Pido la paz y la palabra*.— (1955)

JESUS LOPEZ PACHECO

Nació en Madrid en 1930. Estudió Filosofía y Letras en esta ciudad. Su primer libro de poemas data de 1953: *Dejad crecer este silencio*, que obtuvo el accésit en el premio Adonais de poesía. Vive en Madrid.

RIMA DE PAPEL Y PIEDRA



álido de oficina y sueldo fijo,
acobardado y pobre a fin de mes,
marido de mujer, padre de hijos,
ciudadano sin fe.

Alma entintada y corazón sin sangre,
cerebro pequeñito y de papel,
cuánta risa has perdido en los tranvías,
en el ir y volver.

El miserable ascensó que persigues,
si lo logras, será para tener
ese sombrero gris que tiene el jefe
y su misma idiotéz.

Qué pequeñas serpientes sin veneno
anidan en tu pecho. Pequeñez
de tus odios y envidias, de tus sueños
que nunca podrán ser

Se olvidaron tus labios de los besos,
si es que supieron darlos una vez,
y ahora besan como un sello de goma
en los de tu mujer.

Juegas al dominó y hablas de fútbol,
te reunes con tontos de café,
y muestras tu valor echándote una
querida de cuplé.

Sólo compras un libro: el que consigue
ese premio al que llamas el *Nobel*.
Te decepciona pronto, y no lo acabas
ya nunca de leer.

Hastiado de ti mismo y de tus hijos,
tontamente sumiso a tu mujer,
no te pierdes la misa del domingo,
rezas porque te ven.

Ciudadano sin fe y sin esperanza:
¿has pensado en España alguna vez?
Tu patria es la oficina de Madrid,
capital del papel.

Otras manos más duras que las tuyas
se alzarán algún día hasta romper
este cielo de nubes en que el sol
no puede amanecer.

Y quizá, a tu pesar y sin saberlo,
otra España de piedra te haga ser
el hombre que no deja que ahora seas
la España de papel.

(De *Pongo la mano sobre España*.—
Enero 1960)

HOMENAJE A ANTONIO MACHADO EN EL XX ANI- VERSARIO DE SU MUERTE



oy, con la buena luz de la
mañana,
de sombra el corazón se me ha llenado
y de melancolía.
En otra luz lejana
don Antonio Machado

hoy hace veinte años que moría.

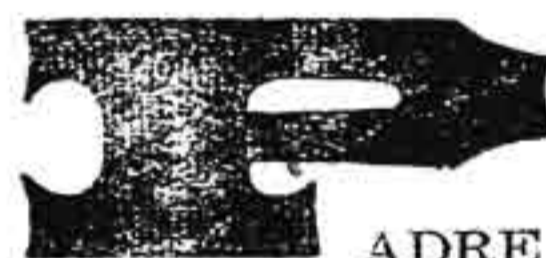
Don Antonio Machado, hombre entero,
pura voz española y dolorida,
callado corazón y colmenero,
verso de pueblo y vida.
Castilla y Aragón y Andalucía,
Galicia y Cataluña, Extremadura,
Guadalquivir y Duero...
tierras y ríos, montes... te perdía
España entera, y triste ya y oscura
se quedaba, sin ti, sin poesía.

La sombra de Caín, que tú cantaste,
todo lo oscureció, ¡ay claro cielo!
y entonces te marchaste
llevándote la muerte de tu suelo.
Porque tu muerte en Francia fue española,
español el dolor que te llevabas,
y aquella voz con la que le cantabas
y que murió de sola.

España, madre dura:
¡qué dolor es nacer en ti poeta!
Toda tu claridad se vuelve oscura,
todo el amor a ti, pena secreta.
Yo te pregunto, patria, por Machado,
te pregunto por qué le adoloriste,
por qué, tanta esperanza que te ha dado,
lo dejaste morir de muerte triste.
(*Segovia, Febrero de 1959*)

DOS POEMAS

A MI PADRE



ADRE obrero: de tu trabajo
vengo,
de tu ascensión a mano dura y dura
por la vida. Mi grito de poeta,
mi vida de hombre claro y enfrentado,
vienen de ti, de tu sudor de oro.
Tengo mi infancia en la memoria llena
de tus manos de hombre manejando
las herramientas: curvos alicates,
limpio martillo, sierra sonriente...
Mis versos ya nacían de tus dedos,
de cada movimiento creador.
¡Cómo las herramientas cantan claras
en las manos! Su ruido me acompaña
como una gran canción inolvidable.
Acero de la sierra, espejo mío:
dame la imagen de mi padre obrero,
cuéntame su fatiga y su trabajo,
repítame su gesto sacudiéndose
la gota de sudor que le nacía
como una idea pura de la frente.
Boca del alicate: muerde el verso
para que salga de mis manos como
un trozo de metal, un duro alambre
trabajado. Martillo: di que sí,
dale tu golpe afirmativo al verso
de mis manos. ¡Queridas herramientas!
¡Emblemas del escudo de mi casa!
Más orgullo que el mío, pocos hijos
pueden tenerlo por su origen. ¡Obrero
que supiste subir a mano honrada,
obrero de la luz y padre mío,
padre de mis hermanos y mi pluma,
y abuelo de mi hijo y de mis versos!

PARA TI

Las lluvias caen para ti,
para tu crecimiento y tu destino,
y la tierra te mantiene,
y te solicitan los hombres,
las estaciones,
las sirenas desesperadas
de los barcos nocturnos,
toda la hierba te solicita,
y tú creces,
inevitable,
y avanzas,
con tu color de hombre y de futuro,
y llegas,
y se levantan de pronto los brazos del mundo.

JOSE ANGEL VALENTE

Nació en Orense, en 1929; estudió en Santiago y en Madrid, donde se licenció en Letras. Obtuvo el Premio Adonais de poesía en 1954 por su libro "A modo de esperanza".

PATRIA, CUYO NOMBRE NO SE



o no sé si te miro
con amor o con odio
ni si eres más que tierra
para mí.
Pero contigo sólo,
a muerte, debo
levantarme y vivir.
Aquí es tu piel tirante
sobre el mapa del alma.
azotada y cruel;
allí suave,
rota en ríos de lluvia,
inclinada hacia el mar.
Allí paso perdido,
pie puro que anda el sueño;
aquí cráneo abrasado
por el peso de Dios.
Estoy así mirándote
con un ojo que apenas
ha nacido a mirar.
Porque he venido ayer
y no sé aún quién eres
aunque tal vez no seas
nada más verdadero
que esta ardiente pregunta
que clavo sobre ti.

Vine cuando la sangre
aún estaba en las puertas
y pregunté por qué.
Yo era hijo de ella
y tan sólo por esto
capaz de ser en ti.

Vine cuando los muertos
palpitaban aún próximos
al nivel de la vida
y pregunté por qué.
Yacían bajo tierra:
tú eras su verdad.

Caía el sol, caía
inútilmente el pan,
caía entre la noche
y la sombra de nadie
derribada la fe.
Y sin embargo supe
que tú estabas allí.

Apenas, casi a solas,
Entre el aire y la muerte
un brote nuevo
se atrevía a pujar.
Solo, entre la esperanza
estéril, la esperanza
ganada, las palabras
caídas, las palabras
como ciegas banderas
levantadas, un brote
se atrevía a pujar.

Oh, cómo en las colinas
sobreviviente el aire
se animaba de él.

Debías protegerlo.
No lo hicierdes.
Temblad.
Porque debió crecer
para la luz, no para
la sombra, el odio, para
la negación.
La tierra había sido
removida y arada
con la sangre de todos.

Con la sangre. Era
difícil la alegría;
necesitábamos
primero la verdad.

Hemos venido. Estamos
solos. Pregunto,
¿quién tiene tu verdad?

Tú eres esta pregunta.
Oh patria y patria
y patria en pie
de vida, en pie
sobre la mutilada
blancura de la nieve,
¿quién tiene tu verdad?
(De "A modo de esperanza".—1954)

HEMOS PARTIDO EL PAN



emos partido el pan.
Está dispuesta
la vida a comenzar.

Hemos partido el pan,
los alimentos, hemos
dividido los sueños por igual.

Esta es tu casa.
Estoy, está
tu risa: he dicho
la verdad.

Hemos partido el pan
trémulo de futuro.

Hemos partido el pan.
La mesa está cubierta
de claridad.
(De "Poemas a Lázaro".—1960)

CANCION DEL QUIEN



y, río Manzanares,
pueblo de España!
Pueblo pobre de pan,
río de agua.

¡Ay, río Manzanares,
pueblo delgado!
El pan y el agua vuestros
¿Quién ha robado?

¿Quién te secó las fuentes,
ay, Manzanares?
Pueblo de España, ¿quién
secó tu sangre?

(Abril de 1957)

CAMINANDO POR LAS HURDES

POR ANTONIO FERRES

Nacido en Madrid en 1925. Autor de "La Piqueta" y "Caminando por las Hurdes", esta última en colaboración con Armando López Salinas.

Y ARMANDO LOPEZ SALINAS

Nacido en Madrid en 1925. Autor de "La Mina" y "Caminando por las Hurdes". Reside en la capital.

La solitaria carretera va adentrándose en un valle más ancho, en el más extenso de los valles jurdanos. Los viajeros se dan de cara con un pueblo negro que se llama Vegas de Coria. Hay mucha soledad. No se han tropezado con nadie y un trágico silencio les recibe a la entrada del pueblo, entre las casuchas de pizarra que se apiñan a los lados del camino, enanas, pegadas unas a otras; parecen murallas, parapetos de alguna extraña fortificación.

—¿Te das cuenta?

—Sí— dice Armando.

El pueblo está como aplastado bajo la luz, bajo una mañana tan brillante que ciega los ojos. No se ve un alma. Los viajeros tienen la impresión de haber entrado sacrilegamente en el más perdido rincón del mundo y pasan un rato sin saber qué hacer ni a quién dirigirse, cansados. En una esquina de una estrecha calleja encuentran a un hombre que lleva al brazo una cartera de cuero.

—Oiga.

—¿Qué?

—¿Hay taberna en el pueblo? ¿Podemos entrar a beber en algún sitio?

—Sí, aquí mismo. ¿De dónde vienen?— dice el hombre.

—De las Mestas.

—Allí voy yo, soy el cartero. Mucha tirada, a lo mejor para una carta.

—Podemos escribir una tarjeta— dice Antonio.

—Pueden darme a mí mismo. ¿Venden algo?

—No, vamos a Nuñomoral.

Los viajeros y el hombre entran en la taberna. Es una larga habitación de techo muy bajo, rodeada de bancos pegados a la pared. El suelo está lleno de mazorcas de maíz, medio verdes, medio granadas. Se oye el zumbido de millares de moscas. Al fondo, hay otra puerta y una desvencijada escalera que dan a alguna parte. El mostrador es de maderas viejas y carcomidas, y sobre él hay un gran botijo. De lo oscuro ha surgido una mujer que lleva un chiquillo de un par de meses envuelto en un hato. Es la tabernera. Aparta constantemente, a manotazos, las moscas que se comen la cara de la criatura.

—¿Qué quieren?

—¿Tienen vino?

—Sí.

Los viajeros se dan cuenta de que en la semioscuridad hay también una niña. La mujer le ha dado el hato donde está liado el bequeño. El vino es rojo, está caliente, como caldo, pero pasa bien.

—¿Puede hacernos algo de comer? ¿Unos nuevos ritos?—
—No hay, nadie come huevos en todo el pueblo. Viene uno de Badajoz y los compra.

—¿Tienen conservas?

—No, aquí no hay de eso.

La niña tendrá unos cinco años. Mira extrañada a los viajeros. También ella abanica al pequeño con la mano, apartándole las moscas. Mientras Antonio y el cartero quedan con la mujer, Armando se vuelve. Se da cuenta que en las paredes hay pegados unos viejos, grandes, grotescos y sucios papeles, unos folletos explicativos anunciando toda suerte de relojes de señora y caballero, de despertadores: "Aproveche la oportunidad que le ofrece Rotwal". Las cagadas de las moscas han cubierto por completo los bordes, las partes antaño blancas del papel. Hay un indefinible olor, como a maíz podrido, a vinagre, a estiércol.

—Unas sopas de ajo sí puedo hacerles— dice la tabernera.

—¿Puede freirnos también unas patatas?

—Las buscaré— dice ella. Tiene unos grandes ojos que la comen la cara. No se la conoce la edad aunque, quizá, es joven.

—¿Tiene muchos hijos?

—Tengo tres.

A la taberna entra un perro flaco con el lomo en arco, asustado, de ancas caídas y hocico de lobo.

—¿Fuera, perro! —La niña, con el chico en brazos, le da un golpe con el pie; pero el animal no se mueve, mira oscura, tristemente a los viajeros.

—Ya les dije, a lo mejor veinte kilómetros pa una sola carta —repite el cartero...

Armando escribe una tarjeta y se la da.

—Es buena caminata para hacerla todos los días.

—Tengo burro. Aunque en estas tierras cuesta mucho mantener un animal.

El cartero se va.

Las sopas de ajo, espesas, blancas, llenan un cuenco de barro que la mujer ha puesto sobre la mesa. Los viajeros van metiendo la cuchara pausadamente, sintiendo en la boca el espesor tibio de las sopas, el sabor de la cabeza de ajo.

La mujer les mira.

—Esperen— dice.

Vuelve con dos servilletas. Levanta el cuenco y pone una debajo, deja la otra sobre la mesa.

—Perdonen, aquí no es costumbre.

Tiene los ojos profundos, cálidos, los viajeros lo descubren cuando la mujer se acerca. Mientras tanto han entrado dos hombres a beber agua del botijo que hay sobre el mostrador. Uno de

ellos es muy alto y lleva los pantalones y la camisa rotos, calza abarcas. El otro es muy joven, flaco, cetrino y tuerto, tiene la cara muy despierta. Echen agua del botijo y se sientan, pisando las mazorcas, en uno de los bancos que hay pegados a la pared, justamente debajo del anuncio de "Rotwal, relojes para señora y caballero".

Los viajeros, con el estómago ya caliente, tienen ganas de hablar.

—Ponga un vaso a los amigos— dice Armando a la tabernera.

—Gracias— dice el hombre alto.

—Gracias— dice el muchacho.

—¿Hay trabajo en este pueblo?— les pregunta Antonio.

—Ahora estamos echando un cacho de tejao y tapando las grietas de la iglesia para que no entre agua— dice el campesino alto.

—¿Les pagan mucho?

—¿Qué va! No cobramos nada, es para la iglesia —interviene el joven— aquí está mal, pero tiene que estar mal por donde quiera. Este verano fuimos para Vera de Salamanca, a segar. Al principio pagaban a diez duros las doce horas de trabajo, pero luego se metió el temporal y como no podíamos aguantar, se aprovecharon y segamos por la comida. Las mujeres se quedaron aquí, esperando las dos mil pesetas y llegamos con tres cuartos. Dijeron que había muchos peones echados de Avilés que bajaron para Castilla.

—Pero yo creo que son las máquinas las que tienen la culpa— dice el hombre alto.

—Y aquí ya ven —continúa el joven— hasta se escasea de agua, el Jurdano por aquí no trae, lo cortan los pueblos de arriba. Casi to el llano es de los forasteros de la Alberca y de la Herguijuela, nosotros tenemos canchales, aquí no se coge maíz, para cuatro gallinas, si llega...

—¿Salen ustedes mucho a Castilla? ¿Salen todos los años a segar?— pregunta Armando.

El hombre alto se ha puesto en pie; dice:

—Yo sí que conozco toa España, estuve en Sevilla, en Zaragoza, estuve en la guerra, soy ex combatiente, en Madrid llegué hasta Carabanchel y luego fui a Valencia; esa sí que es tierra...

—Los ojos del hombre se encienden según va contando los caminos de la guerra—. De mi compañía, en el Ebro, sólo quedamos quince. Pero ya ven, otra vez aquí, jodío en el pueblo y recordando mis buenos tiempos, otra vez aquí, con seis hijos. Digo yo que las guerras debían hacerse pa algo. Si al menos me hubieran dado algún puesto, de guarda o en los Menesterios de los que fuera.

Y el hombre que dice que es ex combatiente sigue de pie con los brazos extendidos, gesticulando. De pronto se toca la camisa rota, los andrajos que le cuelgan, los remiendos de distintos colores, y dice:

—Las telas están tan caras...

El hombre deja sus palabras suspendidas en el aire. El joven vuelve a hablar.

—Este no sale a segar, pero los más mozos sí que salimos todos los años, pero en este tiempo casi siempre estamos mano sobre mano, lo más, a poner tierra en los canchales.

—¿Y ese trabajo que decían del tejao?— pregunta Armando.

No cobramos, es pa la iglesia.

—Será porque no quieren.

El cura ha dicho que no cobramos, que sólo le han dao veínte mil pesetas.

Hay un silencio. Armando pregunta.

—¿Encontraríamos cama en este pueblo?

—Aquí, no señor. Lo mejor es que vayan a Nuñomoral —dice la tabernera— a casa de Isabel la Chata...

—Tienen tres horas de camino, dice el ex combatiente.

—A lo mejor encuentran el camión del teléfono. Vayan al puente, allí para a dejar los postes.

—¿Del teléfono?

—Van a poner uno en este pueblo y otro en Nuñomoral. Más nos valdría que pusieran luz —dice la mujer.

Los hombres se van a su trabajo. Ya atardecido, cuando los viajeros pasan por delante de la iglesia, los campesinos de la taberna les saludan desde el tejado.

Vegas de Coria tiene otro barrio junto al puente sobre el río. Son dos grupos de casas separados por un pequeño llano. En la puerta de una casucha un grupo de chiquillos corretean, al ver a los forasteros paran su juego. Algunos están descalzos, otros cubren sus pies con trozos de llanta.

El río Jurdano está seco, es una ancha extensión de piedras grises, rodadas. Parece una enorme carretera en construcción con la grava ya vertida. Sólo en una poza aislada hay una muchacha lavando. Tiene la cabeza y la cara tapadas con un pañuelo negro, apenas se ven sus ojos.

Al otro lado del cauce seco unos campesinos se afanan en un maizal. Sopla un viento fresco. Los viajeros, resguardados bajo el puente, esperan la llegada del camión. La espera se hace larga. Los campesinos del maizal regresan al pueblo iluminado por los primeros candiles.

Ya casi es de noche.



POR JUAN E. ZUÑIGA

Es uno de los jóvenes narradores españoles. En su historia es posible encontrar una relación directa entre la España de hoy —carcomida, llena de legajos— y las hormigas blancas “que destruirán lo viejo, lo agotado”

EL Archivo Nacional estaba silencioso y tranquilo. Las grandes naves donde se alzaban las estanterías cargadas de legajos, los pasillos, las escaleras de piedra, no eran pisados por nadie y ninguna mano abría las puertas de antigua madera que ocultaban despachos con muebles revestidos de polvo.

El archivero, sentado a su mesa junto a la ventana de vidrios emplomados, pasaba despacio las hojas de los infolios y apuntaba fechas y datos. No lejos de él su ayudante ordenaba las fichas y de vez en cuando se encajaba las gafas o se echaba hacia atrás un mechón de pelo que le bajaba por la frente.

Si el archivero levantaba la vista contemplaba la nave con largas mesas y sillones frailunos y sus paredes cubiertas por armarios que contenían los manuscritos en pergamino. Al otro lado de la puerta estaba el despacho del Director que trabajaba como ellos, catalogando documentos antiguos. Eran los únicos que estaban allí, que repasaban en interminables horas las páginas oscurecidas por la humedad y los únicos que hacían un ligerísimo ruido al rozar las hojas o cambiar cortas palabras.

Por sus manos pasaban los paquetes de documentos de otras edades; cada legajo contenía cientos de páginas escritas en complicada letra sepia, y los legajos llenaban grandes estanterías, se recubrían de polvo, daban al aire su olor rancio y al otro lado de las ventanas la noche era oscura y desapacible.

A los oídos del archivero llegó un ligerísimo crujido. Al principio no le prestó atención; estaba absorto en su lectura y no se dio completa cuenta. Aquel ruido apenas era perceptible pero lo agrandaba el silencio absoluto y cuando el archivero detuvo su pluma y lo escuchó sonaba igual que cuando se rasga un papel. Se extrañó, dudando de lo que oía y contuvo la respiración: efectivamente, en algún sitio se producía un arañazo muy suave. Se puso de pie y miró a todos sitios, buscando la causa pero no vio nada extraño ni nuevo. La sala permanecía igual que siempre, sin variación y los armarios se alineaban ante él y las mesas proyectaban sus sombras conocidas.

—¿Oye usted un ruido? —preguntó al ayudante.

El joven dijo que no con la cabeza.

El archivero se fue al centro de la sala. Allí oyó también el ruido pero más apagado, de forma que casi se confundía con el rumor de la sangre al pasar por su cabeza. Volvió a acercarse a la mesa y lo oyó más claramente. Entonces tuvo la evidencia de que algo o alguien se movía o arañaba dentro de la sala.

—Oigo un ruido... —dijo con voz insegura. El muchacho le miraba atento, pero no decía nada. El anciano archivero tenía miedo porque no sabía de dónde salía el ruido y ningún movimiento motivaba aquella alteración en las costumbres del Archivo Nacional.

—¿Qué será eso? —se dijo y no se atrevía a moverse y seguía oyendo un roce impreciso y distante que difícilmente podía

separar del zumbido del silencio. Procuró animarse y se movió, dio unos pasos, pisando fuerte, estiró los brazos. Se paró otra vez y de nuevo distinguió el ruido.

—¿De verdad no oye usted nada? —preguntó.

—Nada, no —contestó el joven que le miraba ir de un sitio a otro.

Fue hasta el fondo de la sala, regresó, miró la ventana y se sobrecogió al ver la terrible oscuridad que había fuera. El ruido seguía, le rodeaba, sonaba bajo él, dentro de su cuerpo y no sabía lo que era, ni quién lo hacía.

Empezó a sudar, el latido del corazón se aceleró; se mantuvo inmóvil vigilando todos los rincones con la mirada y el pavor a lo desconocido se apoderó de él.

Corrió hacia un armario, después hacia otro, se acercó a la mesa central cargada de legajos y miró entre ellos. Nada, no había nada. Moviéndolos, dio una patada en el suelo de madera que retumbó sordamente. Se quedó callado y oyó el ruido.

—¿Qué es eso? ¿Quién anda ahí? —dijo en voz alta, pero sus palabras resonaron extrañamente dentro de su boca y aumentó su terror. Creyó distinguir de dónde venía el ruido y se fue a un armario y lo abrió de golpe.

Allí, los paquetes de documentos se alineaban en orden y nada parecía vivo. Tocó las etiquetas, rozó con sus dedos el lomo de los legajos y escuchó. Sí, allí podría decirse que el rumor era más fuerte y neto. Sacó un legajo pero no halló nada; sacó de otra tabla pero en el hueco libre no apareció nada.

—Es aquí, es aquí, lo sé —exclamó. Las manos le temblaban y había perdido mucha fuerza. Tiró de otro legajo y al cogerlo notó que palpaba una materia blanda. Sus dedos se hundían en el papel deshecho que se pulverizaba y caía al suelo como ceniza; cambiaba su rigidez y dureza en suavidad y se deshacía en sus manos. Horrorizado vio cómo el legajo desaparecía y sólo quedaba el balduque con su etiqueta colgando.

El archivero se quedó mirando la mancha amarilla que en el suelo formaban el polvo y las briznas de papel. Entonces comprendió, se explicó el ruido que tanto le había espantado: las hormigas devoraban el archivo y lo convertían en pavesas.

Se horrorizó ante aquella comprobación y ansiosamente sacó varios paquetes de las estanterías: otros dos más estaban medio deshechos y al contacto con las manos se convertían en polvo. Era una amenaza terrible para la conservación del archivo: las hormigas habían iniciado su obra de destrucción.

El ayudante había acudido y también miraba los legajos. Su rostro no expresaba nada más que curiosidad. Contemplaba la escena con serenidad.

—¡Pronto! Avise al señor Director, que venga.

El ayudante llamó en la puerta del despacho del Director. Oyó una tos y que decía:— Entre.

Penetró en el sombrío despacho y en la gran mesa, bajo la

Ámpara, vió al Director con sus lentes de oro y su calva. Tenía ante él documentos del siglo XVI y con los dedos acariciaba la suave vitela. Levantó la vista.

—Señor Director, haga el favor de venir, al parecer sucede algo —le dijo el joven respetuosamente, pero más bien parecía una orden.

El Director pausadamente salió a la sala y se acercó al archivero que mudo y aún atónito, contemplaba los legajos tirados por el suelo.

—Señor Director, vea lo que pasa —dijo con voz estremecida—. Hay hormigas blancas, están devorando los pergaminos; acabo de encontrar estos legajos y mire cómo están.

El Director se ajustó las gafas de oro y se inclinó hacia el montón de restos.

—No sé, no creo que sea eso —murmuró—, nunca ha habido aquí hormigas...

—Vea cómo están deshechos los legajos enteros.

El Director se irguió y se metió las manos en los bolsillos.

—No, eso será por otra causa. En nuestro archivo no puede haber hormigas blancas.

—Pero, ¿quién puede destruir así el pergamino? No queda nada, sólo polvo y ceniza.

—En nuestro archivo le digo que no hay hormigas blancas, —repitió el Director con energía.

—Pero, ¿cómo puede dudarlo? Mire lo que queda del legajo B/1259.

El anciano estaba arrodillado en el suelo y tocaba los restos de aquellas riquezas antiguas. Levantaba sus ojos hacia el Director y comprendía que nunca podría convencerle para que se tomase alguna medida juiciosa que detuviera el peligro.

—Tranquícese, no es por la causa que usted cree. Acaso eso haya ocurrido en archivos extranjeros pero ha sido por la mala calidad de sus vitelas. La bondad y dureza de las nuestras resisten a toda clase de insectos.

De pronto el Director se dio cuenta que el ayudante estaba allí y escuchaba con mucha atención.

—Oiga, joven ¿qué hace usted aquí? ¿Por qué no está en su trabajo? Vaya a su mesa y no se distraiga. —Se volvió hacia el archivero. Este le decía:— Usted sabe que las hormigas blancas atacan las maderas más duras. Nada resiste, las devoran por dentro y aparentemente nada cambia pero se quedan entre los dedos al tocarlas...

—Pues yo le aseguro que estos pergaminos no pueden ser destruidos —le repuso el Director.— Han resistido siglos, han cruzado los cuatro océanos, han acompañado a los conquistadores, han sido tocados por las más nobles manos de gobernadores, de magistrados, de capitanes de nuestra Epoca de Oro y eso no puede perecer. Usted olvida que estos documentos son eternos.

Sonrió levemente con satisfacción, dio media vuelta y se metió en su despacho. La puerta dio un golpe que el eco agrandó y mantuvo largo rato.

El anciano encontró la mirada del joven.

—Se equivoca. El archivo está invadido aunque no lo queramos ver. Las hormigas están en todos sitios, ocultas, corroen todo, lo destruyen todo, avanzan en secreto, incontenibles como un ejército...

—¿Cómo son? ¿Donde están?— preguntó el joven desde su mesa.

—Están aquí, son muchas, invisibles, como legiones trabajando en las sombras, hundidas bajo tierra pero constantes, tenaces, decididas a destruir todo con una gran paciencia. Están por todos sitios, en los altares sagrados y en los armarios cargados de riqueza, en los sillones donde se sientan los sabios y en las mesas de los banquetes. Llegará un día en que todo quedará hueco...

Escuchó un momento y ahora oía no sólo un ruido sino muchos y en todos los rincones de la sala. El joven ayudante se levantó de su silla.

—Sí, yo también oigo ese ruido —exclamó con el rostro cambiado por la curiosidad y la sorpresa.— Es un ruido muy fuerte, como un arroyo en primavera o un huracán entre los árboles...

El viejo archivero se levantó del suelo y parecía que la cabeza le daba vueltas. Balbuceó:

—¿No hay nadie para detenerlas? Hay que tomar medidas. Yo estoy solo, no puedo hacer nada. Destruirán los armarios, los muros, tendré que salir al aire libre, al viento amenazador de la noche, donde no habrá protección.

El joven decía: —¿Qué será ese estrépito que yo no había oído nunca? Es como una llamada, como voces de miles de personas que yo no conozco...

El archivero regresó a su mesa, se sentó con una decisión súbita y dijo:

—Debemos trabajar, en nuestro puesto sin hacer caso de nada. Joven no hay ruido: a trabajar en el fichero de la letra B.

Los dos volvieron a hundir las cabezas sobre los papeles y fichas pero el ayudante se sentía exaltado. Escribió en una ficha: 1576 pero su pensamiento le dijo: atacan lo más serio, lo más duro y respetado que hizo el hombre.

Escribió: 1553. Pensó: atacan las raíces, el corazón de la madera. Devoran lo antiguo. Luego escribió: 1542. ¿Qué consiguen con eso? El rumor le contestó con palabras lejanas: destruir lo viejo, lo agotado. 1538. ¿Quién les ordenó hacerlo? 1535. Todos —oyó que le respondían— tú mismo. 1531. ¿Por qué se privan de la luz, renuncian a verse y a tener un nombre? 1530. Porque son soldados en la noche. 1520. ¿Serán muchos? 1522. Millones, están en todos sitios. 1520 ¿Qué esperanza, qué final les anima? 1519. Despertar la quietud, limar el silencio, salir a la luz. 1518 ¿Serán como hombres, igual que yo? 1512. Igual que tú, exactamente igual que tú. 1510. ¿Deberé temerles? 1508. No, son de tu misma carne.

Al pensar esto dejó a un lado la pluma y se levantó con un fuerte impulso. Toda la sala había cambiado de pronto y él también había cambiado mucho. Miró sin afecto los ficheros donde estaba enterrado su trabajo, se miró a sí mismo y sintió pena.

—Yo mismo soy como una hormiga blanca —gritó, saltando al centro de la sala.— Destruiré los legajos, los ficheros, los muros de esta cárcel, seré libre entre las ruinas de lo antiguo. También yo busco la claridad, la luz.

Exaltado y ardiente recorrió la sala seguido por su vacilante jefe que quería sujetarle. Tocaba los muebles y percibía por sus dedos un mensaje cifrado que el viejo no entendía pero que a él le levantaba en esperanza.



Ciriaco

POR LUIS GOYTISOLO GAY

Nació en Barcelona en 1931. Detenido en Febrero de 1960. Fue liberado gracias a la protesta enérgica de los intelectuales del mundo entero. Autor de "Las afueras".

El auto disminuyó la marcha hasta quedar inmóvil, suavemente sacudido por la trepidación del motor. Había luz roja en el semáforo y el tráfico transversal pasaba zumbando como en fuga. Víctor descansó los brazos sobre el volante.

—Ser joven equivale a ser feliz. Cuando entonces salía de permiso me sentía como un dios.

—¿Y al volver? —dijo Nacho.

—Nada. Al volver nada. Cuando uno es joven se divierte hasta en la guerra.

En el semáforo cambiaron las luces al tiempo que sonaba un timbre. Los coches de delante arrancaron despacio, transmitiendo el movimiento a toda la columna. Avanzaban muy juntos, como en procesión, atormentados por los reflejos de las farolas, de los escaparates, de los anuncios luminosos.

—Esto lo dices ahora.

—Es que esto sólo se sabe cuando uno ya no es joven —dijo Víctor.

Hablaba estirando el cuello, atento al tráfico.

—No. Quiero decir que esto lo dices precisamente ahora, cuando todo ha pasado, desde el volante de tu coche.

—Y si no tuviera coche aún lo diría con mayor razón. ¿Quién se queja del coche? Además ya lo sé, tengo todo lo que entonces podía desear. Y también cosas que ya no deseo, como veinte años más. O cosas que no he deseado nunca, como veinte kilos más de los que debiera pesar. E incluso quizá cualquier día tenga que cerrar la fábrica y quedarme sin nada de lo que entonces deseaba. Oye, ¿dónde aparcó?

—Dobla y sube por la otra calzada... Sabes perfectamente que no pasará nada de lo que dices. Pero los fabricantes de tejidos nunca estáis contentos. Vendéis un par de metros menos que el año anterior y ya os ponéis a gritar ¡crisis!, ¡crisis!

—¡Genial, tú, genial! Qué gran observador eres, caray, si que hilas fino... Pero de acuerdo, no pasará nada de lo que digo. Moriré rico y apoplético, de repente, en un sillón felpudo, con bendición apostólica y todo. Seguro que si los de tu Banco supieran que iba a morir así se tranquilizarían. Y quizá me abrían otro crédito. Porque a este tipo de muerte abre crédito, ¿no? Tú debes saberlo, ¿Dejamos aquí el coche?

—Sí. Más arriba no encontraríamos sitio.

Victor maniobró por colocarse entre otros dos coches, dando frente al bordillo.

—Tú debes saberlo, esbirro de Banco, títtere, perro de presa, verdugo de los pobres, de los arruinados... ¿Cuántos embargos realizaste hoy? ¿Algún desahucio?

—No te pongas pesado, que estas bromas no me hacen ninguna gracia. A veces no hay quien te aguante. ¿Crees que me divierte este trabajo?

—¡Claro! ¡Claro que te divierte! A mí también me divertía. Es muy distraído.

Cerró el contacto y tiró de las llaves. Se volvió hacia Nacho apoyando un codo en el respaldo del asiento. Nacho decía:

—Sí, pues me gustaría verte... Bueno eres tú para estas cosas. ¿Qué quieres que hagamos si no pagan?

—Nada, eso, embargar. Y si te fastidia el trabajo, un poco de paciencia. Pronto alcanzarás la edad de ser tú quien tenga esbirros que se encarguen de hacerlo y ya ni pensarás en estas cosas. Bueno, andando. Cierra tu ventanilla.

Fuera hacía calor. Empezaba el verano y la Rambla estaba muy animada, aturdiendo las voces y las risas, el ir y venir de la gente, la música de los bares mezclada con los ruidos del tráfico. El calor era soportable y las mujeres parecían flores, con sus vestidos de verano ligeros y flotantes. Un soplo de aire estremecía las copas de los plátanos ahuecadas por la luz eléctrica. Aquel frufú de las hojas daba sensación de fresco y la gente se sentaba bajo los árboles, en las sillas de alquiler salpicadas de excrementos secos de gorrion. Víctor y Nacho subieron por una acera lateral caminando despacio, al paso que les imponía el lento desfile de los demás.

—Por otra parte —decía Víctor—, si uno fracasa es porque es tonto. ¿Qué le embargan a uno

y queda en la calle sin gorda? Pues a fastidiarse, caray, mala suerte. No haberse dejado embargar...

—Vamos, no te hagas el cínico ahora.

—No me hago el cínico. En realidad es mi manera de decir las cosas. ¡Huy, qué ganso!, decía mi abuelita. Yo soy eso, un ganso.

—Un ganso con mala baba. Se pueden hacer bromas pero sin zaherir.

—Bromas amables, ¿eh? A la hora del café, para amenizar las digestiones... Lo malo es que mis digestiones son muy pesadas y siempre tengo que acabar echando mano del bicarbonato.

—Pues cuida de que la gente no llegue a cansarse de tus digestiones, puñetero.

—¡Oh!, ya me cuido, ¿no te digo? Por esto tomo bicarbonato, por lo de las digestiones. Además la gente es buena y comprensiva y sabe perdonar los pequeños desarreglos estomacales de uno. Es un chico que vale, dicen de mí. Lo de que valgo, es una simple abreviatura de que valgo dinero, es decir, de que sé ganarlo, acción purificadora que le deja a uno limpio de cuantos defectos pueda tener. Y lo de chico va porque todavía no he llegado a los setenta. Bien, ¿dónde nos metemos?

—Podemos tirar a la derecha, por estas callejas. Conozco una cafetería en la que saben preparar buenos martinis. Y un buen martini no vendrá mal para empezar.

La cafetería era un local pequeño y tranquilo, ahora casi vacío. Sentado al extremo de la barra, un señor grueso y con gafas y con un puro entre los dientes, repasaba una pila de discos. Tras el mostrador, un barman de cabellos plateados ordenaba los vasos y, en la única mesa ocupada, la camarera jugaba a los dados con un hombre joven.

—¿Qué tomarán los señores?

El barman se inclinaba sobre la barra, pulcro y correcto como un diplomático.

—Los martinis, —dijo Nacho.

—Un martini y una ginebra con sifón y hielo — corrigió Víctor.

—Sí, señor.

—Oye —dijo entonces el hombre grueso—. Pon este disco: "C'est magnifique".

Cuando la canción empezó a sonar, el señor grueso se recostó contra la pared dando una intensa chupada a su cigarro. Escuchaba con los ojos semicerrados envuelto en espirales de humo espeso y aromático.

—Lleva desabrochado un botón de la bragueta —observó Víctor.

—Bebe y calla —dijo Nacho. Probó un sorbo e hizo chasquear la lengua—. Bien. La noche empieza bien —Guiñó un ojo—. Ahora vuelves a estar soltero, ¿no?

—Mi señora está en Sitges con su señorito hijo desde hace una semana. Mi Alvarito lo pasa muy bien, allá en Sitges... Lleva el camino de ser un tonto muy fino, mi Alvarito.

—Bueno, lo importante es que ahora estás soltero. —Levantó la copa—. Por la soltería.

Bebieron. Luego Nacho giró en su asiento hasta quedar de espaldas a la barra. La camarera, una rubia muy maquillada, seguía jugando mano a mano con el hombre joven. Se miraban a los ojos, como retándose. Ella agitaba el cubilete intentando sonreír enigmáticamente. Nacho se pasó la lengua por los labios que le quedaron brillantes y muy rojos a la cruda luz del neón. Se volvió a Víctor.

—Oye —dijo—. ¿Y cómo acabó lo de zquelto chiquita que te sacaste de no sé dónde?

—No acabó.

Nacho guiñó otra vez el ojo.

—¿Hay que pagar aduana?

—Hombre, tú mismo... Con mis cuarenta y dos años, mi tripa y mi papada... Vamos, que no soy ese chico de los dados.

—Yo mismo no —rió Nacho—. En todo caso, ella.

Victor movía la cabeza.

—Ya llevo postiza media dentadura, ¿sabes? Y a la hora del café no puedo pasarme sin una pizca de bicarbonato ni, por las noches, sin un somnifero. Ahora no pienso tanto en mujeres como en hacerme una casita con jardín y vivir allí tranquilo. En las afueras, ¿sabes?

—Sí. Ya tengo pensado el sitio. Ahora es un campo de algarrobos y queda sobre la carretera, casi en la montaña. Desde allí se domina toda la ciudad y el sol pega que da gusto. En cuanto pueda me la compro.

—Sí, claro, es agradable, aunque personalmente me abono a los sitios céntricos. Pero esto no tiene nada que ver. Si piensas menos en mujeres no es por eso sino porque ahora siempre las tienes a mano. Y cuando uno las tiene a mano le parece muy fácil prescindir de ellas. Eso es lo que pasa.

—Yo me he criado en el campo. ¿Lo sabías?

F. O. GARCIA

La economía española ha sido estudiada por García con la misma intensidad con que ha investigado su literatura. García vive en el exilio.

EN lo que va de siglo se nota una tendencia al desarrollo capitalista de la agricultura. ¿Qué resultados se han obtenido durante ese largo período y sobre todo desde 1939 y cuáles son las perspectivas de porvenir que reserva al campo la orientación y la cadencia de las transformaciones hasta aquí operadas?

Aunque con pesada lentitud, el desarrollo capitalista progresa ininterrumpidamente hasta 1935 y especialmente durante el quinquenio 1931-1935. Este proceso se observa, según los índices de la Renta Nacional de España, del Consejo de Economía Nacional, a través de un mayor empleo de abonos, del incremento de la superficie de regadíos estatales y de la modernización de los métodos de cultivo. Estas transformaciones se traducen, durante dicho quinquenio, en un aumento del rendimiento por hectárea de 37.9% en relación con 1931 y en un incremento de la producción por habitante de una 15.9%. En 1955, según la misma fuente, el consumo de superfosfatos representaba únicamente un 32.4% en relación con 1935 y el de productos nitrogenados un 3.42%.

Desde 1939, la distribución de los abonos ha corrido a cargo de los organismos del Estado y las normas que rigen para su reparto, junto con la escasez, perjudican seriamente a los sectores menos pudientes e influyentes del campo. El alcance del problema se trasluce a través de textos como éste aparecido en el diario "ABC" de Madrid (30-12-57):

"Desde distintas provincias nos envían cartas muchos labradores para inquirir noticias sobre las perspectivas que presenta la campaña de los abonos de primavera. Temen que, como ha ocurrido durante el período de siembra, los nitratos escaseen también en esa próxima etapa resolutive para la suerte de las cosechas". El periódico añade que la distribución anterior "no se efectuó con la necesaria equidad" y termina diciendo que "la escasez ha dado lugar a que los eternos especuladores aprovecharan la oportunidad para hacer su agosto en octubre". Las graves consecuencias de la escasez de abonos, las señala el mismo periódico en uno de sus números de marzo de 1958 en estos términos: "En la zona de Benicarló se teme que de no resolverse el problema de la escasez de abonos la cosecha se reduzca en más del 50 por 100 de su volumen total"... pasando de lo local a lo general añade: "Por lo que respecta al Servicio Nacional del Trigo se experimenta por este organismo la misma falta en sus almacenes y depósitos, habiendo tenido, por ello, que recoger menos semilla triguera que en otras épocas los agricultores que la utilizan".

En lo que atañe al riego, según datos extraídos del libro "Juicio de la actual política económica española" de Manuel de Torres, Madrid, 1956, y del estudio de Juan de Avespachoga "la política hidráulica en la decadencia económica española", aparecido en la revista "De Economía", de enero-abril de 1954, entre 1916 y 1933 se convirtieron en regadíos 146,000 hectáreas y entre junio de 1933 y junio de 1936, 80,000 hectáreas más. El plan de 1935 preveía la puesta en riego de 85,000 hectáreas por año.

En 1955, la superficie de riego había aumentado, en relación con 1935, en 155,000 hectáreas o sea, haciendo abstracción de los tres años de guerra civil, entre 1939 y 1955, el regadío se extendió a una media anual inferior a 10,000 hectáreas, mientras que durante el quinquenio 1931-35 la media por año fue de 30,000 hectáreas. Debe tenerse en cuenta, además, que una parte no despreciable de las obras hidráulicas realizadas recientemente y otras en curso de realización fueron iniciadas o proyectadas antes de 1936 y que la ampliación de la superficie de regadío proviene en parte del aumento de motores de riego, cuya cifra era de 10,377 en 1932 y de 71,895, en 1952.

En lo tocante a la mecanización: en 1932 había 4,084 tractores; en 1956, 30,000. Luego durante 24 años la cifra de tractores ha aumentado a razón de una media anual apenas superior a 1,000 unidades. La lentitud del ritmo de la mecanización de la agricultura corre paralela con el proceso de modernización de los métodos de cultivo. El atraso considerable de la agricultura española en este sentido aparece con toda su crudeza al compararla con otros países. Según la estadística de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, en 1954, en países como Finlandia había 18 agricultores por cada tractor, en Francia, 20; en Checoslovaquia, 33; en Italia, 73; en Hungría, 95; en Grecia, 218 mientras que en España había 264, siendo de lejos el país de Europa con más agricultores por tractor. El retraso de la mecanización del campo y sus consecuencias para la economía española se calibran mejor al recordar que Francia con una superficie de tierras de cultivo apenas superior (288,000 hectáreas) tiene 13 veces más tractores que España, e Italia, proporcionalmente, 3 veces más.

En cuanto a las segadoras y trilladoras mecánicas el atraso de España es todavía mayor.

La mecanización del campo tropieza, entre otros, con dos grandes obstáculos. En primer lu-

EL PROBLEMA

AGRARIO ESPAÑOL

EN LA ACTUALIDAD

gar, el Estado que es el distribuidor de la maquinaria agrícola y la grava con elevados derechos de aduana y otras cargas fiscales, la otorga con preferencia a las grandes fincas constituidas en importantes Sociedades Anónimas. En segundo término, los campesinos individuales, incluso los acomodados, faltos de protección del Estado en forma de créditos a largo plazo y módico interés, no pueden adquirir —de haberlo— por su elevado coste un material del que depende cada vez más no sólo el rendimiento de la tierra sino su propia condición de propietario. El siguiente comentario, aparecido en el semanario catalán "Destino", con fecha 14-11-59, nos da una idea de la importancia de los obstáculos mencionados: "El aumento de la productividad —se lee— debe conseguirse, más que con discursos elocuentes, con realidades tangibles". Y una de esas realidades debe consistir en la "importación, libre de derechos aduaneros, pequeños tractores con sus accesorios de arados, discos y remolques, ofrecidos casi a precio de compra". Antes de pormenorizar las inmensas ventajas que representa la mecanización para que cambie la economía del país y la situación del campesino, escribe: "Ahora que se ensalza en todos los tonos la liberación de la economía nacional, la propuesta no puede ser más ortodoxa y actual. Afirmamos que si la importación se hiciera sin trabas burocráticas y sin discriminaciones, velando el poder público sólo para evitar abusos en la distribución y precios, en las comarcas catalanas y valencianas serían por millares los artefactos de aquella índole que se adquirirían, en especial si se daban facilidades de pago escalonadas en un período de diez años".

El autor de un artículo publicado en el diario de Valladolid, "El Norte de Castilla", de fecha 4-11-36 con el título: "La imposibilidad de mecanizar la agricultura con la actual situación en el campo", es todavía más explícito. El articulista dice: "¿de verdad se quiere la mecanización del campo?" entonces "¿por qué tanta restricción de las herramientas mecánicas? Seguramente la principal, la más general, es el costo elevadísimo de su maquinaria con respecto del bajo precio de los productos campesinos". Tras señalar la diferencia existente entre los precios agrícolas y los precios industriales en detrimento de los agrícolas, concluye: "...esa maquinaria agrícola cuesta más que valen las tierras, los aperos y toda la labranza junta".

Y es así como se pretende mecanizar el campo. "Mientras el labrador no pueda adquirir los medios que le son necesarios, para su oficio —sigue diciendo el articulista— no producirá más y mejor, su trabajo seguirá pareciéndose al de un esclavo y el nivel de vida en el campo se mantendrá muy bajo". Comentarios de esta índole, señalando los males que impiden el desarrollo de la agricultura, aparecen a diario en la prensa y revistas especializadas o no.

Y no obstante, a pesar de que se halla todavía en un estado embrionario, la mecanización está causando serios trastornos sociales a causa de la estructura de la agricultura española. Incluso en las huertas de Valencia y Murcia se ha acentuado el paro, obligando a millares de huertanos a emigrar. Pero donde los efectos de la mecanización causa mayores estragos es en las provincias de gran concentración latifundista: Andalucía, Extremadura, Castilla la Nueva, etc.

En efecto, en centenares y centenares de pueblos la modernización de los métodos de cultivo acentúa la miseria y provoca el éxodo, tanto más cuanto que los excedentes de mano de obra agrícola no son ni remotamente absorbidos por otras actividades. A este respecto se hacía el siguiente comentario en las columnas del "ABC" (9-7-57): "...hace pocos días nuestro corresponsal en Vitoria informaba acerca del problema que constituye el proporcionar habitación a toda la masa trabajadora que llega desde los distritos rurales a buscar trabajo en la industria alavesa". Este comentario puede hacerse extensivo a otras ciudades donde el hecho reviste todavía mayor gravedad. El problema creado por la modernización de la agricultura, es de tal envergadura que, en la VI Reunión Nacional de los Apostolados Sociales de Acción Católica, el Dr. Vicente Enrique Tarascón, Obispo de Solsona y Secretario del Episcopado

español, tuvo que decir, según el periódico madrileño "YA" del 4-9-56: "La mecanización del campo es otro de los problemas actuales. En algunos casos se ha realizado con excesiva rapidez y con resultados desastrosos: éxodos de pueblos enteros, con su alcalde a la cabeza. Es necesario estar no sólo en los principios, sino en la realidad". Y el mismo periódico "YA", de 11-1-60, inserta un artículo con este título: "El campo ha dejado de ser un ideal; las gentes huyen de los pueblos".

Sin embargo, es evidente que España necesita de manera apremiante acelerar el ritmo de la mecanización de la agricultura para acrecentar el rendimiento del suelo y roturar nuevas tierras, pero no es menos evidente que la mecanización debido a la estructura de la propiedad, así como al bajo nivel de desarrollo de la industria tiene hondas repercusiones sociales no sólo en el campo sino en todo el país. Y no es que el progreso técnico engendre necesariamente una regresión humana, pero lo cierto es que el progreso técnico no crea automáticamente un progreso social; ello depende de las condiciones sociales en que se aplique aquél. En España se aplica en función de la estructura del campo y en tales condiciones el progreso técnico y el progreso social entran indefectiblemente en dramático conflicto. De ahí, la vida de los pueblos españoles que el escritor Antonio Márquez, ex-redactor-jefe de la revista "INDICE", pre-entaba recientemente en estos términos:

"Campesinos eventuales llenando las plazas buscando trabajo a lo largo de las carreteras; caciques manejando una administración corrompida. Así he visto yo los pueblos de España, ejemplificados en éste que he descrito y en otros que podría describir". (Texto reproducido por R. Ramírez Gómez en "Situación económica y social de España" Editorial FETE, México 1959, pág. 25).

Entre otros factores que han paralizado estos años la transformación de la agricultura figuran el considerable desnivel entre los precios agrícolas e industriales, en beneficio de estos últimos, y los impuestos, que ya J. Costa califica de verdadero azote del campo. El lastre que los impuestos representan para el país en general y en particular para el campesinado se desprende de estos datos. El presupuesto de ingresos para 1959 se elevó a 55,745.070,000 pesetas. De esta suma, 53,176.385,000 pesetas proceden de Impuestos y Tasas. Reducidas estas cifras a porcentajes tenemos que el 95% del total de los ingresos del Estado provienen de las diversas cargas fiscales. En 1953, la partida de ingresos por impuestos y tasas representaba el 68% del presupuesto total y desde entonces no ha cesado de aumentar. La alarma de los campesinos por la progresión vertiginosa de la presión tributaria y las consecuencias que entraña para la mayoría de ellos se refleja en el siguiente texto aprobado por la VI Asamblea de Hermandades de Labradores y Ganaderos celebrada en mayo de 1958, dirigido al gobierno:

"...hay unanimidad y coincidencia en estimar que la presión tributaria aumenta a ritmo tan desmesurado, que para algunos sectores campesinos, precisamente los más humildes y necesitados de protección, es ya apenas soportable; y que la carga fiscal amenaza un paso tan veloz en su creciente progresión, que no ya las más débiles economías, sino aún las de tono medio, contemplan una sombría perspectiva de consunción o aniquilamiento de continuar tal progresión su marcha ascendente". Pero estas advertencias no han surtido efecto, pues, según "ABC" del 26-1-60, los impuestos han aumentado en un 4.25% en 1959.

En el reparto de las cargas fiscales sorprende el que las provincias donde predominan las pequeñas explotaciones incluidos los minifundios, paguen proporcionalmente un tributo mucho más elevado que las provincias de predominio latifundista. Así, Guipúzcoa por ejemplo paga por contribución rústica 3.54 veces más que Toledo; Orense, 2.12 veces más que Albacete; Santander, 2.59 veces más que Ciudad Real.

El profesor Torres Martínez, en su estudio ya citado: "Juicio de la actual política económica española", demuestra que en una misma provincia, tierras dedicadas a un mismo cultivo, pagan con-

para una HISTORIA

de estos 20 AÑOS

TESTIMONIOS

POR RAMON VIVES

Es el pseudónimo de un escritor español, a quien la estancia obligada en la España de Franco impide firmar esta valerosa recolección de testimonios.

La inmigración española en Francia, iniciada a primeros de siglo, después de la pérdida de las últimas posesiones de Ultramar, debía reflejar, a partir de 1936, las vicisitudes dramáticas de la guerra civil. Durante la contienda numerosísimas personas de los dos bandos buscaron refugio al otro lado de los Pirineos, huyendo de los bombardeos, detenciones arbitrarias, "paseos" y asesinatos. Al producirse el hundimiento de la República más de medio millón de españoles cruzaron la frontera y conocieron, más tarde, los campos de concentración, la guerra, la deportación a Alemania. La Resistencia contra el ocupante fue obra, en gran parte de esta inmigración. Numerosos españoles entraron en París en 1944 con los tanques de Leclerc.

El final de la guerra mundial aportó una gran decepción a los republicanos. Las Naciones Unidas se limitaron a condenar moralmente al dictador y la invasión organizada en el Valle de Arán fracasó ante la indiferencia general del país, no restablecido aún de las graves cicatrices sufridas durante la guerra de 1936-1939. En 1956, según cifras del Ministerio del Interior, de los 215.489 españoles residentes en Francia, había aún 97.000 refugiados políticos.

A esta inmigración política, ha sucedido, a partir de 1955-56, una inmigración de origen económico. Empujados por la miseria, la carestía, el paro, miles de españoles vienen a buscar trabajo en Francia. Los hombres se colocan, sobre todo, en la construcción, si bien el número de mineros, obreros mecánicos y agricultores, aumenta de día en día; las mujeres se emplean como chicas de servir. Las regiones tradicionalmente ricas —Cataluña y, en especial, Valencia, después de las heladas e inundaciones de 1956— dan el contingente mayor de inmigrantes. Los gastos de pasaporte y viaje exigen una cantidad de dinero bastante respetable, que no está al alcance de todos los bolsillos. Para emigrar se necesita, en cierto modo, ser rico. Así, es curioso observar que los inmigrantes procedentes de regiones donde la situación económica y social es más dura —por ejemplo, Extremadura, Andalucía o Murcia— no han venido casi jamás a Francia directamente, sino después de una estancia más o menos larga en Cataluña o Valencia, primeras etapas de abastecimiento y reposo, en su viaje huyendo de la miseria.

Las personas interrogadas forman parte de esta novísima inmigración. Hemos procurado escogerlas de distintas regiones, de forma que reflejen mejor la situación y mentalidad de los obreros y campesinos de la España de hoy. Para prevenir posibles represalias hemos suprimido ciertos nombres o dado simplemente sus iniciales, de manera que impidan su identificación.

R. V.

JUAN E. jornalero, natural de V. provincia de Badajoz

Mi historia es de esas que, si vienen en un libro, no se creen: la gente piensa que el escritor se las inventa. He recorrido media España a pie, con el traje roto y casi descalzo, he menajado un pedazo de pan de cortijo en cortijo y, durante meses enteros, he dormido a la fresca, por no encontrar dónde cobijarme. Ahora que me gana bien la vida y tengo mujer y techo, me gusta recordar las que he pasado, que una cosa es contarlo y otra vivirlo.

Mi padre era un pobre jornalero de V. y se casó con mi madre durante la Dictadura del General Primo de Rivera. Según llevo oído en mi casa trabajaba de peón en el campo y mi madre lavaba, fregaba y cosía para las gentes ricas del pueblo. Soy el mayor de cuatro hermanos. En Extremadura, las mujeres están todo el tiempo encintas y mi familia es de las menos numerosas de V. A pesar de eso, vivíamos miserablemente. Cuando vino la República tenía yo unos tres años. Mis padres trabajaban hasta rendirse y, lo que ganaban, no alcanzaba siquiera para comer. Recuerdo —mucho después— un discurso de Largo Caballero. La gente gritaba y levantaba el puño en alto. Meses antes del Frente Popular fui,

por primera vez, a la escuela. Hasta entonces, había vivido en la calle, con los otros niños y no sabía nada de nada. Pero, como aquel verano hubo el Alzamiento, tuve que dejarla en seguida para ayudar a mi madre.

En la región de V. la tierra pertenece a un puñado de personas y, lo mismo encuentras grandes fortunas, que gentes que no tienen dónde caer muertos. Durante la República el Gobierno había prometido repartir la tierra entre los pobres y los ricos pasaron muy malos ratos. Poco antes del Alzamiento, el segundo Alcalde había querido encerrarlos a todos en el Iglesia, rociar las paredes con gasolina y prenderles fuego. El primer Alcalde no le dejó y no les hicieron nada. Pero cuando hubo la guerra, los ricos se echaron a la calle y mataron a más de cien infelices solamente en el pueblo.

Todo esto lo supe después, pues entonces era demasiado pequeño para enterarme de lo que pasaba. El mismo día del Alzamiento, mi padre desapareció de casa y luego nos dijeron que se había pasado al otro lado, con los demás jornaleros. Como había votado por la República, tuvo miedo de que lo fusilaran. Aparte de eso, en casa todo seguía igual. La línea del frente estaba a veintitantos kilómetros y mi madre lavaba y zurcía la ropa de los soldados nacionales. Yo iba a buscar leche a los cortijos. Una vez —debía de ser el día de Reyes— las autoridades reunieron a la chiquillería en la plaza del pueblo y nos dieron un juguete a cada uno. Mis padres no habían podido comprarme ninguno hasta entonces y fue el primer y último regalo que he tenido en mi vida.

Al acabarse la guerra, mi padre estuvo encerrado cinco meses en un campo. Un conocido suyo me dijo si quería ser pastor y, a los once años, empecé a guardar sus cerdos, cabras y ovejas. Mis hermanos eran demasiado pequeños para ayudar y pasábamos mucha hambre. Luego, al quedar libre, mi padre se encontró con que no le daban trabajo. Había que traer comida a casa e iba de buena mañana al monte, a recoger leña. Mis hermanos cargaban también con la que podían y mi pobre madre buscaba hierbas medicinales y raíces que luego vendía por unos céntimos en las farmacias del pueblo.

Con lo que ganábamos entre todos no podíamos comprar pan, ni arroz, ni aceite. La mitad de las noches nos acostábamos sin cenar y lo que comíamos era siempre lo mismo: hierbas del campo que llenaban y no alimentaban, aceitunas, bellotas, habas y, de vez en cuando —y era un auténtico festín— boniatos y patatas hervidos, sin aceite.

En el pueblo, la mayor parte de la gente las pasaba tan negras como nosotros. Los niños tenían los vientres hinchados y, en un solo invierno, murieron más de cincuenta personas. Había el Auxilio Social pero no ayudaba más que a los de Falange. Los demás era como si no existieran. De buena mañana los hombres iban a la plaza a buscar trabajo y, si nadie les llamaba, no tenían otro remedio que ir al monte, y coger caracoles, bellotas, hierba, leña. Cuando los dueños acotaron sus tierras, los denunciaron a la guardia civil y ¡ay, del que pescaban! le quitaban lo que llevaba encima y le arrimaban candela.

Los años siguientes, las cosas fueron de mal en peor: Mi padre seguía parado o haciendo alguna chapuza, mi madre cogiendo hierbas. Las que mis hermanos traían a casa las hervíamos para quitarles el gusto y las comíamos hasta hincharnos. En 1945, la sequía quemó las cosechas y los patronos no daban trabajo. En casa, no se podía aguantar ya. Un día —tenía diecisiete años y mi hermano segundo catorce— nos largamos los dos, sin prevenir a nadie. Para mis padres no éramos ninguna ayuda y, en cambio, estando fuera, había dos bocas menos.

Estuvimos quince días por los campos, de cortijo en cortijo. Dormíamos al raso, o en cuevas, o alojados por alguna persona caritativa. De lo que comíamos, será mejor que no hable. Muchos patronos, al verme pedir limosna, me gritaban: "Fuera. Que no quiero entretener haraganes!" y cuando yo les ofrecía trabajar mi hermano y yo a cambio de un poco de comida, se quedaban mudos y nos echaban a patadas.

Volvimos a casa tan pobres como antes y, al poco de llegar, nos ofrecieron cuidar unas parras de cerdos, a varios kilómetros del pueblo. Aceptamos en seguida, la mar de alegres y estuvimos allí durante más de dos años. Ganábamos quince pesetas diarias entre los dos, una fortuna en aquel entonces. Mi hermana se vino también a vivir con nosotros, cogía hierbas y hacía la cocina. Las quince pesetas

nos daban para vivir los tres: comprábamos habas y patatas y las hervíamos mezcladas con las hierbas del campo.

En casa, entre tanto, las cosas iban peor que nunca. Mis padres seguían recogiendo hierbas y leña, pero no encontraban a nadie que se las comprara. No podían procurar siquiera por mi hermano pequeño y mi madre, la pobre, se lo tuvo que confiar a mi tía. En Agosto de 1954, cayeron enfermos los dos y, un tiempo después, mi hermana. Eran los años de hambre y las privaciones, el peso de todo lo que llevábamos sufriendo. El médico recetó unas inyecciones, pero nosotros no teníamos dinero. ¿Cómo íbamos a tenerlo si con las quince pesetas debíamos comer todos? En ningún lado querían fiarnos y tampoco podíamos empeñarnos, como hacían otros. En casa vivíamos como animales, sin colchones, muebles, mantas ni sábanas. Yo me estrujaba el cerebro buscando cuando, llegado el final del tiempo que habíamos apalabrado, el dueño de la parras nos regaló una cerdeta. Valía lo menos cien duros, de gorda que estaba, pero la tuve que vender por cuarenta. Con el dinero compré las inyecciones y, gracias a ello, mis padres se salvaron.

Mi padre estuvo en cama dos meses y mi madre cinco. Mi hermano y yo nos habíamos quedado sin trabajo y estábamos todos desesperados y hambrientos. Por esta época salté una vez en una huería y cogí cuatro lechugas. Tenía tanta hambre que recuerdo que las comí sin aliñar, bajo un árbol. Pero alguien debió verme pues, al día siguiente, la Guardia Civil estaba en casa. Me llevan al cuartelillo y el sargento me pregunta: "¿Te gustan las lechugas, verdad?" y antes de que yo pueda darme cuenta de lo que pasa me encuentro en el suelo, con la cara hinchada.

Había que comer y, como era otoño, salía a coger bellotas a la montaña. En el pueblo las pagaban a doce pesetas la cuartilla y, yendo en familia, podían sacarse cinco o seis duros diarios. He olvidado decir que, desde hacía dos años, los amos habían acotado sus tierras y nos prohibían la entrada. Por cuatro perras, contrataban a un puñado de desgraciados que, para no morir de hambre, se ponían en contra nuestra. Cuando veían a alguno le daban el alto y avisaban a la guardia civil. Era un verdadero calvario: encañonándonos igual que criminales, nos llevaban a la cárcel del pueblo y allí permanecíamos cinco, diez, quince, veinte horas, hasta que les daba la gana soltarnos. Querían saber quién compraba las bellotas y arrebaban fuerte para hacernos cantar. Un día que me pescaron con mi padre —que era viejo ya y acababa de salir de la cama— uno de los civiles —llevaba una pierna de goma, no lo olvidaré nunca— agarró una correa con tres nudos y le golpeó delante mío. Aún ahora no sé como no lo maté. Veía cómo íbamos vestidos y lo necesitados que andábamos, y se ensañaba todavía. En cuanto a mí, no sé las veces que llegaron a cogerme, ni los golpes que he recibido. Hubo ocasiones en que pasé veinticuatro horas en el calabozo —con los golpes, la humillación y la rabia— y nada más salir al día siguiente, que ya estaba otra vez en el monte. Los pobres no podíamos hacer otra cosa y, las palizas eran algo tan natural para nosotros, como para otros lo son la sequía, los rayos o las heladas.

En febrero de 1948, días antes de que me llamaran a filas —había acabado ya la época de la bellota—, salí a pedir por segunda vez con el menor de mis hermanos. Debía presentarme a primeros de marzo en la Caja de Reclutamiento y estuvimos fuera alrededor de veinte días. Al cabo, solo habíamos reunido dieciocho pesetas y un trozo de queso, que dimos a mi madre. Fue en este momento, creo yo, cuando decidí no volver nunca al pueblo. Los veinte años que llevaba en él no había conocido más que calamidades. "Cuando acabé la mili —me dije para mí— iré a buscar los garbanzos a otro lado".

Me destinaron a Jetafe y allí pasé los mejores meses de mi vida. El rancho que no querían los otros me lo comía yo: estaba como en Jauja. En los ratos que tenía libres aprendí a leer y a escribir; y mandé una carta a mi padre. Nadie la pudo entender pero yo me sentía contento de mí mismo y, durante horas enteras, copiaba en una hoja de papel, los títulos de los diarios.

Tuve tres permisos para ver a la familia, pero no fui.

Por sus cartas, sabía que andaban igual que siempre y prefería no estorbarles.

Cuando me licenciaron era Noviembre de 1950. Mi padre trabajaba en Almendralejo de los Barrros, en la vendimia y, de paso para V. fui a hacerle una visita. Durante el viaje había perdido un zapato



**ALLI PASO PERDIDO,
PIE PURO QUE ANDA EL SUEÑO**



TAMAYO